

Día Segundo del que debería ser mes de las Flores  
del año 208 del que podría ser el último Sultanato

Mi nombre es Majid y soy un Kamaj. Lo que significa muchas cosas diferentes. Significa que provengo de una antigua estirpe preñada de héroes, sabios y píos hombres. Rara es la generación en la que no se haya sentado un Kamaj en la corte del Kiyin de Balidram, y la mayor parte de las veces por méritos propios. Significa también que nunca he tenido que preocuparme por mi sustento. Kamaj no es sólo el nombre de una familia, mi familia, también es el nombre de un próspero valle de las montañas del oeste de Balidram. El Valle de los Kamaj, desde donde desciende el Kamajayal, río de frescas y limpias aguas, fiero y rico en peces que riega luego multitud de pueblos agrícolas por las selvas de nuestro país, hasta morir, como todos nuestros ríos en la Ciénaga de las Serpientes. El Valle de los Kamaj, que tal vez no sea tan famoso como las grandes ciudades del país de los elefantes, ni tan próspero como las regiones donde crece nuestro famoso té; pero que aun así puede presumir de ser la cuna de la mejor miel del país y de los mantos bordados más hermosos. Y el Valle nos pertenece. Dicen las leyendas que el primer Kamaj subió desde las selvas y él sólo derrotó al dragón que gobernaba el altiplano del río. La leyendas dicen por lo general muchas tonterías, pero sea como sea los Kamaj se quedaron con aquella pequeña región entre montañas y nunca han sido destronados, y, aunque al transcurrir de las generaciones el número de los miembros de nuestra familia ha aumentado mucho desde aquel solitario héroe matadragones, mi padre aún poseía la suficiente tierra y los talleres como para que yo y mis hermanas no hayamos tenido que preocuparnos por la comida, la ropa o el alojamiento. Pero ser un Kamaj no significa sólo privilegios, ser un Kamaj implica que aunque sólo tengo veintiocho años y soy un hakim licenciado en medicina en la mejor institución de nuestro mundo, si no ocurre un milagro no viviré ni diez años más.

Aún recuerdo con algo de estremecimiento el día que me enteré de mi destino. Mi tío Yosef Ibn Kamaj, hermano de mi padre, general muy condecorado de los ejércitos de nuestro país, estaba de regreso en el valle y estaba dejándose adular por todos sus familiares. Mi padre ya había muerto, aunque yo casi no lo recordaba porque soy el último de sus hijos y cuando murió no tendría ni dos años, pero la familia Kamaj se mantiene muy unida y mi madre no sólo no tenía problemas económicos, sino que Yosef pasó una noche en nuestra casa un honor del que no disfrutaron ni siquiera las casas de los otros hermanos de mi padre. Recuerdo que mi tío era un hombre fuerte de bigotes poblados que empezaban a encanecer y de cara tostada como la de un agricultor. Aunque no portaba ningún arma mientras estuvo en nuestra casa, se movía como si llevase un muy pesado alfanje colgando de su cintura. Tal vez se tratase de una lesión de la guerra, no lo sé, pero recuerdo que cuando lo vi entonces, siendo un chaval, no dejaba de pensar en que en realidad echaba de menos sus armas y armaduras. La mañana que se marchó recuerdo perfectamente que le pregunté inocentemente a mi madre que porqué era tan importante, que porqué todos parecían respetarle como si fuese uno de los sacerdotes de los monasterios de las montañas o incluso más, mirarlo casi como si fuese un ángel de Dios. Entonces ella me habló de su cargo en la corte, de cómo la mitad de los ejércitos del país estaban a su mando, así como las historias de sus gloriosas victorias a lomos de su fiel elefante de guerra Menoj. Pero algo en su historia me hizo pensar en que no era todo e insistí. Entonces ella, con una lágrima en su mejilla me dijo tiene cincuenta y dos. Se refería a los años. Yosef, el gran general, sentado entre los grandes de Balidram, de entre los círculos más íntimos del Kiyin no era respetado por todo eso, sino por sus canas. Era el único varón de entre los descendientes más directos del matadragones con más de cuarenta años. Mi padre había muerto a los treinta y ocho. Mi abuelo a los treinta y nueve y el resto de sus hijos varones ya habían sido alzados hacía años y sus restos volaban cerca del sol llevados por los picos de las grandes águilas de las montañas de Kamaj. Así había ocurrido también con el padre de mi abuelo y sus hijos. Tan sólo Yosef seguía y seguiría con vida.

Ser un Kamaj implica sufrir una enfermedad que nos es propia, una enfermedad que incluso lleva nuestro nombre y que tan sólo afecta a nuestra familia. El mal de Kamaj, aunque entre nuestra familia usamos un nombre menos épico y más cercano a la verdad, la muerte temblorosa que nos alcanza a todos. Las mujeres de mi estirpe están libres de nuestro destino y en el fondo son ellas las que mantienen el dominio de nuestro linaje en el Valle, yo no lo sabía en aquel entonces; pero los varones... los varones al alcanzar la treintena empiezan a sufrir de movimientos espasmódicos incontrolados, a veces parece que bailemos de forma absurda, a veces un miembro se sitúa en una posición no sólo ridícula, sino terriblemente dolorosa, y ahí se queda por mucha voluntad o ayuda que recibamos. Luego es aún peor. La boca comienza a tener vida propia y el habla se vuelve ininteligible, el comer se transforma en una lucha, y hasta el respirar se transforma en un combate que finalmente perdemos. Eso los que tenemos suerte. Otros de los míos sufren el temblor a su mente, comienzan a ver espíritus, visiones terribles de seres que nadie más ve y la muerte acontece entonces, cuando la locura ya se ha llevado lo que el enfermo una vez fue. Yosef había escapado de aquel terrible destino porque los sacerdotes del Sol, allá arriba, recluidos en sus monasterios en picos fríos y ventosos, aún más altos que nuestro hermoso valle, hacían verdaderos milagros; y Yosef, el guerrero sin par, había logrado por sus méritos que el Kiyin le otorgase uno de aquellos milagros, el de sanar de nuestra enfermedad.

Yo era un crío cuando mi madre me lo contó, y en realidad no entendí lo que me estaba contando, pero sí que entendí en ese momento porqué los retratos que teníamos en la sala principal eran tan importante para ella. Allí estaba mi padre, pintado con esmero, mi abuelo y el padre de mi madre, hermanos y tíos, todos serios, todos jóvenes, todos muertos. Ella dedicaba dos horas de todas las mañanas en limpiar esos retratos, en decorarlos con flores frescas, en dedicarles una breve oración a cada uno. Hasta entonces yo no había entendido tanto trabajo. Al conocer mi destino primero lloré por mi madre que recordaba a sus muertos cada mañana y tan sólo luego lloré por que iba a morir. Recuerdo que lo primero que hice fue negarlo. Yo no moriré madre, yo no. Eso le dije y me dije a mi mismo. Pero ella, me acarició la mejilla y me dijo tiernamente que yo era hijo de mi padre un Kamaj de pura raza y que ella era hija de otro, así que mi destino estaba sellado por partida doble. Lloré toda aquella tarde, pero qué sabía yo. No era más que un crío. Estaba aún tan lejos de comprender lo que la muerte temblorosa significaba en realidad y me quedaban muchos años.

No fue hasta que cumplí los doce que no entendí del todo lo que me esperaba. Por aquel entonces yo soñaba con destinos gloriosos, y luchaba con mis primos con espadas de madera; aunque nuestra diversión favorita era decidir con cuál de las primas nos casarían. Nuestras madres estaban decidiéndolo por aquel entonces. Yo esperaba que ella escogiese a Hadjara, risueña de ojos grandes y negros, de largas piernas y cuya voz sonaba como el Kamajayal; pero quién entendía cómo pensaban las madres en esos asuntos. Ya en ese momento yo sabía que nunca sería como Yosef, porque perdía en todas las peleas, y porque mi ánimo en los juegos estaba más en plantear estrategias que en realizarlas; pero aun siendo más listo que vigoroso, me sentía fuerte y vivo, tan alejado de la enfermedad que estaba convencido de que jamás me alcanzaría. Una de aquellas tardes lluviosas de otoño en las que no podía salir a luchar con mis primos, llegó a casa Mukhtar, uno de los primos de mi madre. Mukhtar era doblemente desafortunado. Tenía treinta y seis y la enfermedad le había alcanzado de forma evidente. No era rico, pero había sido un reconocido artesano y sus mantones se habían vendido por centenares a los khines comerciantes. Sin embargo, el invierno anterior, un alud había enterrado su casa nueva, dejándole sin esposa ni hijos, dejándole sin destino ni sucesores. Mukhtar ya no podía cuidar de sí mismo, porque los espasmos le atacaban cada vez más frecuentemente, y mi madre había hecho un acuerdo con él. Lo cuidaríamos en casa y así yo y mis hermanas heredaríamos su patrimonio.

Al principio recelé de aquel hombre que parecía ser un sustituto de mi casi olvidado padre. Luego me dieron asco sus temblores, sus absurdos bailes que él intentaba esconder, o los balbuceos llenos de babas con los que me rogaba el desayuno. Poco a poco empecé a huir de la casa, a ausentarme más y más, a despertarme antes del alba y a perderme por las colinas con tal de no verle. Hasta que mi madre intervino, una tarde. Estaba enfadada, conmigo, como nunca lo había estado antes, pero no lo demostró, sino que fue su serenidad lo que me hizo sentarme en la silla del comedor y escucharla durante dos horas. Ella se limitó a contarme los tiempos de su infancia, cuando ella y Mukhtar vivía en una aldea al norte del Valle, jugando como niños felices. Se limitó a contarme cómo era él antes de la enfermedad. Cómo se casó con su hermosa mujer, las alegrías cotidianas, el valor de un hombre normal, viviendo una vida normal y corriente, sin heroicidades más allá de las que cualquier campesino enfrenta en su día a día. Tras aquellas dos horas lo comprendí realmente. Mukhtar, al que despreciaba por su enfermedad, era mi futuro. Él había sido como yo a mi edad, y ahora era un bailarín al son del mal de los Kamaj, un balbuceante cantor de nuestra perdición; como lo sería yo a su edad.

No dormí en toda la noche. Y cuando el sol logró superar nuestras montañas me encontré mirándolo de frente a través de las celosías de las ventanas de mi casa y con un plan. Mi madre lo entendió aunque no lo compartía. Madre, le dije, no voy a morir como padre, viviré como su hermano Yosef. Madre, le dije, no puedo ser un soldado, pero soy inteligente, seré un hakim. Si puedo, madre, le dije, encontraré una cura a nuestra enfermedad, y si no puedo me haré tan famoso y apreciado en la corte que el mismo Kiyin hará que los sacerdotes logren el milagro de mi curación. Mi madre me dijo entre lágrimas que no teníamos tanto dinero como para que yo estudiase en el hospital kiyinal de la Capital. Sólo los verdaderamente ricos pueden llevar a sus segundos hijos a ser hakines, mi apuesto hijo, dijo ella. Y entonces Mukhtar, Al Kars lo guarde, entró en la sala y dijo que él pagaría los gastos.

Mi madre quería otro destino para nosotros, usar del dinero de Mukhtar para comprar más tierras, darme un matrimonio feliz con una de mis primas y asegurar el ajuar de mis hermanas, pero el balbuceante Mukhtar la convenció de que yo merecía la oportunidad de vivir. Así ocurrió que no contaba con más de catorce años cuando salí de mi valle, para ir en busca de mi propia salvación, y quién sabía si de la curación de todos los nuestros.

Todo fue organizado por Mukhtar. El ya no podía llevar sus negocios, pero sus negocios aún funcionaban sin él, y eso incluía reatas de mulas que descendían desde nuestras tierras llevando sus mantones de un color verde intenso y lujuriosa decoración de flores de montaña y cabras, bordados en hilos de todos los colores del cielo. En general las ventas se hacían en Omara Dacca, la ciudad de la frontera con los khines, pero de vez en cuando se llevaban en la otra dirección, hasta Balidram e incluso algunos de sus mantones acababan sobre los hombros de las mujeres de las mujeres Al Otal, siguiendo la peligrosa ruta que bordeaba la Ciénaga de las Serpientes. Mukhtar les dijo a sus hombres que llevarsen un cargamento hasta Balidram conmigo como carga adicional.

Yo nunca había salido de nuestro valle y no estaba preparado para lo que me esperaba allá abajo. Cuando llegamos a la Cuesta de las Viudas, pude hacerme una primera idea. El Kamajayal se acelera y se vuelve espumoso cuando se llega a ese descenso. La ropa se vuelve húmeda y fría, cuando se camina junto al río, pues no se limita a descender por su cauce sino que llena todo el aire de gotas que parecen estar celebrando que pronto llegarán hasta la vegetación. A lo lejos se divisa el resto de nuestro país, sobre todo en la Roca del Mulah Ben Jaroth, desde la pared sur de la ermita que oculta la cueva del mulah se pueden ver kilómetros de descenso, en donde poco a poco la vegetación de hace más y más abundante, y lejos, entre brumas, espera un mar verde a penas interrumpido por algunas granjas. La primera ciudad, ya fuera de los dominios de los Kamaj es Merjjada, y es más un pueblo que una ciudad, pero aun así me pareció increíble.

¿Cómo podía haber tanta gente junta? Pobre de mí, no tenía ni idea de cómo eran las cosas en realidad.

En mi mente de joven encontrar una cura para la enfermedad de mi familia no sería más complicado que aprender a distinguir las plantas de montaña unas de otras, o aprender la diferencia entre las cabras martunes de las caruyas. Mukhtar había hecho los arreglos para que dispusiese de una habitación en la casa de una antigua conocida de la ciudad y para que me acompañase un hombre anciano que ya no podía trabajar en los talleres, Muab'mad. Por supuesto me presenté directamente en la puerta de la escuela de hakines pensando que mis conocimientos y mi inteligencia, ligeramente superior a las de mis primos, serían más que suficientes para abrirme todas las puertas. Pero los requisitos para estudiar como hakin resultaron ser tan grandes como la Capital, que cuando paseaba por ella se me antojaba tan grande como todo nuestro valle. Así ocurrió que no pasé ni el primer examen. Resultó que mi nivel de escritura y lectura eran insuficientes, y mi conocimiento de las plantas casi inexistentes.

Estaba desolado, pero Muab'mad, y probablemente Mukhtar, ya lo habían previsto y así ingresé en la escuela de herboristas del Ilustre Abdul Dayal, y allí entre hierbas secas e inacabables jornadas de búsquedas de plantas y líquenes en los bosques, pasé dos años. Por suerte estaba más que decidido a lograrlo y mi siguiente intento en la escuela de hakines me permitió ingresar, aunque fuese con una calificación más bien justa. Aquel ingreso de forma tan ajustada me molestó aún más que mi primer intento fracasado y me prometí a mí mismo que tenía que destacar y pronto. Cualquier cosa que no fuesen los textos con los principios de la medicina, las enfermedades y su tratamiento dejó de existir para mí. La tarea era tan inmensa. ¿Cómo podría alguien sospechar si quiera que el cuerpo humano es tan complejo? ¿Cómo imaginar que existieran todos aquellos órganos que podían desajustarse de tal cantidad de múltiples maneras? Eso sin contar con los equilibrios generales, humores y fluidos que recorrían todos los órganos y que influían y eran influidos por la dieta, la edad, el sexo e incluso la virtud religiosa. ¿Puede una persona en una única vida aunque fuese larga y provechosa aprender todas esas cosas y descubrir las formas de hacerlas armoniosas con el tratamiento adecuado de dietas y plantas? Probablemente no, y en cualquier caso yo no iba a disponer de una vida larga. Así que forcé un poco las cosas y logré que me permitiesen especializarme en lo único que me interesaba, enfermedades raras relacionadas con el movimiento y la mente. Más pronto que tarde me encontré trepanando cabezas y observando maravillado cómo el pensamiento estaba sito en unos sesos que no se diferenciaban a los que servíamos fritos de las cabras en el Valle de Kamaj.

A los veinte años era el mejor estudiante que tenía Ezequiel Drumah, el decano de enfermedades del espíritu y fue Ezequiel el que me recomendó para tratar a la bella Noor. La hermosa hija del Kamay de Juptha, sufría de desvanecimientos coléricos; especialmente tras una jornada de mucho trabajo y mucho calor caía al suelo agitándose descontrolada como poseída de demonios y escupiendo espumarajos por la boca. Si no se lo impedían sus sirvientas podía cortarse su propia lengua durante aquellos ataques. Había un tratamiento conocido para aquel mal, aunque pocos se atrevían a realizarlo pues en la mayor parte de los casos implicaba la muerte del paciente. Había que trepanar la cabeza y con los sesos así abiertos seccionar una parte concreta de lo que une ambos lóbulos. Se diría que los enfermos de estos desvanecimientos de esta forma espacian partes de su alma, tal vez separando los deseos más iracundos y distanciándolos de la virtud y el raciocinio. Sea como sea, si el corte es preciso y la herida no se infecta, la curación es completa. Mas pocos se atreven a hacerla, porque la herida se infecta con facilidad, y si el corte no es preciso el paciente muere con sufrimientos mucho mayores que su enfermedad, que, a fin de cuentas, es espectacular y atemorizante, pero leve.

El Kamay de Juptha sabía todo aquello, pero tenía planes muy concretos para su dinastía y esos planes no incluían a una Noor que fuese poseída por los espíritus de tanto en tanto. Por otra parte la nobleza del Kamay no era lo bastante elevada y su piedad era corta, de forma que la curación de la segunda de sus hijas mediante un milagro solar, era un camino inviable. Por mi parte, necesitaba empezar, y pronto, mi camino a la fama pues ya a tan temprana edad el dedo meñique de mi mano izquierda a veces tomaba voluntad propia por breves segundos, anunciándome así que sería sometido por el mal de los Kamaj antes que otros. Mi desesperación mezclada con mi confianza me llevó hasta el extremo este de nuestro reino, a la más salvaje región de Juptha, donde las ciudades están todas amuralladas, desde la aldea más pequeña hasta la capital regional y dónde es raro el hombre que no ha combatido contra los jinetes azules al menos una vez en su vida.

El Kamay era un tirano brutal, que era lo único que podía permitirse ser en aquella tierra tan salvaje y fronteriza. Por su parte, Noor era tan hermosa como decían, y por mucho que intentaron por todos los medios ocultármela mediante velos y sábanas que nos separaron incluso mientras la operaba, desde el principio supe de su hermosura y pronto del deseo de ella por mi persona. La operación era, en verdad, dificultosa, pero Ezequiel había desarrollado una técnica de trepanación más sencilla y con una apertura más pequeña y menos gravosa, y por mi parte había desarrollado unas técnicas de purificación de los instrumentos que mezclaban los conocimientos de los hakines con algunas de las hierbas que sólo crecían en el valle de mi nacimiento. Puedo aseguraros que a pesar del riesgo que estaba asumiendo, cuando más nervioso estuve fue mientras le cortaba los largos cabellos a Noor y le afeitaba la cabeza para poder trepanarla. Su pelo era negro, grueso, sano y fragante. El interior de su cabeza, como el de todos, era más decepcionante, a fin de cuentas no era tan diferente de los sesos de una cabra. Por dentro todos somos animales, con los mismos órganos que las mulas o los camellos.

Ella se recuperó muy pronto de la operación y aunque habría de usar pelucas el resto de su vida, ahora era una mujer sana que ya no asustaría a su futuro marido con sesiones de espumarajos diabólicos. El Kamay me pagó más del doble de lo prometido, aunque la recompensa que más me agradó fue la que la propia Noor me otorgó en secreto.

Ya tenía una especialidad, y una forma de obtener la fama que tanto necesitaba para tratar mi propio mal. En los años siguientes hice muchas veces aquella operación y casi siempre salí airoso de la misma, perdiendo a lo largo de los años sólo a dos de mis pacientes. Así que mis planes parecían encarrilados. Más no podía simplemente dedicarme a eso. Era también una cuestión de suerte, y una racha mala, podría llevarme desde un futuro brillante a un profundo y oscuro calabozo. Así que en aquellos años hice lo posible para estudiar mi propio mal, presionando sobre todo a mi decano. Pero todos decían lo mismo, no hay cura posible. Ningún caso de sanación, excepto la de aquellos a los que se les había concedido un milagro.

Hubo un momento, a mis veinticinco que fue tal mi obsesión por el tema que Ezequiel temió por mi salud y tras mucho interrogarme descubrió los detalles de mi plan. Recuerdo, como, bebiendo una taza de té, y tras pensarlo largamente, me dijo que más me valdría tomar el camino del sacerdocio si estaba por rogar un milagro, pues pocos hakines han alcanzado tan altas cotas de reconocimiento. Le dije que si en diez o quince años podría alcanzar un nivel suficiente en la iglesia del Sol como para que se me curase del mal. Y él me contestó muy serio, que debido a que era un excelente hakin, carecía de la fe suficiente como para lograrlo ni en cuarenta años. Le rogué que me indicase un camino entonces y me dijo que se lo pensaría. Se fue y nunca me dio ninguna esperanza... hasta hace bien poco. Pero luego contaré como Ezequiel me puso en el camino que ahora estoy siguiendo pues otras cosas han de ser contadas antes de eso.

No me quedaba más que el camino de la fama, pero por otra parte mi especialidad, aunque rara y provechosa, la mitad de las veces no era pública, pues como en el caso de Noor, a menudo mis pacientes eran personas que no deseaban que se supiese que se les había curado del desvanecimiento colérico, y aunque el conocimiento se filtraba de corte en corte, y así era llamado a lugares remotos, incluso fuera de nuestro reino, y aunque era ampliamente recompensado tras mi éxito, jamás el Kiyin me hubiese otorgado el reconocimiento público que yo tanto necesitaba.

El verano de mis veinticinco regresé al valle a visitar a mi familia. Habían pasado más de diez años desde mi marcha. Mukhtar había muerto, por supuesto. Mis hermanas estaban todas casadas y sus familias prosperaban y mi madre que ya tenía más de cincuenta, no abandonaba nunca el sari blanco de luto. Ella enseguida descubrió los espasmos que sufría mi mano izquierda que ya entonces eran casi diarios y besándome en la frente me dijo que si no sería mejor que aceptase el destino, casándome y teniendo unos hijos que le alegrasen la vejez. Yo no respondí, por lo que ella siguió, diciéndome que desgraciadamente en ese tiempo Hadjara ya se había casado, pero que su hermana menor era casi igual de hermosa y aún más adecuada para traer hijos al mundo. Yo no dije nada, pero ella continuó hablando de la fertilidad de la familia de Hadjara, que era prodigiosa y que traía al mundo muchos varones. Fue entonces cuando la detuve y mirándole a los ojos le dije que para qué iba a querer traer todos esos varones que estaban condenados a morir demasiado jóvenes. Entonces fue cuando ella se calló. Yo la abracé y lloramos juntos.

En el otoño de mis veinticinco, ya de regreso a Balidram, decidí que sería famoso como fuese necesario y empecé a tratar toda clase de enfermedades del espíritu, no sólo mi especialidad de cirujano. Así que añadí a mi repertorio un poco de acupuntura, no demasiado bien aprendida, pero que descubrí que aplacaba muchos males del pensamiento sólo con que el enfermo me viese aplicarle las agujas y susurra palabras de apariencia khin pero carentes de sentido. También aprendí a administrar algunas drogas, como el opio o la hierba de mano de Omira Okal, en diversas formas, desde las que se podían beber hasta las que se podían fumar; y descubrí que eran estas drogas en particular las que más me ayudaban a encontrar pronto alivio para mis pacientes. Mi antiguo maestro Ezequiel no aprobaba estas prácticas, en particular, el uso del opio fumado, al que consideraba una sustancia que somete la voluntad y acaba por anularla. En realidad Ezequiel nunca ha entendido que para algunos de nuestros pacientes enfermos de su propio espíritu la voluntad es el enemigo y anularla es su curación. En cualquier caso mis rápidas curaciones me estaban haciendo muy popular en la corte. Abrí una consulta no muy lejos del centro de la capital, con un centro de masajes, acupuntura y un fumadero de opio en un conjunto de cada uno de los cuales era tan grande como la casa de mi padre allá en el Valle.

Estaba teniendo éxito, y lo que era más importante lo estaba teniendo rápido, lo que para mí podría significar la vida, dado que la locura de mi meñique iba cada vez a peor. A veces, llegaba a esterilizar mis instrumentos de trepanación con el pensamiento de cortármelo. Luego me daba cuenta de la mala impresión que sería para mis clientes un médico con un meñique de madera o de marfil. Mi tío vino a visitarme y no fue nada simpático. Detestaba lo que estaba haciendo en mi consulta y me dejó bien claro que no hablaría en mi favor si continuaba por aquel camino. Claro, claro, viejo, pensé entonces, seguro que ibas a hablar en mi favor si no.

Pero entonces empezó la guerra. El norte se declaró independiente de nuestro amado Sultán y cada uno de los califas empezaron a tomar posiciones de parte del norte o de parte de nuestro Sultán. Los khines aparecieron con un enorme ejército que aplastó cualquier resistencia de Dacca. Balidram decidió unirse a Omira Okal a favor del norte y mi tío se sublevó contra el Kiyin llevándose a la mitad de nuestro ejército para combatir a favor del Sultán. Todo aquello iba a complicar enormemente mis planes. ¿Se consideraría más que no nos llevábamos bien él y yo o

que en cualquier caso yo era el hijo de su hermano, un Kamaj? La afluencia a mi clínica se redujo drásticamente y eso que rebajé mucho los precios. Además conseguir el opio o la hierba de Omira Okal se transformó en algo imposible. Cuando tuve ocasión participé en la nueva fiebre del té, cuyo precio subió hasta las estrellas. Pero la cosa se siguió complicando. Tamana Bal Omara la ciudad de los hechiceros se reveló como un nido de adoradores del Demonio, de la cabra oscura que reina en la noche; así como la gran ciudad de las caravanas, Akalime en el borde del desierto. Hubo batalla tras batalla, de tantos bandos que perdí la cuenta. Al final nuestro país quedó en una posición ganadora. El Sultán lo perdió todo, incluyendo la vida y su descendencia. Y nos llegó la noticia de que los diabólicos adoradores de la noche, también habían sido derrotados. Pero de alguna forma no fue así.

El año pasado, el primer día del mes de las Cosechas amaneció tan oscuro como si hubiese llegado el invierno. Las temperaturas cayeron drásticamente y pronto empezó a nevar. Yo soy de las montañas y la nieve no me es extraña, pero en la Capital no la habían visto jamás. Luego llegaron los rumores de que los sacerdotes habían perdido todo el poder. Hacía días que el sol no era más que una luz tenue que se filtraba entre las nubes, pero, ¿que hubiesen perdido todo el poder? Sólo había una explicación posible. De alguna forma los diabólicos servidores de la sombra habían desatado el infierno sobre el mundo. Para nosotros los de la montaña pensar que el infierno es hielo, nieve, frío, puede resultar algo ridículo, pero justo así era descrito por los profetas, que en su mayoría provenían del desierto. El pánico se adueñó de las calles. El fin del mundo había llegado, el fin del mundo. Los que no se dedicaban a rezar para que les perdonaran los pecados, decidieron que mejor irse de la vida habiéndolos cometido todos, sin dejarse ningún placer por probar. Me destrozaron la clínica y me robaron parte del dinero que tenía ahorrado; pero he de reconocer que el Kiyin supo manejar la situación. De alguna forma las revueltas no duraron más de una semana y nuestro bajito, redondo, pero inteligente gobernante logró convencerles a todos de que una grave crisis podría ser, eso sí, pero que de fin del mundo no había nada. Entre sus discursos y los afilados cuernos de nuestros elefantes de guerra, la gente volvió poco a poco a su vida cotidiana.

Tal vez no fuese el fin de los tiempos, pero desde luego lo era para mí. A través de todos mis conocidos hice lo posible por enterarme de todo lo que se supiese de los sacerdotes y de sus monasterios. Lo que supe me sumió en la desesperación. Me confirmaron que el velo que ocultaba la luz del otoño, también había bloqueado la fuente de los milagros de los sacerdotes. Al parecer sin ser capaces de ver toda la gloria del sol desde el cielo despejado de las montañas, eran incapaces de sentir la guía ni el poder de nuestro Dios. Me contaron historias sobre sacerdotes que abandonaban sus hábitos para transformarse en agricultores y otros oficios terrenales, e incluso me contaron historias de sacerdotes que llevados de la desesperación saltaban desde lo alto de los muros de los monasterios para encontrar una muerte que encontraban más placentera que la ausencia de Dios.

Ya no había plan. Mi mano seguiría a mi dedo, mi brazo a mi mano y así todo mi cuerpo se contorsionaría hasta llevarme a la muerte segura. Podría, tal vez, buscar aún una mujer que se apiadase de mí y me diese un vástago, uno que también moriría joven y de terribles dolores. Si hubiese sido un hombre valiente, como mi tío, habría seguido el camino de los sacerdotes y me habría quitado la vida. Eso me salvó. Me dejé llevar por una forma de desesperación más propia de mi cobardía, más banal y mucho menos digna. Cuando Ezequiel vino a traerme la nueva esperanza me encontró fumándome mis reservas de opio. Le pareció tan indigno que casi me deja en el lecho, sin contarme lo que había descubierto.

En un recóndito lugar de los archivos había encontrado la historia de Chizia Ibn Kamaj, un joven de mi valle, que había encontrado la curación de su mal en una de las aldeas de Asaruj, la ciudad de los árboles de la lila, en el camino de la frontera de nuestro aliado Omira Okal. Había ocurrido

hacía ya veinte años, y aún seguía vivo. No lo habían sanado los sacerdotes, sino un hakin, el Maestro Massud Al'Kattar. Su aprendiz de entonces, Hashim Rabal, al regresar a Balidram había registrado la historia, pero no con el detalle suficiente como para replicar la cura, que al parecer incluía hongos que tan sólo Massud conocía, y una dieta estricta de comida y ejercicios. Al principio, sumido en los vapores del opio, ni comprendí lo que me estaban diciendo; pero allí estaba mi respuesta, una vía de esperanza para mí y tal vez toda mi gente.

Pero Ezequiel me informó, para mi desgracia, que hacía mucho que Massud había abandonado nuestro reino, tal vez para dirigirse hacia la capital del Sultanato, en el mar interior. ¿Quién podría saber su destino tras la larga guerra que nos había azotado? Sin embargo, no me quedaba otro curso de acción. Vendí todo lo que tenía y tras despedirme de mi madre en el valle, partí hacia lo que había sido el centro de nuestra civilización. ¿Qué contar de aquel viaje que duró desde entonces hasta ahora? Tal vez ya he alargado demasiado toda esta introducción, a fin de cuentas, no he empezado este diario para contar mi historia, sino para anotar cualquier cosa que pueda servirme o, si no, al menos servir al que pueda venir tras de mí para encontrar una cura a nuestro mal. Cura que debería estar al alcance de mi mano pero que se me está negando de forma injustificada. Sin embargo, he sentido que no este diario estaría incompleto sin el comienzo y la justificación de todo, que no es otra cosa que mi vida.

Pero, ¿también debería incluir el largo periplo desde Balidram hasta donde ahora me encuentro? ¿Para describir el qué? Lo que está pasando a buen seguro que será de sobras conocido por los que vengan detrás de mí. ¿Para qué entonces rellenar aún más páginas con las penurias que asolan mi tiempo? ¿Habría de contar las ciudades desgarradas por la guerra, de las que tan sólo quedan casas quemadas y llantos? ¿Habría de contar sobre cómo he visto salir a viejos esqueletos de sus tumbas arcaicas y atacar a los vivos? ¿Habría de contar de cómo la desesperación de los sacerdotes no sólo ha caído sobre aquellos que yo conocía en sus montañas sino también sobre los que habitan entre rebaños de ovejas en las praderas de Dacca o entre los que antaño apaciguaban a las multitudes en las prósperas riberas del mar interior? ¿Habría de contar cómo he visto a multitudes enfurecidas culpar a los antiguos nobles ahora vencidos de haber traído el infierno a la tierra? ¿O de cómo he visto a los sacerdotes culpar a las multitudes de pecadores por lo mismo? ¿O a los magos? ¿O a los khines? ¿O incluso a los hakines por practicar la curación sin la mediación de Dios?

Yo creo que no. No voy a ensombrecer aún más mi relato contando los detalles de todas estas cosas que a buen seguro ya sabrá el lector que lo lea. Baste con saber la parte final, que finalmente encontré a Massud en el lugar más inesperado, más allá de la ciudad de Al'Ossi, en un pueblo no pequeño, pero no grande, olvidado por todos, en un lugar que ni es el desierto ni las colinas, ni del Califato de Al Jorath, ni del derrotado Califato de Akalime. Aquí, en un pueblo, mitad arena, mitad colinas nevadas, se encuentra el único hakin que ha logrado vencer a mi enfermedad. Viejo, pero aún vivo. Y terco, sobre todo terco. Me presenté, le rogué, y ha decidido ignorarme. Pero ya no tengo ni tiempo ni lugar a dónde ir, así que aquí me quedo y quiera o no, le voy a sacar todos y cada uno de sus secretos.

Así que aquí empieza este cuaderno de campo, en el que no se anotarán nuevas especies vegetales, ni estudios de campo, ni experimentos de laboratorio. Aquí sólo habrá un espécimen que será estudiado, el Viejo Massud al que pienso extraer todo el conocimiento, quiera o no.



Ayer empecé a escribir este diario de campo y lo que tenía tan sólo la pretensión de ser una breve justificación del mismo, se ha convertido en una excesivamente larga historia de mi vida. Además en una versión de la misma cargada de pesimismo y autocompasión.

No es correcto, no está bien que lo pinte de esta forma. Sí, es posible que muera, pero, ¿acaso no llevan muriendo los hombres de mi familia en las mismas circunstancias desde hace incontables años? Sí, he visto los horrores que ha traído la guerra a nuestro imperio, pero, ¿acaso no he tenido la suerte de encontrar este lugar recóndito que parece no afectado por los desastres que nos han acontecido? ¿Acaso no era una labor casi imposible encontrar a Massud y lo he encontrado? ¿Acaso no hubiese podido morir en todos los episodios violentos que he sufrido a lo largo de mi viaje y he llegado ileso hasta aquí? Sin duda, alguna deidad me ha sonreído en mi propósito, aunque no sea el Dios Sol que parece que ya no se encuentra entre nosotros; y yo no puedo más que corresponder a este favorecimiento teniendo aún algo más de paciencia y logrando de Massud lo que he venido a buscar desde tan lejos.

Me encuentro en el pueblo de Yarim, un pueblo que por sí mismo representa una rareza. Aunque situado hipotéticamente en el Jecado de Al'Ossi, que a su vez estaría situado en el Califato de Al Jorath, Yarim se encuentra en la intersección de muchas cosas. Yarim se encuentra encaramado en unas colinas, que me han dicho que son herbosas, que rápidamente se elevan hasta transformarse en las montañas de la Columna Vertebral del Mundo, y aunque al norte de las colinas de Yarim se extiende una llanura bastante fértil, desde el propio pueblo puede divisarse a no más de tres horas de camino la arena del gran desierto central.

Junto al núcleo más antiguo de Yarim se encuentran las Lágrimas de Yereida, un manantial que nace a unos centenares de metros sobre el pueblo y que se precipita por una pared casi vertical hasta justo la plaza central de Yarim, desapareciendo en un hoyo al que los habitantes llaman simplemente el Pozo. Estas aguas no brotan más adelante, no surge de ellas río ni lago alguno, sin embargo, estas aguas son permanentes y ligeramente cálidas incluso en el invierno más abrupto, que es lo que parece esta primavera desafortunada. Las aguas se pueden extraer del reguero de lágrimas, pero los yarimes consideran esto de mal augurio, por lo que trabajosamente la extraen desde el fondo del Pozo. Siempre hay alguien extrayendo agua del Pozo, pues este es el agua que el pueblo dispone para todo, desde la que beben ellos mismos o sus animales, hasta la que se usa para regar los campos del norte, pasando por la que se usa para cocinar o lavarse. Simplemente no existe ninguna otra agua en esta esquina del mundo.

Yarim también tiene una mezcla de culturas, en parte es nómada, como el pueblo de Leche y Dátiles, que siendo tradicionalmente pastores trashumantes en las tierras al sur de Kal Faarin, ahora están intentando vivir entre las ruinas de Al Jorath; pero también hereda de la tradición más pura de agricultores dedicados que domina toda la región del Califato. Y, por si fuera poco, en la vestimenta y en los ademanes al hablar, me recuerdan sus habitantes a los del cercano Califato de Akalime.

Más allá del núcleo en torno al Pozo y las Lágrima, Yarim se desdibuja entre las colinas, y más aparenta ser un conjunto de extenso cercados de pastos para ganado que un pueblo propiamente dicho. Vive el yarime normalmente a solas casi todo el tiempo acompañado tan sólo por su propia familia y sus ovejas o cabras; pero siempre a la vista de su vecino más próximo dándose así una nueva mezcla entre el habitante solitario de terrenos vírgenes y el habitante social de un pueblo de campesinos.

Hay una mezquita en Yarim, y la regenta un muy anciano conservador llamado Rabbuh, que ya no organiza los rezos y que no parece haberse dado cuenta de la desaparición de su Dios, ya sea porque hace mucho que perdió por sí mismo su conexión con el poder, ya sea porque su mente ya está nublada por los muchos años. Sea como sea, Rabbuh mantiene limpia y abierta la mezquita para que aquellos, que como yo, buscan consuelo en la oración, puedan aplicar sus tensiones. Lo cierto es que el pueblo se ha organizado ya sin Rabbuh, y los veo rezar en sus propias casas al amanecer, en lugar de subir a la Mezquita. No los culpo, no sólo porque Rabbuh ya esté demasiado viejo, sino porque la mezquita es de los pocos edificios que están más altos que el Pozo y llegar hasta ella requiere un esfuerzo físico no desdeñable.

No hay mercado ni zoco en Yarim, no como tal, pero he descubierto que una vez cada diez días los habitantes se reúnen un poco más abajo del Pozo, en un cruce entre calles algo más ancho que los demás, para intercambiar unos con otros toda clase de cosas. Al parecer nunca han llegado hasta aquí los caravaneros khines y casi que tampoco ningún otro comerciante; por lo que cuando alguien necesitaba alguna cosa que no se produjese en el propio Yarim –sobre todo herramientas de diverso tipo- ha de bajar hasta la capital del jecado, Al'Ossi, en un viaje que lleva casi ocho días ida y vuelta.

Al cruzar el imperio, tras la guerra y sometido a este antinatural frío y nieve, he descubierto cómo los precios por todas partes se han elevado hasta valores que deben considerarse usura, fruto tan sólo de la avaricia. Sin embargo, en Yarim, los precios aún son los de una recóndita aldea del imperio. Aquello que fabrican ellos mismos, como lo que proporciona su ganado, es en extremo barato, y aquello que deben importar, como las herramientas es en extremo caro. Probablemente el objeto más caro de los yarimes es el arma de los varones. Por toda esta esquina desde Al Ossi hacia el oeste he visto a los varones portar una daga profusamente decorada en la cintura, normalmente delante y unida a una faja. Me han dicho que también en el borde del desierto hasta llegar a Akalime. Esta daga se llama jambia. Sin embargo, aquí en los pueblos más al oeste de esta esquina del imperio su nombre se cambia por el de ak'jambia, debido a su tamaño desproporcionado. Es tan grande que más parece una cimitarra que una daga curva y los hombres se ven forzados a portarla al cinto, a su izquierda, ya que la posición habitual de la jambia en la parte delantera sería demasiado incómoda. Aún no conozco realmente las costumbres de Yarim, pero visto el lujo de la ak'jambias, apostaría a que las familias compiten entre ellas para proporcionarle a los adolescentes, imagino que sobre todo al primogénito, la daga de mejor calidad o más decorada.

Más allá de la ak'jambia las vestimentas de los hombres yarimes es sobrio. Pantalones y camisa de la lana de sus ovejas en invierno y creo que lino para el verano, normalmente sin teñir. Una faja del color de su familia. Y no he visto más de tres colores: el negro de los Osramán, el amarillo de los Dabiles y el naranja de los Naril, siendo estos últimos los más frecuentes. Una botas de piel de cabra, que puede ser forrada o no según la época del año, y un turbante, normalmente del mismo color que la faja o si no sin teñir.

Las mujeres yarimes llevan una vestimenta algo más compleja. La base es un thobe, una túnica ancha cortada casi como un cuadro que oculta completamente las curvas femeninas –en realidad cuando extienden las manos parecen estar vistiendo una alfombra. La thobe es del color de la familia del marido, y está ricamente bordada, normalmente en colores básicos, como el negro o el blanco, excepto si la casa es muy rica o si se trata del thobe de matrimonio, que me han dicho que está bordada en hilos de plata y oro. Completa la vestimenta un recogido en forma de moño, en la parte posterior de la cabeza y un fez, del mismo color, encartonado y decorado con más bordados, en esta ocasión con motivos de animales de la región representados de forma esquemática. Nunca había visto un fez en la cabeza de una mujer hasta llegar a esta región, aunque es cierto que es algo más pequeño que los que los hombres de Dacca

llevan, y está ligeramente alabeado. Aquellas mujeres que se lo pueden permitir, completan su apariencia con arracadas de plata u oro, normalmente muy grandes pero huecos y afiligranados, por lo que su peso es en realidad menor que otros pendientes.

La mujer yarime como puede verse no oculta su rostro con un burka ni un velo, como es costumbre en otras regiones de nuestro imperio; lo que para muchos representaría un grado de libertad que tan sólo sería compartida por las hechiceras de Tamana Bal Omara. Sin embargo, por lo poco que he podido ver no es tan así. El thobe dificulta en mucho las labores que no sean domésticas, e incluso dificulta estas. En la práctica la mujer yarime, sale poco de su casa y son los hombres los que hacen toda la labor en los campos o con el ganado, así como son los que hacen el comercio o viajan a otras ciudades. Eso sí, recae sobre las mujeres la pesada labor de ir a buscar el agua del Pozo y llevarla hasta su casa, aunque los únicos que sacan el agua son unos hombres de la familia Osramán a los que llaman los volcadores, y que dedicándose en exclusiva a esta actividad reciben lo que necesitan del resto de pueblo.

No hay horno común, ni tampoco ninguna clase de molino, lo que me resultó desconcertante al principio, viniendo como vengo de un lugar en dónde siempre hay un río o un arroyo caudaloso cerca y dónde todo el grano lo muele la fuerza del agua. De forma que imagino que el amase y la molienda recae también en las mujeres que lo harán en sus propias cocinas. Si es así, no he podido verlo personalmente, porque en la casa en la que resido, perteneciente a una viuda de la familia Osramán, no se me permite ni conocer la localización real de la cocina. Más o menos la mitad de la casa me está vedada, y pertenece a la señora de la casa y sus hijas. La separación es bastante evidente y está delimitada mediante puertas con celosías de madera o velos del color negro de los Osramán. No sé si esta separación entre hombres y mujeres, es algo en exclusivo de esta casa de alquiler o se trata de algo común en Yarim. Ya lo descubriré, aunque me inclino a pensar que se trata de algo particular de esta casa, que estando cerca del Pozo, es una casa bastante más grande que las que los pastores tienen dispersas por las colinas.

Massud, el hombre por el que vine hasta aquí, vive lejos del Pozo, en una casa de pastoreo tradicional, pero sin ganado, solo, sin familia alguna o asistenta. Desde el primer día quedó claro que se dedica a la curación, pero no sólo de hombres, sino que atiende por igual a hombres o a bestias, ocupación esta -la de curandero de ovejas- muy por debajo de nuestra formación como hakines; pero en un lugar como este, en dónde casi tiene más valor una oveja o una cabra que uno de los hijos de los campesinos, no cabe duda que debe ser la ocupación más adecuada para vivir holgadamente. Lo que no puedo imaginar es que clase de motivación podría llevar a un hombre de su supuesto talento a ocultarse en estas tierras perdidas de la Vista de Dios, y sobrevivir atendiendo a partos de cabras.

Cabras hay muchas y de múltiples tipos. También ovejas. He podido distinguir ovejas martunes como las de nuestro valle, y también las más ligeras de lana pero de mayor calidad, ovejas amiyas. En cuanto a cabras, creo que no he visto más variedad en ningún otro lugar. Las hay de esas que llaman reyezuelas, por su color amarillento que asemeja al oro, -muy habituales entre los pastores del desierto norte- resistentes pero mal templadas, díscolas y tozudas. Hay esas que llaman nocturnas, de negrísimo pelaje, grandes, fuertes y de voz poderosa. De las ojiblancoas o estrelladas, con su particular mezcla de color blanco y negro, incluyendo normalmente media cara de cada color. Las ojiblancoas son cabras pequeñas pero muy ruidosas, que siempre van muy juntas casi como si fuesen ovejas. También he visto royas, robustas y lentas. Pero lo que más me ha impresionado son las tricornias de montaña. Las cabras de tres cuernos son en realidad medio salvajes, casi no domesticadas y, como bien sé, por las prácticas en la escuela, no se trata en realidad del mismo animal. Su dentición es muy diferente, su sangre es más azulada, de un color berenjena más que rojo, y sus órganos internos no son ni siquiera similares a los de un humano. En Yarim crían la tricornia de pelo corto, la más corriente de su especie, pero también la

blancada, una tricornia de alta montaña y de pelo larguísimo basto y colgón, que parece estar completamente a sus anchas en esta primavera completamente invernal. Y finalmente, he visto incluso algunos ejemplares de la muy rara, tricornia jorobada o de cresta, a la que le sobresalen sobre un pelaje marrón muy oscuro, unos huesos que bien aparentan ser cuernos extra que le saliesen de la nuca y de la espalda, como si no tuviesen suficiente con el cuerno extra de su cabeza. En Yarim las crían todas, a veces mezcladas, parece que la carne de la tricornia, a pesar de su extraño sabor, es muy apreciada, y la piel de las blancadas tiene un uso abundante para hacer mantas y capas para el invierno. Le pregunté a un pastor yarime al poco de llegar de porqué tanta variedad de cabras, de si no había algunas variedades mejores que otras y éste me contestó que es mejor tener de todo un poco, porque uno nunca sabe cuál de las muchas desgracias ocurrirían cada año. Y luego me señaló que de no tener blancadas en su rebaño, su familia hubiese pasado aún más hambre y más frío, en circunstancias como aquellas, en las que la hierba misma de primavera no había logrado ni abrirse camino del todo ante la capa de nieve sin fundir. Tuve que darle la razón.

Yarim, como puede verse, es diversidad. Frontera. Mezcolanza algo desorganizada y caótica. Un lugar único que no quiere parecerse a nada y que en realidad se parece a demasiados sitios.

Se me ha hecho tarde y tengo que aceptar una invitación a comer de uno de los Osramán más importantes del pueblo. Más tarde o ya mañana continuaré, explicando lo poco que me falta de este lugar, la vegetación, las montañas y las cosas que me han dicho que se ocultan en ellas.

Día Cuarto del mes de las Flores del año 208

Ayer estuve casi todo el día en una casa cercana, probablemente la mayor, y aunque su dueño insistió mucho en que él no regente el pueblo de ninguna forma, me ha quedado claro que su influencia y su opinión se tienen en cuenta para casi todo. Estoy hablando de Abdul Osramán, jefe de los volcadores, y, en definitiva el encargado de asegurarse de que todo el mundo tiene el agua que necesita y no más.

La casa no está en la plaza del Pozo, pero está justo detrás de la primera línea de casas, lo que para mí es como si estuviese en mi misma casa. El núcleo de Yarim es tan pequeño que para lo que es habitual en la capital de Balidram todo él se esperaría que perteneciese al mismo dueño. La casa es más bien estrecha de fachada, de tres pisos de altura y bastante profunda, con un patio interior que parece separar el edificio en el que habitan los hombres de aquel en el que habitan las mujeres y los niños. Así que se confirma que aunque las mujeres de Yarim parecen bastante liberadas, la separación de sexos en las casas no es sólo de la que tengo alquilada, sino tal vez algo frecuente en Yarim. Me parece algo un poco triste. La mayor parte de los vecinos vive en el campo, no demasiado cerca de los demás. Si además viven separados en parte del tiempo de sus esposas e hijos, debe ser una vida más bien solitaria.

En cualquier caso ayer no tuve oportunidad de verlo en persona, ya que comimos en la habitación principal en la primera planta del edificio de los hombres, pero pusieron una mesa para que comiésemos todos, y eso incluía a todos los hijos varones y mujeres de mi anfitrión, así como a sus dos esposas, un esclavo, la madre de su esposa más joven y su anciano padre. Al final de la noche, se unieron además dos primos suyos y una prima de su segunda mujer. Y todo el mundo habló animosamente y sin mantener distancias, ni los hombres ni las mujeres. Así que en realidad no acabo de entender cómo debe ser la vida familiar en Yarim. Imagino, que, como en otras muchas cosas, se trata de algo fronterizo y extraño, mezcla de las culturas de varios lugares.

Creo que el banquete fue excesivo, para lo que probablemente disponen en este tiempo de nieve y frío. Una cabrito fue el ingrediente principal, pero había cuscús, verduras horneadas, así como las mil y una maneras de preparar dátiles que tan propio es de esta regiones desde la ciudad del valle soleado, hasta aquí, y que tan famosa hizo la ahora en ruinas Al Jorath. Pusieron te, y también una bebida autóctona de esta región, una suerte de mezcla de leches de cabra fermentadas, luego filtradas y mezcladas con un hervido de hierbas.

Pero la verdad es que me interesó más la conversación que los múltiples platos, entremeses, paradas para fumar, y demás, que acabó ocupándonos todo el día. La mujeres me estuvieron asediando con preguntas que no sé contestar. Estaban interesadas por los ropajes de las mujeres en la capital y en las otras ciudades de Balidram. Qué colores se usan para las diversas prendas. O si se usa más el oro o la plata en los colgantes y en los pendientes. Pero no todos los temas de las mujeres eran sobre vestimentas o adornos. También me preguntaron sobre la edad habitual de casamiento, sobre cuántas mujeres tenía cada hombre, cuántos hijos o si tomaban medidas de alguna clase cuando se consideraba que tenían suficientes hijos. De todo lo cual no estaba seguro excepto de lo último, en donde me pude explayar explicando las diversas hierbas que recetamos los hakines para eso. Pronto me di cuenta de dos cosas, una que me temía y otra que no me esperaba. Como temía todos nombres de las plantas eran diferentes, así que si quiero que este diario contenga algo de medicina voy a tener que empezar recorriendo los campos y aprendiendo las voces locales. Lo que no me esperaba era que el tema no sólo no molestase a los hombres, sino que parecían tan interesados como ellas. En Balidram estos temas se tratan con toda la discreción posible, siendo algo que se receta a las mujeres a espaldas de sus maridos. He de preguntar por esa peculiaridad que me llama enormemente la atención.

Los hombres por otra parte me sorprendieron por no preguntar por el tiempo. De hecho tuve que sacar yo el tema y lo debieron considerar de mal gusto, pues se limitaron a decir que había años más fríos que otros. En realidad lo que más les preocupaba era la situación política. Por lo que me contaron la destrucción de la ciudad de Al Jorath, unido al dominio khin de Akalime ha dejado a toda la región sin una autoridad clara. Ambos califatos se pueden considerar disueltos y por lo tanto los jeques están tomando posiciones sino para hacer con el control de un posible emirato de los dátiles, para tener una posición fuerte e influyente en la organización que surja de todos estos cambios. El jeque de Al'Ossi, en particular, está asegurándose tanto de que dispone de suficientes recursos naturales como de un ejército que merezca ese nombre. Los Osrámán estaban muy enfadados porque el jeque ha obligado a una leva de todos los segundos hijos, que ya lleva en varios meses formándose en asuntos de guerra en sus cuarteles. La leva no sólo se ha llevado a los segundos hijos, sino que además cada uno ha debido aportar un arma, escudo o pieza de armadura bajo pena de fuertes multas si no se hacía. Y por supuesto, todo ello sin pagar nada a cambio. Como esclavos, me decían, los tratan como esclavos. Además les preocupa que finalmente estalle un conflicto, no sólo porque sus hijos estarían en los combates, sino porque creen que incluso un conflicto con el cercano jecado de Oyara, podría provocar que los khines de Akalime decidieran que debían intervenir 'pacificándolo' todo a su manera, lo que ya hemos descubierto, tristemente, que implica conquista y a veces exterminios de poblaciones enteras, como hicieron en Kal Olima.

Les pregunté si durante la guerra no habían sufrido los ataques de los desertinos que habían destruido el califato de Al Jorath. Y me contestaron que, aunque sabían de los ataques a Al Jorath por aquella zona no habían visto ningún combate. Varios me recordaron que en realidad aquí estamos a casi un mes de viaje de allí. A mí, para una guerra me parece poca distancia, pero llegaron incluso a decir que de tanto en tanto aparecen desertinos por allí y que son más comerciantes pacíficos que bárbaros sanguinarios. Espero que tengan razón, porque pensándolo con frialdad si una banda de bárbaros sanguinarios montados sobre insectos gigantes atacase Yarim, no habría forma de defender el pueblo.

En definitiva muchas cosas y muy interesantes me contaron los Osramán, pero ni salió el tema, ni me pareció digno sacarlo, de Massud y su presencia en estas tierras. Sin embargo, es claro que están contentos de sus servicios y de disponer de un hakin en las cercanías, porque no faltaron las indirectas sobre si iba a quedarme por allí mucho tiempo y si pretendía trabajar también como doctor de animales. Les dije que no lo tenía aún claro, y que sabía bastante más de personas, pero en realidad esto me ha llevado a reflexionar sobre qué voy a decirles a todos.

Está claro que no soy un familiar de Massud, que ni siquiera me habla aún. Y, aunque ya les haya pasado una vez, hasta a mí me cuesta imaginar alguna razón por la que un médico con una consulta de lujo como yo habría de recorrer la mitad de nuestro imperio para acabar practicando la medicina en un pueblo en dónde el número de cabras quintuplica, al menos, el número de personas.

Tengo que meditarlo con cuidado, porque no quiero levantar suspicacias, en particular no quiero acabar despertando el interés del jeque de Al'Ossi. Sólo tengo un objetivo aquí, descubrir cómo Massud logró sanar a Chizia, y no pienso aceptar que ni una legión armada del jeque o un centenar de jinetes del trueno khin me saquen de aquí hasta que descubra este secreto. No sólo depende de ello mi vida, sino el de todos los hombres de mi familia.

Día Quinto del mes de las Flores del año 208

Hoy sólo he hecho una cosa. Intentar hablar con Massud. He desayunado ligero en casa de la viuda, me he puesto las botas más cómodas que tengo y me he marchado a buscar su casa. Los caminos están húmedos y al rato de caminar aún duelen como la nieve en el invierno de mi valle; pero en realidad la casa no está tan lejos. Es vieja, no demasiado cuidada, y en los pastos que la rodean aún se pueden ver cardos secos y ahora renegridos del año anterior. Justo delante de la puerta principal de la casa un manzano medio seco aún se defiende junto a los tocones de dos ya difuntos. Una parra que no ha echado ni hojas domina el porche, y en buenos tiempos debe ser un agradable refugio sombrío de verano. La leñera está claramente mermada, y sale humo de la parte posterior.

Le he dado la vuelta a la casa, para encontrarme a Massud allí, fumando en pipa mientras ordena hierbas seca y hornea lo que parece un pan demasiado negro. Él me ha mirado largamente y tras resoplar ha seguido con lo suyo. Ya hablamos el primer día y me dijo que me perdiera, así que no le digo nada, me siento sobre uno de los muretes de piedra y espero.

Massud me ha ignorado toda la mañana, entrando y saliendo de la casa. Le he visto completar unos tarros con una mezcla de hierbas que me resultan familiares pero no conocidas. Le he visto aventar mantas y un par de capas de piel. Ha hecho la colada él mismo, en un pequeño lavadero junto al horno usando una tinaja con agua, probablemente del Pozo. Luego ha entrado en la casa y no ha salido hasta bien entrada la tarde. Desde el interior ha salido un olor intenso a cúrcuma, así que sospecho que ha comido algo muy especiado y lo cierto es que el hambre casi me ha hecho desistir del intento, pero he perseverado.

Cuando ha salido por la tarde armado de una horca me ha dicho de nuevo que me pierda, que me largue. Lo he seguido, ha estado removiendo unos montones de paja, que no sé para qué quiere ya que no tiene ganado, y ha apartado las partes que estaban más estropeadas por la humedad. Tras regresar a la casa me he vuelto a sentar en el murete y él se ha preparado un té con una planta que desconozco. Se ha estado tomando taza tras taza de té hasta que ha caído la noche. No ha apartado los ojos de mí en todo el tiempo, ni yo de los suyos, pero no hemos dicho nada de nada.

Tras desaparecer el sol tras las montañas, se ha levantado, ha recogido la tetera y la taza y me ha dicho que si no me marchaba pronto iba a caer enfermo, que el frío es muy traicionero en el invierno de Yarim. Yo le he contestado que no me movería, que es primavera. Se ha encogido de hombros y ha desaparecido. No ha tardado mucho en desaparecer la luz dentro de la casa. Al final he estado cogiendo frío en la noche para nada.

Al menos la luna ya está a mitad de su esplendor y en estas colinas en las que no se elevan casi humos de ciudad, parece iluminar mucho más que en Balidram. A su luz he regresado hasta mi cama.

Día Sexto del mes de las Flores del año 208

Hoy he vuelto a la casa de Massud. Esta vez la viuda ha tenido la habilidad, para mi sorpresa, de llevarme algo de comida caliente hasta el muro en el que estado esperando todo el día. Por lo demás no ha habido ningún cambio.

Massud sigue negándose a siquiera hablar conmigo. No sé qué le pasó para que acabase aquí, pero me queda claro que debió ser algo relacionado con nuestra profesión, porque el primer día que nos vimos su actitud cambió completamente al conocer mi apellido y mi profesión. Soy el hakin Majid Ibn Kamaj, le dije y ahí se acabó. Su cara cambió completamente de expresión y me dijo que me perdiese. Y así hasta ahora.

Hoy me ha costado menos que ayer encontrar el camino hasta el Pozo, aunque me he marchado aún algo más tarde. En esta región las nubes que nos mantienen en este invierno antinatural, no son tan espesas como en Balidram y ya es el segundo día que respetan la luna.

Día Séptimo del mes de las Flores del año 208

Esta mañana la viuda me ha rogado que no regresara a la casa de Massud. Luego ha intentado sacarme qué es lo que deseo de él y yo le he contado la historia que he decidido contar para no levantar la atención sobre mi enfermedad, ni sobre la excepcionalidad de la maestría de Massud. Les he dicho que mi difunto padre pagó mis estudios de hakin, pero que como yo era un estudiante no demasiado bueno, le pagó a Massud una considerable cantidad para que me diese clases. Les he dicho que Massud se marchó sin avisar, sin dejar rastro tras de sí, y sin darme las clases que me adeudaba.

La mujer no se escandalizó como yo esperaba por la historia de Massud no pagando sus deudas, pero si se extrañó que alguien como yo, cuyas ropas eran de calidad –y yo que pensaba que ya estaban lo bastante desgastadas por el viaje para que más bien pareciesen harapos- necesitase el dinero. Así que le contesté lo que había pensado, que no quería el dinero de él, sino que honrase la palabra dada a mi difunto padre y me diese las clases debidas. Ella me preguntó que si estaba muy interesado en partos, que es lo que ella consideraba que era la especialidad de Massud. Aquello de los partos me pilló un poco por sorpresa y casi hace que abandonase la coartada, pero le contesté ufano que fuese lo que fuese lo que supiese tendría que enseñármelo para que mi orgullo y el espíritu de mi padre quedasen en paz. Ella entendió eso, pero me dijo que no podía estar hoy llevándome comida tan lejos, así que mandaría a una de sus hijas.

Mis avances con Massud han sido nulos hoy también. La chica ha resultado llamarse Djamila, ser despierta y agradable. Debe tener unos diecisiete, e imagino que el dinero que pago por mi hospedaje ayudará a pagar su ajuar. No es demasiado alta, pero es esbelta, tal vez de un cuello algo corto para ser hermosa. Sus ojos son del color del dátil y parecen estar en constante movimiento. Lleva un thoba del color de su familia, con un fez muy bien ajustado al recogido de su pelo, y unas botitas de piel de cabra vuelta que aunque parecían muy fuera de lugar daban al conjunto un aspecto más dinámico, como más aventurero.

Estaba claro que llevaba día deseando hablar conmigo y me preguntó toda clase de cosas. Me costó un poco no salirme de la historia que me había inventado durante la conversación. Djamila, no ha salido de Yarim en toda su vida y está claro que le atraen las historias de mi valle y de Balidram, no porque sean mías, sino porque para ella son tierras distantes, exóticas llenas de aventuras posibles. A ratos parece muy inteligente y despierta, a ratos, sin embargo, parece demasiado inocente y parece querer entenderlo todo en términos de aquí; es decir, en términos de pastores y cabras.

No he conseguido que imagine cómo es realmente un elefante, para ella es impensable imaginar un animal más grande que una mula, y mucho menos uno armado con dos poderosos colmillos de marfil. Tengo que buscar entre mis libros alguna ilustración de un elefante para que pueda hacerse una mejor idea.

Me apenó un poco que tuviese que marcharse, pero no me apartaré de aquí hasta que Massud se digne a hablar conmigo. Hoy de nuevo, todo lo que he sacado de él ha sido un aviso para que me marchase antes de que se me cayese la nariz del frío que estaba haciendo. Yo le he contestado que los Kamaj tenemos una buena nariz, grande y fuerte. Y eso, al menos, es verdad, no viviremos mucho pero a nariz no nos gana nadie.

Día Octavo del mes de las Flores del año 208

Sigo sin ninguna clase de avance en el tema de lograr que Massud, hable conmigo, y sin pasar ni de esa línea no tengo ninguna oportunidad de averiguar cómo pudo curar mi mal. Djamila ha pasado dos veces por aquí hoy. Una para traerme el almuerzo y otra para traerme unos dulces de dátiles y miel a la hora de la merienda. Hemos estado hablando de los otros animales que conozco o que he visto en mi viaje. Le han parecido increíbles y aterradores los grandes saurios carnívoros que los nobles de Adala montan; pero no menos los leones que en las praderas de Dacca aún son comunes, pero que son completamente desconocidos aquí, en el borde del desierto central.

Durante la merienda se ha interesado por los khines, pero me temo que en esta ocasión la he dejado un tanto decepcionada. Aunque le he contado todo lo que sé de los habitantes del sur y de sus caravanas, en realidad no sé casi nada de los conquistadores de Akalime. Ella pensaba que se trataría de alguna clase de hombres gigantes, como dice que le parecen los hibernios que ha visto, o si no, los imaginaba como semibestias, capaces de volar, lanzar fuego por la boca como un dragón o envenenar como una víbora con sus armas. No he sabido explicarle que algunas de esas cosas son en realidad verdad, o algo parecido, pero le he dejado bien claro que son hombres, como nosotros, de aspecto diferente, pero en esencia lo mismo, y que por lo general son más bajos y menos fuertes que muchos de nosotros los ossines.

Ella no entendía cómo habían podido derrotar entonces a tantos soldados ossines, e incluso destruir una ciudad califal y tomar a dos de las más importantes, Tamana y Akalime. Yo, por salir



por alguna parte, empecé a hablar de que ambas ciudades estaban dominadas por la sombra, por el mal y que por eso habrían caído, por voluntad de Dios; pero lo cierto es que no me lo creía, porque sé bien que Dios no suele intervenir en la guerra, y porque la idea de Dios en este mundo que parece abandonado por Él, cada vez se me antoja más vaga e irrisoria. Ella no se daba por satisfecha por esa explicación y quería saber muchos más del armamento de los khines, de su forma de combatir, de sus estrategias; y yo no sabía nada de todo eso.

Hoy no he esperado fuera en el muro, cuando se ha ido a dormir he esperado justo junto a la puerta, por refugiarme un poco del frío y por dejarle bien a las claras que no pienso marcharme de aquí sin la información que necesito y deseo. Eso ha hecho que abriese la puerta, sí, pero sólo para darme una capa de piel de blancada y decirme que me abrigase con ella. La he despreciado delante de él, para que vea clara mi convicción, pero él se ha limitado a encogerse de hombros y a volverse al interior de la casa.

Allí se ha quedado en el suelo, cuando me he vuelto para el Pozo, ojalá se le ensucie completamente y sin remedio.

Día Noveno del mes de las Flores del año 208

No pienso dejarlo, así que he vuelto de nuevo allí, sobre todo ya a míralo a la cara. Cuando ha venido Djamila a traerme la comida, le he pedido que no se quedase para dejarle claro a Massud que no estoy aquí para pasar el rato. No se ha ido nada contenta, pero tenía que dejarle claro al viejo que estaba allí sólo para mirarle a él hasta revocar su negativa y nada más. Pero como hasta ahora no he tenido éxito, él se ha limitado a comentar que era tonto por decirle que se marchase, que al menos con ella tenía un poco del calor de una conversación femenina. Yo le he dicho que ya estaba lo bastante caliente por el enfado de verme rechazado por él. Y él se ha encogido de hombros.

No me he quedado hasta tarde. Tantos días con el frío de ahí fuera me han afectado un poco y me sentía algo débil. Además quería regresar y enseñarle a Djamila unas ilustraciones de elefantes que encontré ayer en mis libros. Aunque esto segundo ha sido para nada, la viuda me ha dejado claro que la chica no tenía ningún interés en mis ilustraciones.

En fin, otro día será.

Día Décimo séptimo del mes de las Flores del año 208

Hasta hoy no he tenido fuerza para sentarme y coger la pluma. Debería haber recogido esa capa de blancada cuando Massud me la ofreció. Cuando intenté levantarme el día décimo estaba tan enfermo que no pude dar ni dos pasos en la calle antes de desplomarme. Menos mal que Djamila estaba mirando por la ventana para demostrarme, creo, lo enfadada que estaba conmigo, y me ha visto caer al barro.

El resto lo he vivido medio inconsciente. Las mujeres de la casa me han arrastrado a dentro, a mi cama y creo que me han desnudado y lavado. He dormido mucho. He tomado mucho caldo y luego algunas infusiones. He intentado dar mi propio diagnóstico y pedir mis propias infusiones pero no me han hecho ningún caso. Pero podría reconocer la mano de un hakin en las cosas que me han ido dando, así que sospecho que Massud ha estado atendiéndome aunque sin verme en persona.

Creo que ha sido una gripe. Cuadran casi todos los síntomas, aunque nunca había sufrido una tan fulminante. Sólo espero que se trate de una versión local que he pillado ya aquí, no me

perdonaría haberles traído una enfermedad de alguna parte de mis viajes y que hubiese estado incubando. En realidad lo que espero es que se trate sólo de una gripe. A fin de cuenta incluso entre las ruinas de Al Jorath y Oyara nos atacó aquel zombie solitario de noche y si no llega a ser por la afilada cimitarra de mi guía no lo hubiese contado. Un cuerpo a medio corromper por mucho que camine, sigue siendo una fuente probable de toda clase de enfermedades.

Djamila ha estado por aquí cerca de mi cama casi todo el tiempo. He estado bastante preocupado por ello. Al menos una vez que he estado suficientemente lúcido para pensarlo. Ha estado poniéndome paños húmedos para bajar mi fiebre, me ha dado de comer caldos e incluso ha estado sosteniendo mi mano mientras temblaba por la calentura. Me he acostumbrado un poco a mirar sus ojos de dáttil, su tez del color de la arena y su pelo recogido con un fez negro sobre él. Hoy, que ya estoy mejor, no está conmigo y la echo en falta.

Día Décimo octavo del mes de las Flores del año 208

Me levanto sólo para escribir un poco en este diario. Los síntomas de mi enfermedad que ya estoy casi seguro de que es una gripe, aún me dejan desfallecido en cuanto asomo mi nariz a cualquiera de las puertas de la casa. Quién iba a decirme que yo, un hijo de las montañas, iba a verme sometido por el frío de una primavera invernal. Soy algo más enclenque que la mayoría de los Kamaj, pero aun así, he pasado inviernos duros allá en el valle, inviernos en los que la nieve enterraba nuestra casa casi por completo hasta hacerla parecer una colina de nieve y no recuerdo haber estado tan afectado por la tos y los dolores articulares. Al menos no parece que haya contagiado a nadie de la casa. Es un alivio.

Acaba de entrar Djamila con un caldo y unas infusiones. Dejo de escribir que ayer dijimos que íbamos a mirar las ilustraciones de mis libros.

Día Vigésimo del mes de las Flores del año 208

Me encuentro bastante mejor. Estos dos últimos días más que estar convaleciente, han sido días de recogimiento y descubrimiento de Djamila. Primero estuvimos viendo mis libros de medicina, botánica y zoología. Le atrajeron sobre todo los libros de zoología, y preguntó muchísimos detalles sobre los elefantes y sobre las sierpes tronadoras del pantano. Estas segundas le parecieron un animal tan extravagante que simplemente las consideró una invención. Nunca había pensado que una serpiente de la longitud de tres elefantes, tan alta como un burro, decenas de patas, que puede usar tanto para correr veloz como para nadar a aún más velocidad en las aguas cenagosas y que pueda dañar a sus presas con el poder del rayo fuese un animal tan difícil de creer. La verdad es que leyéndolo en lo que acabo de escribir sí que suena un poco a cuento; pero las sierpes del pantano siempre han estado ahí en el borde norte de nuestro reino, así que nadie en Balidram las pone en cuestión, aunque sólo haya visto de ellas, como yo, ejemplares disecados o cráneos. A fin de cuentas un lagarto gigante, volador, acorazado como un guerrero para la batalla y que escupe fuego por la boca es igualmente poco verosímil y, sin embargo nadie cuestiona en el mundo la existencia de los dragones, aunque no hayamos visto ninguno en nuestra vida, al menos de cerca.

Luego estuvimos comparando las hierbas de mis libros de botánica con las hierbas medicinales que se usan en Yarim. Me temo que los conocimientos de Djamila sobre plantas son limitados, conoce los nombres de algunas cuantas, pero ni siquiera supo distinguir las hojas de las que está usando para tratar mi enfermedad, cuando le pedí que me las trajese. Por cierto, que me ha confirmado que el tratamiento que estoy siguiendo es por prescripción del viejo, aunque sólo

me ha visto dos veces, en los primeros días de las fiebres cuando yo no estaba consciente. Djamila me ha dicho que el viejo les dijo que se trataba de fiebres de cabras, conozco varias 'fiebres de cabras' y lo que tengo no es ninguna de ellas, porque no tengo los dedos engrosados, ni tampoco escamas oscuras en los codos, más bien parece una gripe de nieve, pero también es cierto que en Yarim, donde hay mayor diversidad de cabras que en ninguna otra parte que haya conocido, existan enfermedades relacionadas con las cabras que desconozca. Además si acepto que es una fiebre de cabra, entonces puedo estar tranquilo respecto a la salud de mis anfitrionas, que a buen seguro habrán pasado ya hace mucho esta enfermedad; y las fiebres de cabra sólo se pasan una vez en la vida.

Este último día lo hemos pasado jugando al djerek, un juego que he visto muy poco por nuestro reino, pero que sé que es muy popular en otras partes del imperio. Ella me ha tenido que explicar dos veces las reglas. Es un juego más complicado de lo que pensaba, sobre todo la parte del uso de los sacerdotes. En casi todas las partidas en las que he estado a punto de ganar con la fuerza de mi infantería y de la caballería, que yo imagino como nuestros elefantes, ella ha logrado subvertir la partida usando inteligentemente a sus sacerdotes sobre mi nobleza. Al final, cuando la tarde ya se había transformado en noche, he ganado por fin una partida y he derrocado a su sultán, pero sospecho que ha sido más bien por pena, o porque ya estaba cansada de tanto ganarme. Según Djamila muchos yarimes juegan con pasión al djerek, y el viejo es un maestro. Tal vez sea una forma de alcanzar su interés, pero tendré que practicar muchísimo si no quiero simplemente despertar su aburrimiento.

Estoy escribiendo esto a la luz de un candil, y se me fatigan los ojos. Miro la luna llena que ya empieza a transformarse en menguante. Hoy está hermosa, como la diosa Ireya que los nórdicos creen que es. Además hoy sus dos hijos, Cleo y Leyo, la acompañan en el cielo y brillan junto a su madre. Creo que me abrigaré más y dejaré las cortinas algo descorridas para ver la luna en el cielo, es una visión hermosa.

Día Vigésimo Primero del mes de las Flores del año 208

Hoy he salido un rato al medio día al patio de la casa. Es un patio pequeño y he salido muy abrigado, con ropas de lana gruesa que las mujeres me han conseguido, así como completamente cubierto por un poncho de blancada, pero me ha sentado bien ver la poca luz del sol que nos deja el manto de nubes que se resiste a devolvernos la primavera. Mientras estaba en el patio, bebiendo mi segunda infusión del día, he tenido la visita de Abdul Osramán, que, aparte de desearme que me mejorase pronto, me ha estado diciendo que en el pueblo se ha estado discutiendo mucho de mi situación con Massud y que han decidido apoyarme. Que confíe en la gente del pueblo, y muy pronto Massud estará dándome esas clases que tenía comprometidas. Yo no le había contado nada a Abdul, pero supongo que en Yarim, todo se conoce de todos, a fin de cuentas es un pueblo disperso pero muy pequeño. No soy muy buen actor, pero creo que clavé la cara de agradecido y solté un buen montón de alabanzas al pueblo y a los Osramán que no sólo me tenían acogido sino que ahora me iban a ayudar con mi empeño.

Luego estuve jugando un rato al djerek con Djamila, y poco más ha dado de sí el día. En cuanto ha refrescado, me han obligado a meterme de nuevo en mi habitación y no he hecho otra cosa que revisar mis apuntes de estos días. Son ya cuarenta páginas y me doy cuenta de que no sólo no he avanzado en mi propósito, sino que estoy llenando este libro de mis penas personales y en nada aporto a la ciencia, a mi profesión.

Día Vigésimo Segundo del mes de las Flores del año 208

Hoy me he atrevido a vestirme, pero no con mi ropa, que ha resultado poco apropiada para el frío reinante, sino con ropa yarime que me han dado las mujeres de la casa, y he salido acompañado de Djamila hasta el Pozo. La gente me daba ánimos, al pasar, y algunos hombres han comentado que ya iba siendo hora de que me vistiese como un hombre de verdad, pero que me faltaba la jambia. No me veo portando una daga recurvada al cinto y mucho menos la versión enorme que llevan los yarimes; pero tendré que pensármelo si quiero que me sigan apoyando en mis pretensiones.

La actividad de los volcadores me ha parecido cansada, y sin embargo Djamila me ha explicado que ahora hay menos de la mitad de los hombres trabajando de lo normal por estas fechas; porque los campos al norte de las colinas, que deben ser regados normalmente en cuanto llega la primavera están fríos y fangosos –en realidad aún se ven manchones de nieves en el propio desierto- y por lo tanto toda esa agua no era necesaria aún. De todas formas, el trabajo que requiere extraer todo el agua del pozo y sobre todo el trabajo de llevar el agua a cada casa perdida entre las colinas se me antoja inmenso. Allá en Balidram, incluso en nuestro valle de montaña, el agua corre por doquier, como decimos allí, el agua es algo que siempre llama a tu puerta.

El calor de las Lágrimas me han hecho bien, el vapor liviano y agradable que surge del fondo del Pozo ha mejorado mis vías respiratorias. Así que he estado sentado un largo rato junto a él, mirando hacia sus profundidades. Igual que las Lágrimas no dejan de caer en cualquier época del año y siempre con la misma temperatura agradable, es evidente que las aguas allá abajo en el Pozo, no se quedan retenidas. Se las ve moverse en dirección noreste, como si pretendiesen alejarse hacia algún oasis del desierto central. ¿A dónde irán estas aguas en realidad? No hay ríos por aquí, ni en ningún punto desde aquí hasta Akalime. ¿Realmente discurrirán inadvertidas bajo los kilómetros de arena de Al Fartha?

Hoy, por prescripción del viejo, ya he comido algo sólido, y las mujeres lo han considerado como una oportunidad para celebrar un pequeño banquete. Cabrito en caldereta, muchas verduras regadas con la grasa del propio cabrito, y una cantidad enorme de tortas de esta harina yarime oscura que realmente no sé qué contiene pero que tiene un interesante sabor ácido. No he podido terminar todo lo que las mujeres querían que comiesen y han hecho comentarios sarcásticos sobre mi masculinidad, probablemente impulsadas por el kumis, la bebida fermentada de leche de cabra y hierbas que bebieron con generosidad. La próxima vez tendré que esforzarme un poco más en acabarme la ración que me pongan, porque Djamila, al final del banquete me ha dicho discretamente que no pensaba que fuese poco masculino y que sabía que estaba aún convaleciente.

Día Vigésimo Tercer del mes de las Flores del año 208

Hoy he estado trabajando en pos de la ciencia. Al final he decidido, que es mejor separar lo que me está pasando de lo que pueda aportar a la medicina, así que he pagado una cantidad más que generosa a la viuda para que me consiga más tintas de diversos colores y un libro nuevo en el que pondré todo aquello que aprenda de las enfermedades y de la farmacopea local. La viuda ha intentado decirme que es demasiado dinero, pero le he dicho que para nada, y sé que uno de sus sobrino o nieto de una de sus hermanas, ha salido casi al galope hacia Al Ossi a comprar las cosas que les he dicho que me busquen.

Luego, he esparcido las hierbas que me he estado tomando por mi enfermedad y las he separado en sus componentes. Hojas, ramas, flores y raíces. Sin haber visto la planta original era muy difícil saber cuántas plantas diferentes había en estas mezclas, pero Djamila ha estado muy amable y me ha ayudado a clasificarlas. Si no nos hemos equivocado en la infusión hay tres

plantas. Una de ellas, de hojas cerosas, se ha usado las hojas y las flores. De otra las ramas. Y finalmente otra ha aportado raíces. La de las hojas cerosas parece una variante de la lengua de buey, una planta recomendada para tratar cuadros griposos. Hemos sido incapaces de clasificar la de las ramas, pero las raíces parecen de raíz de cuerno, aunque en lugar de ser tan naranja como la que usamos allí incluso para cocinar, esta es ligeramente roja. Estos componentes son más bien para tratar una gripe, más que para tratar una fiebre de cabra, que requiere infusiones de semillas de heno de Dacca y guindillas negras, preferiblemente acompañadas de zumos de cítricos. Ojalá pudiese consultar con Massud todas estas cosas.

A Djamila le ha encantado sobre todo el cuidado con el que dibujo las hojas y las flores en mis notas, y dice que quiere aprender a escribir como yo lo hago. En realidad casi no sabe escribir, lo que me parece imperdonable para una mujer de su inteligencia, pero probablemente casi nadie de Yarim sepa escribir más allá de su nombre y dos versos del libro del Sol.

#### Día Vigésimo Cuarto del mes de las Flores del año 208

Djamila ha llenado mi cuarto de montones de manojos de flores y hierbas secas. Me temo que no sólo son plantas medicinales, sino que muchas son aromáticas, usadas en la cocina, junto con la carne de cabra o junto a los postres de harina frita que están empezando a gustarme cada vez más. No creo que ni una décima parte de todo lo que está ahora cubriendo cada rincón de mi habitación sea de utilidad médica, pero no podía negarme a revisarlos uno por uno en mis libros de botánica y medicina ante la arrolladora pasión que le pone ella.

Así hemos pasado el día, comprobando que el ajonjolí no tiene muchas propiedades medicinales, excepto que se sufra de algunas carencias muy extrañas de minerales o se sea una larva de mariposa azul.

Tras la comida, mucho más ligera que la del otro día, por suerte, hemos jugado en el patio un par de partidas de djerek. Voy cogiendo el tranquillo al juego, aunque lo cierto es que prefiero no usar los medios tan retorcidos que usa Djamila a través de los sacerdotes. Eres demasiado directo, me ha dicho ella, usas sólo el aspecto caballeroso del juego. He decidido tomarlo como un cumplido.

Esta noche, la luna ya oculta una buena parte de su esplendor, y Kleo ha huido de su lado, mientras que el pequeño Leyo, como siempre, permanece fiel a su madre. Es increíble lo hermosas que se ven, estos astros y las estrellas desde aquí cuando las nubes no lo cubren todo. Ojalá llegase de una vez la primavera, o los calores del verano y así descubrir que mis terrores, que todo este viaje, que mi búsqueda no son más que un sueño malo, muy malo, de opio, que estoy teniendo en mi consulta de Balidram. Ojalá.

#### Día Trigésimo del mes de las Flores del año 208

He tenido este diario abandonado en favor de mi trabajo de clasificación de hierbas locales. Hay muchas que se parecen a las que conozco pero que no son exactamente iguales. Por ejemplo, nuestro botón dorado que tiene muchos usos, especialmente la infusión de su raíz que en Balidram se usa incluso como sustituto del café, aquí tiene una flor naranja, y la conocen como amargón, sin embargo sus propiedades son aparentemente las mismas, para mejorar el hígado y los riñones, aunque como cabía esperar los yarimes la usan sobre todo para lograr el mismo efecto en la salud de sus ovejas y cabras. El corazón de ciervo local, sin embargo es más blanco que el nuestro, y los frutos con casi negros; aunque el aceite realizado con su esencia es

igualmente eficaz para la cicatrización, el poder contra la depresión que tanto he aprovechado al parecer en esta planta se transforma en alucinaciones peligrosas y por eso la llaman corre-cabras y hacen lo posible para que el ganado no las coma. También hay muchas cortezas de árboles e incluso bayas de los muchos arbustos de la región, con propiedades similares pero no exactas a las que conocemos en Balidram. Es fascinante que plantas tan similares tengan tantos cambios de valor medicinal, que aunque sean leves, provocarían un muy erróneo tratamiento a un hakin no informado.

Por ejemplo, el jaramago blanco de Balidram con su característico fruto en forma de corazón verde, aparentemente es frecuente en las sombrías de Yarim, pero mirado de cerca el corazón tiene en este caso una fibras o venillas de color morado oscuro, que hace que le hayan cambiado el nombre por corazoncillos muertos. Y el nombre es adecuado, el jaramago tiene un efecto adecuado para regular la circulación sanguínea e incluso ayudar al parto, el corazoncillo, sin embargo, tiene un efecto claro abortivo no muy deseable. Otro ejemplo sorprendente es el del gazapote. Las habillas del gazapote se refinan hasta obtener un aceite, que diluido adecuadamente está muy indicado en los libros de medicina para normalizar el ciclo menstrual de las mujeres. El equivalente de estas tierras es la huelemanos, pero sólo toman algunas habitas lo más verdes posible en caso de infestación con lombrices y cuando la haba es muy grande o muy madura podría provocar la muerte, en especial en niños.

Nunca había pensado en la riqueza oculta en las hierbas de lugares lejanos. Aunque me pasé una parte de la vida recorriendo los bosques de Balidram en busca de musgos y hongos, y sobre todo de muérdago, lo cierto es que mi contacto con la botánica siempre ha sido más teórica que práctica. Desprecié, probablemente por prisas y orgullo, las clases de herbología, que por lo general implicaban largas horas con las manos sucias de tierra, y desde que empecé mi formación como hakin, las plantas no han sido más que cosas que venían en tarros de cerámica o de cristal y que se identifican leyendo la etiqueta del exterior.

Empiezo a entender por qué algunos hakines se alejan de nuestro reino, no para trabajar, sino para encontrar nuevos remedios y al final jamás regresan. Me gustaría pensar que es el caso de Massud, pero aquellos que se pierden en la diversidad de las plantas no se quedan en el mismo rincón del mundo ayudando a parir a las cabras. Tiene que haber otra historia tras su desaparición, una historia que sospecho que será triste y oscura.

Día Trigésimo Quinto del mes de las Flores del año 208

Finalmente me he atrevido a salir al campo por mis propios medios. No puedo negar que he disfrutado al final con mi reclusión, gracias a todo el trabajo que he hecho comparando y dibujando plantas; pero ya era tiempo de enfrentarme al aire frío de las colinas y estirar las piernas.

He pasado casi todo el día recorriendo los caminos yarimes y parándome cada poco para observar las hierbas que hay en ellos. Ojalá la primavera hubiese empezado en su fecha. Casi todas están mustias o enfermas, no han logrado mostrar sus flores y, en general, es evidente lo mucho que están sufriendo con este frío antinatural. Djamilá me ha acompañado durante la caminata. Es una mujer más fuerte de lo que pensaba, ha cargado con una comida ligera, con un buen cántaro de agua y con todas las hierbas que me han parecido interesantes.

Cuando regresábamos, Abdul Osrámán nos ha salido al paso y me ha explicado que Massud mañana mismo, bajará a la casa a hablar conmigo de las lecciones que me debe y que él mismo tenía mucha confianza en que tras esa entrevista todo el tema quede aclarado. ¿Cuánta

influencia tiene este hombre en el pueblo? Desde el principio me pareció algo parecido a un alcalde, un jefe de pueblo, pero él mismo lo ha negado varias veces.

Se me olvidaba, he comprado una jambia, bueno, una ak'jambia y ahora la llevo por ahí como el resto de los hombres de yarim. Hace dos días un herrero ambulante estaba ofreciendo sus servicios a cualquiera que quisiera contratarle. Era un hombre robusto y de mediana edad procedente de Oyara que hacía casi cualquier cosa que le solicitaran, desde herrar caballerías a reparar ollas. Estuve viéndolo trabajar por la ventana de mi habitación y me fijé en que en su carromato estaba expuesta una ak'jambia sencilla pero bonita, con un mango en hueso rematado en una cabeza de cabra. No me resultó demasiado cara y ahora es un paso más de hermanamiento con los hombres del pueblo, uno que, sinceramente, me parece incómodo y pesado en exceso. No tengo ni la más mínima noción de esgrima, así que espero no tener que desfundarla nunca. A Djamila le parece gracioso lo mal que la llevo amarrada. Todo el rato durante la caminata me iba diciendo que se me iba a caer, y cuando no, que parecía que iba a tropezarme con ella.

No es sólo que no esté acostumbrado al peso, es que el trabajo del herrero es demasiado bueno para mi comodidad. La hoja está peligrosamente afilada, y pesa como un hacha. Es arma mortal, hasta un inútil como yo, tan sólo con que consiga levantarla y dejarla caer con algo de suerte podría abrirse un cráneo en dos, o cortar un brazo. Soy demasiado consciente de la fragilidad del cuerpo humano.

Día Trigésimo Sexto del mes de las Flores del año 208

Como me anunció Abdul, el viejo ha aparecido hoy por la casa. Se ha hecho de rogar, eso sí, ya era avanzada la tarde y yo estaba dando por supuesto que se había echado a atrás. Además lo ha planteado como si fuese una consulta. Ha venido con viejas herramientas de hakin que está claro que no ha usado en años y me ha hecho toda clase de pruebas. Me ha preguntado detalles íntimos como lo que como, la forma de mis deposiciones o la cantidad de actividad sexual que estaba teniendo. Luego ha palpado mis músculos, sobre todo los de la espalda y los de los brazos y, finalmente ha palpado mis órganos internos.

A mitad del proceso me he cansado y le he dicho que de sobras sabe que tengo el mal de Kamaj y que se dejase de tonterías. Que sabía que había curado a Chizia y que quería el mismo tratamiento. Él se ha limitado a decir que él es el hakin ahora y que me calle hasta que tenga claro su diagnóstico y ha seguido haciéndome pruebas completamente innecesarias. Al final, cuando ya estaba más que aburrido, por sorpresa, me ha cogido por la muñeca y ha presionado no sé de qué forma y no sé en qué articulación, pero jamás había sentido tanto dolor en mi vida. Ha mantenido su pulgar justo en esa posición hasta que he rogado entre lágrimas que me soltase.

Tras dejarme jadeante, se ha lavado las manos parsimoniosamente, ha echado a las mujeres que se habían visto atraídas por mis gritos lastimeros y sólo después, se ha sentado y me ha dicho que era el mal de Kamaj. En ese momento he explotado, le he soltado toda clase de insultos y le he dicho que claro que era, que qué esperaba, que cómo iba a ser otra cosa y toda clase de disparates que han salido de mi boca todo de seguido. Él me ha hecho callar y me ha dicho, que no todos los Kamaj varones mueren del mal, aunque es cierto que casi todos sí. Y me ha dicho que la enfermedad es demasiado grave como para no darle un atisbo de oportunidad a cualquier otra cosa. Tras lo cual me ha dicho que sin embargo en este caso no le cabía duda. Me ha girado la muñeca por la fuerza y me ha señalado una parte la unión con la mano. Me ha exigido que palpase justo en ese punto y entonces lo he notado. Duro, hinchado, pero irregular, como si fuese una araña que se hubiese instalado en mis huesos. El mal de Kamaj, ha dicho él. Yo le he

dicho que esta clase de inflamación no está documentada como parte del mal, a lo que me ha contestado que por algo le había estado buscando, que él era el mayor experto en el mal que yo podría encontrar. Que ese nódulo sólo se encuentra en el punto en donde la enfermedad se hacía patente por primera vez, así que sospechaba que ya se me retorció la mano, aunque no se lo hubiese dicho. Le he preguntado que qué era ese nódulo y me ha dicho que no lo sabía, pero que si quería me cortaba la mano y mirábamos, igual había realmente una araña ahí en mis huesos. No me ha hecho ninguna gracia. Y me ha dicho entonces que la enfermedad no tiene cura. Y yo le he vuelto a espetar el caso de Chizia. Y él me ha dicho que yo no estaba preparado para seguir el tratamiento que le dio a Chizia. Yo le he dicho que estaba dispuesto a someterme a cualquier tratamiento, sea el que sea, que me daba igual los efectos secundarios, el estar vomitando o que se me cayese el pelo, incluso a quedarme estéril. Él ha insistido en que no estaba preparado para soportar el tratamiento. Y entonces le he rogado que lo hiciese, que me preparase, que me dijese exactamente lo que había que hacer y que yo lo haría. Él ha aceptado a regañadientes, diciendo que ya se vería si estaba tan dispuesto llegado el momento. Y luego me ha dicho que la primera parte era fácil, que tenía que ponerme fuerte y saludable y que no lo estaba. Y que para empezar saliese a caminar por las colinas, bien abrigado, eso sí, siguiendo un pastor, para fortalecer mi cuerpo. Le he dicho que cómo iba a hacer eso, y entonces él me ha dicho que tenía el candidato perfecto para que lo siguiese por los campos. Un chaval que me llevaría a lugares bien lejanos para que mis músculos y mi corazón se preparasen para el auténtico tratamiento. Yo le he dicho que me aplicaría, y que sería el mejor paciente que había tenido, y él me ha dicho que en mi caso creía que aun así no sería suficiente, pero que me iba a dar una oportunidad.

Voy a vivir. Estaba tan contento por ello, que cuando Djamilha ha entrado para preguntar cómo ha ido le he dado un beso completamente inapropiado. La pobre ha salido huyendo del cuarto, pero me da igual, voy a vivir.

Día Trigésimo Séptimo del mes de las Flores del año 208

Hoy no he visto en todo el día Djamilha, supongo que me propasé ayer. Las otras mujeres de la casa tampoco han estado muy amables, pero ya me preocuparé a su debido tiempo. Ahora lo que importa es que ya he empezado a poner en práctica las indicaciones del maestro Massud. Un desayuno fuerte, con mucho ajo. Luego y aún a primera hora una caminata de dos horas. Un almuerzo con muchas verduras y huevos con una generosa cantidad de jengibre y cúrcuma. Una tabla de ejercicios como el que no lo he visto hacer más que a los soldados. Más caminata. Una comida con bastantes proteínas y finalizada con un postre de nata hervida. Una caminata justo tras terminar. Un descanso con meditación y mientras se beben dos litros de una infusión que no me ha querido decir de qué es. Y tras eso algo de trabajo en mi manual de hierbas locales, seguido de una cena a base de líquidos, sobre todo zumos y a la cama muy temprano.

Pensaba que me iba a costar mucho irme a dormir tan pronto y con tan poco en el estómago. Siempre he sido de buena cena y de quedarme hasta muy tarde, pero la verdad es que el ejercicio físico me ha dejado tan cansado que me he quedado dormido.

Día Trigésimo Octavo del mes de las Flores del año 208

Me duele todo. Y mis botas no son tan cómodas como había creído. Sólo he caminado en serio dos días y tengo todos los pies plagados de ampollas. He pedido corteza de avellana pelosa, para las ampollas, la mezclaré con malvas para hacer una infusión con la que lavarme los pies, pero me temo que además voy a necesitar hierba del mudo, porque aunque pensaría en corazón de ciervo para la cicatrización de las bojigas que se me han abierto, pero me temo que el corre-



cabras más bien me provocaría visiones de elefantes rosas y zombies voladores. Pero lo más importante es encontrar un calzado más adecuado para poder seguir cuánto antes con el régimen de caminatas que me ha recetado el maestro Massud. Mañana sin falta tengo que enterarme qué clase de calzado usan los pastores de por aquí.

Día Trigésimo Noveno del mes de las Flores del año 208

Los pastores se han estado burlando de mí todo el día. Me han llamado de todo: pies blanditos, muchachita de las botas altas, mediquito de pies ligeros, corderito de pies de seda... pero al final me han dejado para que probase varios calzados. Los que parecen más cómodos para andar son unas alpargatas de esparto y lana, pero creo que voy a pasar bastante frío con ellas. Uno de ellos, por un precio excesivo, me ha vendido unas botas con un relleno de blancada que igual acaba siendo la mejor opción. No ha salido a andar de todas formas, me duelen bastante los pies, así que he redoblado mis esfuerzos con el resto de los ejercicios. Con mi forma física seguro que me luxa algo o me sale un dolor de articulaciones inexplicable.

No he conseguido hablar con ella en todo el día. Empiezo a preocuparme.

Día Tercero del mes de los Vientos del año 208

Las cosas se me han torcido estos últimos días. Primero ha sido el tema de Djamila, mientras intentaba curarme las ampollas para probarme las alpargatas, la viuda entró en mi habitación y empezó a interrogarme sobre mis intenciones para con ella. Mis intenciones. Y yo que sé, ni lo había pensado. Lo malo es que se me ocurrió decírselo, y entonces el mundo parecía que iba a acabarse. Empezaron los insultos y juraría que incluso los llantos de Djamila en alguna otra parte. Luego han aparecido más mujeres que ni conozco no sé muy bien de dónde y han empezado a gritarme todas, tirarme de la ropa, y yo que sé más. Hubiese sido más sencillo decirles que ni lo había pensado porque por lo que sé, puedo empezar a morirme mañana mismo, y que si Djamila tuviese la desgracia de casarse conmigo tendríamos hijos que morirían jóvenes entre dolores insoportables. Hubiese sido más sencillo y sobre todo menos doloroso. Al rato de recibir insultos y empujones, mi mano derecha se volvió loca. Empezó a moverse de forma absurda y al final se colocó en una posición imposible que me hizo arrodillarme de dolor. Las mujeres callaron y me miraban con espanto, y mientras ellas decidían si huir o rematarme, un ataque nuevo apesó mi espalda, me retorcí en el suelo mientras rogaba que acabasen con mi vida. Perdí el conocimiento por el dolor y no me desperté hasta mucho después. Massud estaba dándome friegas con un aceite que olía a pescado podrido por todo el cuerpo. Al darse cuenta de que me había despertado, me dijo, que ya no me preocupase por mi secreto que ahora ya lo sabía todo el pueblo. Le dije que no debía haberlo hecho, y para castigarme se puso a enderezarme la mano usando su fuerza y el mismo aceite con olor a muerto. Volví a desmayarme.

Cuando me desperté ya al día siguiente, casi de noche, estaba prácticamente desnudo y Djamila estaba dándome friegas con el mismo aceite. Había estado llorando, eso era más que evidente. Se esforzaba en presionar cada músculo, supongo que siguiendo instrucciones de Massud. La dejé hacer, en parte porque estaba agotado, y en parte porque me gustaba verla y sentirla así de cerca. Cuando me masajeó los pies aún con algunas heridas de andar, no pude dejar de quejarme y ella paró. Me miró sin mirarme. Retorcía el trapo aceitoso entre sus dedos ya grasientos. Su piel del color de la avellana, se veía hermosa así bruñida y con los reflejos de los candiles. Al rato de permanecer en silencio, me pidió perdón con media voz, y me dijo que no lo sabía. Intenté incorporarme pero no pude, así que desde la cama le dije que la que tenía que perdonarme era ella, que tenía que habérselo dicho y que nunca debía haberla besado. Ella se

enjuagó una lágrima y dijo muy bajito que el beso había estado bien. Yo no sabía muy bien que decir. Ella se levantó de donde estaba y me dijo que descansara, al tiempo que me besaba la frente. Tras salir del cuarto la escuché sollozar. Entonces lloré yo también, no por ella, sino por mi madre y por otras muchas mujeres del valle, que habrían estado sintiendo lo mismo que Djamila a lo largo de las generaciones.

Poco a poco me he sentido mejor. En realidad, la recuperación ha sido bastante más rápida de lo que podía imaginar. Sea lo que sea el aceite apestoso de Massud funciona, al menos en este estadio de la enfermedad.

Día Cuarto del mes de los Vientos del año 208

Hoy me ha visitado Massud, me ha curado las heridas del pie y me ha dado consejos sobre el tipo de calzado que debo usar. Luego ha revisado mi araña de la muñeca y me ha obligado a levantarme y a hacer ejercicio. La viuda ha intentado impedirlo, pero Massud la ha echado de la habitación de malas maneras.

Cuando he terminado y mientras Massud me daba de nuevo masajes con el aceite apestoso, que por cierto, es un aceite de corazoncillos muertos, muy diluido en aceite de linaza y grasa de lana. Le he preguntado si mi enfermedad estaba avanzando a mucha velocidad y si me quedaba muy poco tiempo. Él me ha contestado que no necesariamente, aunque el mal de Kamaj es muy imprevisible. Me ha contado que el mal reacciona de esta manera al tratamiento que me estaba administrando. Que cuanto más fuerte me fuese poniendo en esta primera fase, más probable se volvían ataques repentinos y muy dolorosos, así que el hecho de que me hubiese dado tan rápido uno podía ser hasta buena señal. Le dije que podía haberme avisado, a lo que ha contestado que no quería asustarme antes de empezar y que otras sorpresas desagradables me esperarían más adelante. He debido poner cara de terror -no puedo remediarlo, soy un cobarde, no resisto bien el dolor; porque me ha dicho que ya me había avisado de que probablemente no soportaría el tratamiento. Le he preguntado si sería posible mitigar el dolor con opio o hierba de Omira Okal, y me ha dicho que las drogas que redujesen el dolor están completamente contraindicadas en el caso el mal de Kamaj. En general aceleran y empeoran el mal y que siguiendo el tratamiento que estaba siguiendo fumar cualquiera de esas cosas harían todo mi esfuerzo inútil. Pero me dijo, que ya pensaría en algo si el dolor se me volvía insoportable.

Justo antes de salir me ha tocado el hombro y me ha dado ánimos. Menudo cambio desde hace unas semanas a ahora. Eso sí, justo después me ha dicho que se acabaron las tonterías y que mañana regresaba a las caminatas sí o sí. Pobres de mis pies.

El resto de la tarde me la he pasado jugando al djerek con Djamila, que se ha mostrado alegre, como si no hubiese pasado nada.

Día Quinto del mes de los Vientos del año 208

Las alpargatas dan demasiado frío. Hice la caminata matutina con ellas, pero me tuve que volver enseguida a calentarme los pies. Y pensar que estamos en el mes de los vientos, o de la arena, como lo llaman por aquí. Deberíamos estar buscando la sombra y bebiendo té muy caliente a estas alturas aquí al borde del desierto central. Al menos ha abierto un poco la mañana y casi casi que se podía decir que asomaba el sol. A ratos y muy tímido, eso sí. Como si le diese vergüenza estar retrasándose tanto. Las pocas veces que las nubes le dejaban, eso sí, se mostraba como lo que debería ser, un sol de verano.

No me he dado cuenta de que lo estoy escribiendo con minúsculas. Nunca he sido un hombre demasiado pío, pero antes no me cabía ninguna duda de que el brillante disco solar en el cielo era el Sol, con mayúsculas, Al Kars, nuestro Dios. Pero llevo meses viéndolo oculto tras las nubes, débil. Claramente Dios nos ha dado la espalda, ha dejado de mirar a sus sacerdotes, no sé por qué exactamente, ya que por muchos pecados que hubiésemos cometido siempre nos habían dicho que los hombres píos, los eremitas y los doctores de la fe, guardaban por nuestros espíritus. ¿Algo tan mundano como la guerra entre dos príncipes que se dicen a la vez ser el sultán, el guardián de la fe y el rey de los sacerdotes, puede haber hecho que Dios nos haya dado la espalda? Recuerdo allá en el valle a un anciano que ya no servía para nada más, que nos leía las iluminaciones sagradas –sí, mejor las escribo así con minúsculas ya- del muláh Ben Jarid, el más famoso y sabio de Balidram. En aquellos textos se cantaba a Dios como luz pura, como justicia no contaminada, capaz de castigar a cada hombre o de premiarlo según su merecimiento. ¿Acaso no queda nadie lo bastante pio como para merecer una primavera? En cualquier caso sé, demasiado bien, que no es mi caso. Yo sí que no merecía una primavera, soy un hombre descreído y que en pos de una vida más larga deseaba fortuna y poder, dinero y respeto, hasta lograr por esos medios lo que mi piedad sería incapaz de proporcionarme.

Para mí no habrá primavera, a no ser que plante mis propias flores y trabaje la tierra helada con fervor. Yo tendré que buscar mi salvación por mis propios medios, alcanzarla con mis fatigados pies.

Por cierto, las botas de blancada sí que funcionan, mejor incluso que las alpargatas, hice una buena compra.

Día Décimo tercero del mes de los Vientos del año 208

No he vuelto a escribir en este diario desde hace demasiado tiempo. He estado completamente centrado en mi régimen y en mis ejercicios. Tan centrado que casi no aparecía por casa y cuando regresaba era cenar y a la cama de inmediato.

Me siento cada vez más sereno y más fuerte. El entrenamiento empieza a notarse, o al menos eso pensaba, hasta que ayer empezó a acompañarme en mis caminatas Djamilá y descubrí que comparado con ella soy lento y me quejo demasiado. Estas mujeres montaraces son demasiado duras.

Voy conociendo a todo el mundo de por aquí. Ya puedo distinguir muchas de las marcas del ganado, sobre todo las de los propietarios con más cabezas. Y empiezo a entender cómo las diversas familias se agrupan a lo largo de las colinas. Aún no tengo claro si los Osramán son una reciente incorporación a esta comunidad o los últimos en llegar. Hay diferencia, claro, de una familia Osramán a otra, pero en general está claro el patrón que los sitúa más lejos del ganado que de las actividades más centrales, más... cómo expresarlo, de apoyo al resto de la comunidad. Algunos como Abdul están completamente centrados en el Pozo y el trabajo del agua. Otros son artesanos de muchas cosas a los que los demás compran desde calzado hasta cerámica. Algunos, como la viuda, simplemente alquilan habitaciones en el centro del pueblo. Incluso hay uno, para mi sorpresa, que hace préstamos y cambia moneda. Es increíble la cantidad de monedas de épocas remotas y lugares sorprendentes que tienen en su colección privada. En otras regiones no me cabría duda de que los Osramán son los jefes del pueblo, pero está claro que no es exactamente así. No tienen una guardia, ni se encargan de recoger de forma centralizada los impuestos del jeque de Al Ossi. No hacen juicios, ni dirimen disputas. Si lideran esta comunidad no lo hacen ostentando un cargo público ni un título de la corte. Parecen más bien, los herederos de un grupo de artesanos cualificados que hubiese venido a parar a un pueblo de ganaderos.

Djamila se aburre. Dice que no me alejo nunca de las proximidades del pueblo y que todo esto está demasiado visto, que debería estar mareado de dar tantas vueltas por los mismos lugares. Le he preguntado que por dónde quería ir. Y tras pensarlo un poco me ha dicho que al valle de las ruinas.

Ya me habían hablado de él cuando llegué a Yarim, y de hecho había pensado visitarlo, pero con todo el ajetreo, la enfermedad y el ataque me había olvidado. Se trata de una caminata de todo el día. Hay que salir muy temprano, casi de noche aún, y encaminarse a las montañas hasta encontrar un valle que en algún momento debió ser muy fértil y donde aún se alzan ruinas de los antiguos señores de estas tierras, los castis, probablemente. La mayor parte de la madera de Yarim se corta por un camino, montaña arriba que sale de ese valle, de forma que allí suele haber campamentos de leñadores o simplemente de gente con necesidad de madera. Pero también es un lugar de acceso complicado y ya me avisaron que es fácil perderse por las montañas. Por no hablar de que ir y regresar en el mismo día es demasiado cansado, y es más adecuado hacer noche allí. Todo esto le dije a ella, con sentimientos encontrados, en realidad quería ver esas ruinas, pero me daba mucha pereza ir hasta allí. Así que una parte de mí esperaba que ella descartase la idea y la otra mitad esperaba que encontrase una solución a todos aquellos inconvenientes.

Esta mañana me ha presentado a la solución, se llama Jalal y es un pastor de la familia de los Dabiles, uno a sueldo que recoge el ganado de aquellos que por una u otra razón no puede llevarlo a pastar por sí mismo y los lleva más allá de los pastos privados, normalmente montaña arriba. Jalal es además conocido por responsable, así que es un acompañante aceptado por la viuda, y, he aquí lo más sorprendente, el plan es que los tres, sin ovejas ni nada, subamos hasta el valle de las ruinas, cargados con una única tienda y que pasemos allí dos noches. Dos noches, nada menos. Mucha confianza debe despertar Jalal. De esta forma la excusión no es demasiado pesada y puedo recrearme e incluso dibujar alguna de las ruinas que allí arriba se esconden.

Djamila está encantada con la idea, así que no me queda otra que decir que sí a todo. Saldremos en dos días.

Día Décimo cuarto del mes de los Vientos del año 208

Lo de la excusión tenía algunas trampas ocultas. Jalal va a cobrar de mi bolsillo, claro, y además tengo que hacerme cargo de la compra de la tienda, de al menos un pellejo para agua y de alquilar una mula. Da la casualidad, qué sorpresa, que otro Dabiles, Achmud, primo de Jalal y amigo de infancia de Djamila tiene una tienda de acampar en el desierto y que no piensa usar más, así como puede alquilarnos una de sus mulas. Estos pueblerinos tontos tontos no son.

Por suerte tengo más dinero del que puedo gastar a no ser que la cura de Massud funcione; así que gustosamente cedo ante los precios excesivos que Jalal me indica y que Djamila tampoco discute. En algunos instantes siento un poco de zozobra que no me atrevo a calificar de celos.

He subido a visitar al viejo tras dejarme vaciar los bolsillos y hemos estado hablando. Me ha dicho que la excusión merece la pena, que procure ver todos los rincones ocultos del valle, que al parecer hay muchos. Le he dicho que quiero llevarme un cuaderno y dibujar las ruinas, le ha parecido bien pero me ha animado a buscarme entretenimientos más vigorosos. Cuando me he dado cuenta de a qué me refería creo que me he ruborizado y no he acertado a contestar. No puede estar hablando en serio.

Por suerte, no he tenido que contestarle, ya que enseguida ha sacado un viejo cuaderno de herbología, de cuando él llegó a la región por primera vez. Me lo ha prestado y me ha marcado

en un pequeño mapa las zonas de hierbas más interesantes desde Yarim hasta el valle de las ruinas. Ha insistido que lo quiere de vuelta entero y sin más manchas, y me ha encargado algunas plantas que me ha dicho que servirán para la segunda parte de mi tratamiento.

¿Ya? Él se ha reído y me ha dicho que aún no, pero que muy pronto y que hay que irse preparando.

Día Décimo noveno del mes de los Vientos del año 208

Ya estamos de vuelta. Ha habido un poco de todo en esta visita al Valle de las Ruinas, incluyendo algunos momentos que me han dado miedo; pero en general ha sido hermoso y vivificante. Además nos ha hecho bastante buen tiempo, a ratos incluso parecía verano, y casi todos los días el cielo tenía grandes claros. Los colores en todo el camino han sido mucho más hermosos de todos que los que he visto aquí desde que llegué. No. La verdad, es que el mundo parecía estar pintado con mejores colores de los que había usado en todo mi viaje hasta aquí.

El primer día salimos de Yarim, muy temprano, aún de noche, cuando los pastores aún estaban calentando el desayuno y ni estaban pensando aún en ir a por sus rebaños. Ireya nos saludaba desde el cielo abrazada a sus dos pequeños y su luz le daba a todo una apariencia irreal, pero en un sentido agradable, como si fuese el despertar de un sueño apacible.

Llevábamos demasiadas cosas, entre mantas, ropas, calzado de repuesto, comida, incluso agua, y sobre todo la tienda. Intenté cargar con la parte que le correspondía a Djamila, pero me miró con tal cara de sorpresa que ni se me ocurrió insistir. Aun así he de reconocer que a mitad de la jornada creía que se me iban a caer los hombros del dolor. Y es que el valle está realmente muy lejos. Salimos antes del amanecer y para cuando llegamos se había pasado con mucho la hora de almorzar.

Una de las cosas en las que tenía razón Djamila era en que una vez pasadas las colinas de los cercados el paisaje cambia mucho. A base de caminar sólo por los alrededores del Pozo me estaba perdiendo todo eso. La nieve y el barro ya casi se han ido tras estos primeros días de verano en el pueblo y en las llanuras del norte. Eso ha dejado, en el pueblo, un panorama de hierbas incipientes con ganas de recuperar el tiempo perdido, y de ovejas y cabras flacas y hambrientas que intentan comérselas más rápido de lo que pueden crecer. Por eso, los cercados con una tierra secarrona y pisada, que poco a poco tiende a polvorienta. Pero, ah, más allá. Nada más terminar las tierras privadas del pueblo, un terreno ondulado de corazoncillos muertos y de corre-cabras, mezclados con avenas de montaña, tréboles rojizos y amarguillos está tornando el marrón del barro en verde esmeralda teñida de rubí y topacios. Los rebaños de aquellos que han agotado sus pastos privados, o los que simplemente no tienen espacio para tanto ganado, salpican esas praderas de tañidos de cencerros de todos los tamaños.

Allí mismo estaba nuestra primera parada, en un hoyo entre colinas que Jalal conocía como el Lugar Podrido, y no me extraña. Menudo olor. Es un segundo pozo, el agua no cae aquí de lo alto como en Yarim, sino que brota muy caliente y burbujeante de un agujero con olor a huevos putrefactos. El agua es completamente insalubre y deja en las orillas un cerco de polvo amarillo y anaranjado, aparentemente azufre mezclado con algún otro mineral. Pero en este lugar tan adverso a la vida crece la planta que hemos venido a buscar, una especie de corre-cabras de color azulón, de hojas escamosas y tallo rojo repleto de espinas. Jalal lo llamó la hace-viudas, y no entendía que pudiese ser parte de ningún tratamiento. Al parecer es extremadamente venenosa tanto para el ganado como para los humanos. Pero yo sé bien que en pequeñas dosis casi todos los venenos son medicinas. Hemos llenado medio saco de estas desagradables plantas sanguíneas, espinosas y apestosas.

La primera sorpresa me esperaba al poco de apartarnos del Lugar Podrido. Un serenísimo hombre de los tiempos pasado, estaba petrificado sobre un pilar y con total paciencia señalaba para siempre en dirección de las montañas. Djamila me ha dicho que allí lo llaman el Leoncillo, porque aunque ya no tiene cabeza, al parecer hace mucho tiempo tenía una y no era humana sino de león. No sé qué deidad casti se representaba con cabeza de león, me temo que soy un inculto en historia, pero apostaría a que una guardiana de los caminos o algo parecido. El Leoncillo marca el camino al Valle de las Ruinas. Así que seguimos la dirección que indicaba su incansable brazo.

Por ese camino, primero me encontré con unas praderas que no había visto en la alta montaña de mi tierra. Allí en Kamaj, en la parte alta del valle, una hierba, la cervuna, que se protege a sí misma siendo tan densa que es como un colchón de los buenos, y caminar sobre ella es como hacerlo sobre una pila de alfombras. Aquí, sin embargo, tal vez por la falta de agua que allí nos sobra, las plantas de montaña tienen un aspecto feroz. En muchos casos como látigos llenos de pinchos, adornados por hermosas flores grandes de colores vivos que mucho contrastan con el resto de la planta. Hay muchos arbustos de hojas escasas, y en algunos casos las únicas plantas que se ven parecen como cactus, más propios de los roquedales del desierto. Pero en todos los casos, estas plantas duras y desagradables, estaban adornadas por grande flores recién salidas al pos del calor recién apuntado. Es el reino de los insectos, incluyendo hermosas y enormes mariposas que parecen llevar también las flores al aire.

En una de aquellas laderas de flores revoloteantes encontramos la segunda planta que estábamos buscando para mi tratamiento. Unos cactus verdes no más grandes que una mano, achaparrados, casi como una calabaza, algunos de ellos con una florecilla blanca de centro dorado. Nunca había visto esta planta, Jalal claramente la conocía y también le sorprendió que la recogiésemos. Esta vez ni siquiera quiso darme el nombre. Intenté preguntarle a Djamila, pero se unió al silencio respecto a esta planta y ambos parecían muy divertidos. Ya me explicará el viejo que es esto. ¿Alguna clase de afrodisíaco? En cualquier caso llenamos el resto del saco con estas peculiares plantas.

Y seguimos caminando. Entramos en una garganta bastante estrecha donde me esperaba la segunda sorpresa. Justo al acabar la garganta y, viendo ya delante de nosotros el Valle de las Ruinas, flanqueaban el paso dos estatuas enormes talladas directamente en la roca, de al menos seis o siete metros cada una de ellas. Djamila las llamó la Antigua Pareja. Jalal dijo que eran la representación de un par de antiguos pastores, ella y él, lo que me hizo sonreír. Les pregunté qué porqué lo sabían y ambos me dijeron que era por los pequeños bastones de pastor. No soy ningún historiador, pero hasta yo sé reconocer el cetro de mando de un par de kunis, los reyes de los casti. Lo que no me explico es porqué una de las dos figuras es de una mujer. No conozco la historia de una mujer que gobernase el reino de los castis. Ojalá supiese leer su antigua lengua jeroglífica. Las estatuas estaban muy desgastadas por el tiempo, y cubiertas de líquen, pero en su base aún se puede leer las inscripciones que les pusieron al construirlas. Y con ello quiero decir que alguien aún puede leerlas, porque ni yo ni mis acompañantes sabíamos.

El valle en sí estaba delante de nosotros y enseguida comprendí lo que era. Un lugar de peregrinación. El valle es más o menos circular y bastante estable en cuanto a altura. En realidad es tan plano que se puede sospechar si no sería aplanado por los antiguos constructores. En su justo centro se levanta una enorme columna, de esas acabadas en punta que creo que se llaman obeliscos, y que creo que representa un rayo de nuestro Dios, el sol, aunque en aquellos tiempos se llamaba Agha y no Al Kars. Justo detrás del obelisco y al fondo del valle, se alza el templo principal, y el enorme disco solar en piedra en su fachada principal no deja dudas en cuanto a qué dios está dedicado. Todo alrededor del valle hay otros templos, ya en ruinas, claro,

dedicados a otras deidades menores, lo que ahora llamaríamos ángeles. Justo a nuestra derecha una estatua de una mujer con cabeza de vaca domina un templo en muy mal estado y pequeño, rodeado de un montón de casas de las que sólo quedan los cimientos. Creo que a esa deidad la llamaban Serakh, y que era la diosa de la agricultura. Las casas junto al templo probablemente debieron ser donde los peregrinos recibían hospedaje. Siguiendo por la derecha, hay otro templo, este dedicado a la diosa con cabeza de halcón, Misaki, al que aún se menciona en la escuela de hakines, la diosa del conocimiento, aunque en las representaciones que he visto en Balidram era un dios y no una diosa. El siguiente templo, justo antes del dedicado al Sol, no tiene ya estatua, así que resulta difícil de saber a quién está dedicado. Justo tras él, ya a la izquierda, el dios rector parece ser un hombre enfermo, y sentado, casi muerto. Jalal dice que es un dios antiguo del renacimiento, de la primavera. Si es así nos convendría rezarle un poco. Tras él, se eleva un impresionante templo de piedra negra, con otra diosa, esta vez con cara de felino, una pantera tal vez, que de nuevo desconozco. Djamil dice que es la diosa de la justicia. Y finalmente no tan lejos de la entrada del valle, se levanta el reconocible cementerio, con tumbas y un imperturbable Marokh de bronce con cara de chacal de pie, con su báscula y su vara de medir.

Junto a las ruinas de las casas de hospedaje del templo de la diosa de cabeza de vaca, estaba levantado el campamento de los leñadores. Era mucho mayor de lo que esperaba y bastante más permanente. Había algunas tiendas pero también varias casas de troncos de madera y paja. Hombres e incluso mujeres cortaban madera, afilaban hachas y arreglaban sierras. Jalal nos presentó a la gente. La mayor parte son habitantes de Yarim que suben hasta aquí para pasar unos cuantos días para cortar árboles montañas arriba, hasta cubrir sus necesidades o cargar las monturas que hayan traído y regresar; pero algunos vivían permanentemente allí. De hecho uno de ellos, Shareef Naril hace las funciones de jefe del campamento. Las durezas de sus manos, sus músculos y la suciedad de su ropa antaño naranja, lo identifican como un leñador, uno que se dedica por completo a su profesión. Una de las cosas que nos recomendó Jalal fue que le comprásemos leña para encender fuego a Shareef, para de esta manera asegurar un buen trato por parte de la gente del campamento. Otros personajes importantes de aquel pequeño asentamiento eran: Izz'Aldin Naril, el herrero local, que se había improvisado una pequeña fragua usando las piedras de las viejas casas en ruinas y que era el reparador principal de herramientas de los leñadores, Salma Dabiles que hace de curandera y con las que pude hablar mucho menos de lo que hubiese querido y sobre todo el muy peculiar Afzal Naril, que para mi sorpresa ameniza las noches de los leñadores con canciones y recitales y parece sobrevivir exclusivamente a base de eso. No voy a negar que es un buen juglar, sin dado, en especial considerando en el sitio del mundo en el que se encuentra, pero para mí es un misterio que logre sacar siquiera para comer amenizando las noches de un pequeño asentamiento de leñadores. Le pregunté a Jalal y simplemente me dijo que todo el mundo adora a Afzal, y que en las duras noches de invierno aquí arriba en el Valle de las Ruinas, cuando las sombras parecen tenebrosas y los monstruos aúllan en la montaña, son las canciones de Afzal las que mantienen el ánimo de los leñadores. Esas palabras me hicieron perder de inmediato mi interés por el poeta y que se centrara toda mi atención en lo de los monstruos aullantes. Jalal con una sonrisa me dijo que no me preocupase, que en verano andan en las cimas de las montañas, y que las mantícoras prefieren la carne de las cabras salvajes que arriesgarse a combatir con los hombres, a no ser que estén muy hambrientas. Aquella noche me desperté varias veces tras el sueño repetitivo de que un terrorífico león alado se me llevaba a su nido en una cima para entregarme de comer a sus leoncitos de dientes afilados. Si aquí abajo hemos tenido invierno hasta hace bien poco y los pastos están casi devastados, ¿cuánto peor no será la situación entre las montañas? A buen seguro que las mantícoras estarán bastante hambrientas como para querer comerse la carne tierna de un hakin.

Shareef nos indicó un buen sitio para montar nuestra tienda, así como dónde podíamos encontrar agua y nos vendió leña a un precio razonable. Jalal se quedó a montar la tienda y

Djamila y yo fuimos a donde debería estar el agua. Yo estaba un poco preocupado por lo de dormir todos juntos en la misma tienda, y así se lo dije a ella. Pero ella se rio mucho y luego, poniéndose seria pero con un gesto divertido me dijo que si tenía intenciones de no respetarla. Creo que balbuceé un poco, pero le dije que lo del beso en su casa había sido un arrebato de felicidad y que no iba a provocar que ella tuviese problemas. Ella me sonrió y me dijo que entonces no pasaba nada, tras lo cual fue ella la que me besó en la boca. Me quedé tan sorprendido que no me moví hasta que me grito encaramada ya a la parte del templo en el que nos habían dicho que buscásemos.

De una de las paredes del templo de la diosa de cabeza de vaca, surgía un gran chorro de agua fresca y de mejor sabor que la del Pozo de Yarim. Los antiguos constructores de todo esto habían labrado en ese punto una fuente, probablemente una cabeza de vaca de cuya boca surgía el agua, pero el propio agua se había encargado de desgastarlo todo y apenas se distinguían los cuernos. Llenamos un odre completo y regresamos al campamento. Jalal nos dijo de visitar el primer templo, este junto al que estábamos esa misma tarde, antes de que se nos hiciese de noche y eso hicimos.

La estatua de la diosa que se veía desde la entrada resultó ser sólo una imagen exterior, para que los peregrinos identificasen el templo, pero no era realmente la imagen a la que se rezaba. Esta se encontraba en un recinto interior, excavado en la roca, al que Jalal llamó la 'casa de la diosa'. Para llegar hasta allí el peregrino probablemente tenía que hacer una cola en el exterior del edificio, entrar en un patio inicial dominado por la estatua que se veía desde fuera, lavarse y depurarse para los rezos en la fuente de la que habíamos cogido agua y seguir un serpenteante recorrido entre paredes labradas que llevaba hacia la montaña.

El recorrido en sí me hizo pensar en el agua, en los ríos de mi tierra y en las Lágrimas de Yereida. Los grabados además tenían escenas de cursos de ríos con vegetación que ni mucho menos es de la región, probablemente flora de los márgenes del río Sagrado, el que había visto el amanecer de la cultura de los casti. También estaban las Lágrimas representadas, y un pozo no muy diferente del actual Pozo y gente portando agua de forma muy diferente de cómo lo hacen ahora. Esta continuidad desde tiempos remotos me impresionó, pero Jalal y Djamila no le dieron importancia, de hecho ambos dijeron, 'ah, mira, como en el pueblo' y nada más.

La casa de la diosa, estaba a oscuras y tuvimos que encender y distribuir varios candiles para poder observarla como merecía. Allí dentro los bajorrelieves aún mantenían parte de sus colores originales y el conjunto en su totalidad sumergía a la imaginación en un mundo fluvial de barcos livianos, y alargados, como los de los habitantes del pantano del norte de mi reino, empujados como en el pantano por largas pértigas, deslizándose suave y silenciosamente sobre el agua cual ave acuática. Los bajorrelieves mostraban a su vez gente vestida con muy poca ropa, haciendo toda clase de actividades, que no sólo incluían el rezo a la diosa, sino cosas tan cotidianas como pescar, extraer barro para vasijas o arreglar aparejos.

Nos tumbamos en el centro de la casa de la diosa para observar todo el techo con tranquilidad a la luz de los candiles, y casi se podían escuchar a aquellas gentes del pasado llamarse entre ellos, cantar a la alegría de un día soleado sobre las marismas o saludar a los animales de las aguas. Era hermoso, como zambullirse en la vida cotidiana de otro mundo, uno pasado hace mucho, y en mi caso en uno no tan lejano, el norte de mi propio hogar.

Jalal nos enseñó luego la hornacina en dónde debería estar la diosa en el pasado. No era muy grande, así que la estatua real de la diosa no debería tener más de dos palmos de altura. En la hornacina había muchos agujeros tallados en la pared, que Jalal nos dijo que estaban en el pasado cuajados de turquesas. No creo que fuese para tanto. También nos enseñó los agujeros



en dónde se situaría una madera, que sostendría una cortina o un velo, para separar la hornacina del resto de la habitación, de forma que el suplicante, el peregrino, estuviese a solas con la diosa durante sus oraciones y peticiones.

Cuando regresamos a la tienda, ya se nos había echado la noche encima. A pesar de ser verano y de que las nubes malignas parecen haberse disipado casi por completo, estas montañas que están al oeste, adelantan mucho el ocaso del sol en cualquier estación. El Valle de las Ruinas es sombrío por las noches, y verdaderamente las siluetas de los viejos edificios parecen tétricos, pero los leñadores habían encendido una gran fogata y Afzal ya estaba cantando. Djamila quiso hacer algo de cena, pero Shareef no lo permitió, dijo que en honor de los visitantes y en particular por mí, el nuevo hakin del pueblo esa noche comeríamos a sus expensas.

La noche fue divertida, en particular por las letras demasiado picantes de Afzal, que hubiesen provocado que lo ejecutasen en alguna ciudad de Balidram, pero que aquí hasta las mujeres celebraban. Hubo un par de versos que pensé que avergonzarían a Djamila, pero ella sólo se reía a carcajadas. Bailamos alrededor de la hoguera, con un baile muy alocado que jamás había visto, y que me recordó las historias de la vida de los salvajes shontaros. Jalal os obligó a irnos a dormir, nos dijo que si seguíamos bailando mañana no nos quedaría tiempo para ver todos los templos.

Mi corazón ya estaba contento y agitado cuando nos hemos metido entre las sábanas bajo la tela de la tienda, mientras la voz de Afzal aún resonaba en el aire nocturno, pero ha dado un vuelco cuando Djamila ha deslizado su mano hasta la mía y me la ha sujetado con fuerza. Así me dormí aquella noche, gozoso y dándole la mano a ella.

La siguiente mañana Jalal nos despertó de malas maneras y nos espoleó a hacer un desayuno ligero y rapidito para que aprovechásemos el día. Tal vez por impresionarme nos llevó para empezar a echarle un vistazo al templo de Marokh que destacaba en frente y las tumbas aledañas. La figura negra del dios con cabeza de chacal ya imponía, pero los bajorrelieves eran poco tranquilizadores. Incluían colas interminables de hipotéticas almas de los muertos esperando a ser juzgados por la balanza y la vara de medir del dios del tránsito al inframundo, y muchas clases de monstruosas criaturas que teóricamente devoraban las almas de aquellos que no superaban las pruebas. Y no se habían ahorrado detalles en las figuras de esas criaturas, ni en el desmembramiento de las almas con garras y dientes. Sólo me tranquilizaba la certeza de que el cuerpo de los muertos se queda de este lado, eso lo tenía muy claro dada mi formación, y la idea de que por mucho que fueses un pecador, ¿cuánto podría doler el desgarramiento de un brazo o una pierna espiritual? Probablemente mucho menos que el desgarramiento de las de carne que tenemos todos en vida. Entonces llegamos al equivalente del laberinto sinuoso del templo de la diosa Serakh, pero no había una casa del dios al que llegar. En lugar de eso caminamos con tan sólo dos candiles encendidos por unas catacumbas. Al principio sólo vimos nichos vacíos, pero luego el suelo de las tumbas más humildes empezó a estar lleno de calaveras, tibias y otros restos. Jalal empezó a decir que antes todos aquellos muertos habían estado tranquilos en sus tumbas, pero que hacía un año salieron todos en procesión, de allí, bajaron del valle, atacando a todo el que se cruzaba en su camino y partiendo hacia el norte por el desierto. Que los restos que quedaban por el suelo eran los de aquellos que estaban tan estropeados que se desmoronaron al intentar caminar. Le dije que no bromease con eso y los dos me miraron como si fuese idiota. Entonces recordé que cuando todo esto comenzó nos habían llegado historias de muertos intentando salir de sus antiguas tumbas. Atemorizado les pregunté que si habían sido muchos y que si ellos los habían visto. Jalal dijo que dos centenares de esqueletos, al menos, y que claro que los habían visto, que incluso le había roto el cráneo a uno que estaba intentando entrar en su casa. Djamila dijo que él estaba exagerando que no habían sido tantos y que había sido el padre de Jalal el que los salvó de aquel esqueleto. Aquella noche me enteré que no habían sido pocos los atacados y que Djamila era huérfana porque su padre no había

tenido tanta suerte como el de Jalal. Lo contaba con una tranquilidad que me resultaba difícil de creer. Es dura y valiente, Djamila.

Entonces el camino subterráneo pasó por las tumbas de los hombres de mayor calidad, sacerdotes, imagino, al ser este un lugar de peregrinación. La mayor parte estaban abiertas y saqueadas, pero desde el pasillo aún se podía observar la belleza de las policromías que cubrían sus paredes y sus techos. Estaba ensimismado observando la belleza de aquellos pasillos cuando un golpe seguido por unos aullidos sobrenaturales me heló la sangre. Cuando miré a mi alrededor no estaban ninguno de los dos. Casi me da un ataque de pánico, pero se transformó en ira cuando empezaron a reírse a mis espaldas. Me habían engañado a buen seguro. Iba a decirles algo cuando otra serie de golpes y de aullidos llegó claramente de la tumba cerrada que estaba a mi derecha. Me quedé blanco, pero ellos dos seguían riendo. Jalal me echó la mano sobre el hombro y me dijo que no me asustara del viejo Hafnún. Le pregunté que quién diablos era el viejo Hafnún, y Djamila me contó que no saben si se llama así, pero que debía ser un rey antiguo o algo así, porque su tumba era de muy buena calidad, tanto que cuando los muertos antiguos se levantaron él se quedó encerrado dentro de su propia tumba. Entonces Jalal empezó a tirar piedrecillas a la puerta de la tumba obteniendo como respuesta aullidos frenéticos desde el otro lado de la pared. Yo estaba tan sorprendido que ni siquiera me dominaba el pánico que en realidad sentía. Al final Djamila se dio cuenta de mi aprensión y le dijo a Jalal que mejor continuábamos. Me temblaban las piernas mientras continuábamos en aquel oscuro y aterrador pasillo de tumbas.

Creo que no volví a respirar hasta que no vi la luz que anunciaba el final de las tumbas. Aunque no quería ni entretenerme a mirarlos, los bajo relieves cambiaron por imágenes de la primavera, de flores y de bosques con frutos. Al salir vi la estatua del hombre moribundo que Jalal decía que era un dios del renacimiento y de la primavera. Menudo trayecto. Durante varias horas habíamos pasado por todo un lateral del valle, bajo tierra, desde la tumba hasta el renacimiento, pasando justo bajo el templo de la justicia. Alegórico era, desde luego, y también aterrador. Me entretuve más de la cuenta mirando los frisos del dios moribundo, eran relajantes y yo necesitaba recuperar el color. Jalal quería ir directamente al templo central, al del sol, pero yo insistí en que no nos saltásemos el templo negro de la justicia. Al final aceptó, pero estaba claro que no le apetecía para nada.

La diosa dominaba desde su pedestal el templo negro. Su mirada autoritaria no parece estar siempre sobre ti, estés donde estés. Las paredes negras, están esculpidas de tal manera que las imágenes y los símbolos son casi blancos. No estoy seguro de que esta diosa sea sólo de la justicia, de hecho, ni siquiera estoy seguro que sea de la justicia. Había juicios sí, pero había escenas que parecían batallas, o simplemente guerreros, combatientes que se mataban unos a otros. Una pared completa está dedicada a lo que sólo podría calificar como de mujeres guerreras, atacando furibundas a sus enemigos. No había pasillo sinuoso u oculto hasta el lugar sagrado del templo, sino un pasaje amplio, casi como para que una multitud llegase al centro del templo. Y tampoco era una cueva, sino un patio, sin hornacina, ni lugar para rezos. En lugar de eso el más claro, y brutal, símbolo de la justicia, una piedra de ajusticiamientos. Las imágenes en las paredes no dejaban lugar a dudas de la utilidad de la piedra, cortar cabezas.

El templo del sol era completamente diferente. Sereno, equilibrado, serían las palabras más adecuadas para describirlo. Y enorme, tanto que tras una primera mirada al patio central decidimos regresar a la tienda y comer, dejando el resto del templo para la tarde. Jalal nos consiguió a un precio razonable, carne y unos tubérculos salvajes, y lo que hizo Djamila con aquello me pareció más prodigioso que cualquiera de las recetas magistrales del maestro herbólogo del hospital kiyinal. Está claro que tenía mucha hambre.

Como el templo solar está el fondo del valle, hemos decidido ver primero los que nos quedan más cerca. El de Misaki, la diosa del conocimiento me ha emocionado un poco, el templo era muy diferente a los otros, no era cuadrado, sino que tenía ocho paredes y todo el interior está subdividido por muchas capas de paredes formando como una espiral con la diosa en el centro. Cada fragmento de pared tiene un tema diferente: una sobre las estrellas, otra sobre los vientos, las montañas, las plantas y así una inacabable cantidad de temas. La pared de la medicina estaba cerca del centro, y mostraba técnicas que aún sigo usando, y otras muchas que han quedado descartada hace ya mucho, como los sangrados o las sanguijuelas. Me hubiese quedado largo tiempo en ese templo, intentando entender qué sabían sobre el mundo los antiguos casti o incluso, cómo lo entendían, había tantos detalles en esas paredes, pero mis acompañantes se aburrían así que continuamos la marcha.

El siguiente templo estaba en muy mal estado. No sólo la estatua de la deidad que estaba decapitada, sino en general todas las paredes, los techos y las columnas. Había signos claro de que no sólo había habido lucha en ese templo, sino que los vencedores se habían dedicado a destruirlo sistemáticamente. No pude dejar de preguntarme qué deidad había merecido este tratamiento tan salvaje. ¿El culto se había vuelto ilegal? ¿Traicionaron al imperio? Llegué a imaginarlos formando parte de aquellos que habían destruido a los antiguos, iniciado la guerra de los trolls, traído a los dragones negros y a los gigantes. Busqué pistas entre lo que quedaba del templo, pero no llegué a nada. Mi carencia de conocimientos históricos me impidió ir más allá de lo obvio. Casi todos los símbolos habían sido destruidos, con un martillo, probablemente, pero las escenas sí que estaban. Unas escenas que no me resolvieron la duda. Imágenes de constructores de casas y mausoleos. Cortadores de piedra. Escultores. ¿Por qué el dios de los arquitectos –si es que era tal cosa- se había ganado el odio de los que destruyeron su templo? No tengo ni la más remota idea.

El resto de la tarde lo pasamos en el templo principal. Algunas cosas son muy diferentes, pero otras no han cambiado nada desde aquellos tiempos antiguos y nuestras mezquitas. El sol por todas partes. Espacios tan similares a los nuestros que si no servían para depositar las leyes, como en nuestras mezquitas mucho me sorprendería. Dibujos que ayudan a reforzar y clarificar la posición de cada uno en la sociedad; con el kuni en lo alto, bajo él lo sacerdotes, los escribas, los soldados, los artesanos y debajo de todos los campesinos. Ejemplos claros de lo que son familias correctas, con su padre, su madre, y sus solícitos hijos. Calendarios con las fechas de adoración claramente marcadas, así como el momento de iniciar la plantación, la cosecha, y los demás hitos de la vida.

Las cosas que han cambiado son las más superficiales. La que más me chocó fue ver la cobra solar. La serpiente no parece encajar para nada con la idea que tenemos ahora del poder espiritual e inmaterial de nuestro Dios. Sí, es un animal del desierto, que gusta de calentar su cuerpo al sol, pero realmente no tiene mucho que ver con nuestra idea de luz, de orden, de ley. Una cobra es un animal mortal, peligroso y traicionero; pero la cobra solar no ser sólo la estatua de dominaba el patio central, sino que estaba por todas partes en las paredes del templo. También ha cambiado el aspecto de los sacerdotes, claro, o tal vez es que siempre han sido diferentes en Balidram. No lo sé. Y los enterramientos. Los antiguos desecaban los cuerpos, y los enterraban. Bien lo vimos aquel día. Por alguna razón los antiguos pensaban que conservar los cuerpos era importante para conservar el alma al otro lado. ¿Cuándo obtendríamos la revelación de que es preferible que las aves se alimenten del cuerpo muerto y lo alcen así a los cielos, un poco más cerca del sol? Y por supuesto, el otro cambio es que en nuestras mezquitas no hay frisos, ni grabados, ni dibujos de ninguna clase. Nuestro Dios es reacio a cualquier representación que no sea el disco solar. Nuestras mezquitas están tan sólo adornadas con las palabras de los profetas y con el sonido, con las oraciones de los creyentes y por las prédicas de los sacerdotes.

Se nos empezaba a hacer tarde, así que empezamos a hablar de regresar al campamento pero Jalal me dijo que aún faltaba el mejor templo. Le pregunté si nos iba a dar tiempo de verlo, a lo que me contestó que estaba cerca. Djamilia nos dijo que ella se iba para el campamento a preparar la cena. Estaba cansado pero el interés de Jalal despertó mi propio interés. Me dijo que el último templo estaba algo más oculto y que por eso estaba más nuevo. Le pregunté que cómo es que estaba más oculto y se encogió de hombros. Luego me dijo que hace mucho que lo habían encontrado, que habían sido unos niños de unos leñadores al menos en los tiempos del abuelo de su abuelo. Me pasó un candil y él encendió otro. Nos fuimos al extremo norte del Valle y allí me enseñó una grieta no muy ancha detrás de unos arbustos. Me dijo que tuviese cuidado con el suelo, que en algunos tramos era resbaladizo, y sí que lo era. La grieta descendía y en parte estaba húmeda y llena de barro. Tras un minuto o dos de descenso, la grieta se transformaba en cueva y pude ver la primera pared del templo cuando Jalal encendió un par de velas gruesas que alguien había bajado allí. No pensé mucho entonces en aquellas velas, pero ahora no consigo quitármelas de la cabeza. La primera pared era extraña. Era casti eso seguro, pero los bajo relieves eran muy diferentes a los que habíamos visto arriba. Los dibujos eran, como más realistas, menos idealizados. Allí se veía, por ejemplo, un anciano, y parecía realmente un anciano, no como en el resto de bajo relieves de los otros templos en los que básicamente todas las figuras humanas eran iguales. Al principio no entendí las escenas que estaban allí grabadas, parecían suplicantes, como en algunos de los otros, pero lo que estaban haciendo no era como los otros rezos. Mientras yo pensaba en aquello, Jalal había pasado a la siguiente sala, había encendido unas cuantas velas más y me estaba llamado. Me decía que fuese a ver la estatua de la deidad. Cuando entré en la sala principal no pude quitar la vista de ella. Estaba claro lo que era. Un hombre, con cabeza de cabra o de carnero, no se distinguía bien, sostenía con la mano izquierda una daga mientras que la mano derecha reposaba sobre sus rodillas y estaba extendida boca arriba, como esperando recibir una dádiva. Los otros signos también estaban presentes, la larga pero estrecha barbita de chivo, la estrella de cinco puntas sobre la frente y una pequeña corona sobre la estrella, entre los cuernos, en este caso la insignia de los kuni, la cobra. Era Othril Krae, la cabra que reina en la oscuridad, Obo Tulg, el carnero de la noche. Era el Mal, el dios de la mentira y el engaño, del caos y la destrucción de la sociedad, aquel que nos mueve al pecado, que corrompe las virtudes y promueve los vicios. Tal vez el que haya traído el invierno sobre el mundo.

Casi sin darme cuenta había cruzado la sala y estaba mirando a la estatua del Mal cara a cara. Jalal me sacó de mi ensimismamiento poniéndome la mano sobre los hombros y diciéndome que si no me parecía interesante. En realidad la palabra que había usado era más cutre y baja, pero significaba interesante. Le miré con cara probablemente más que sorprendido y conseguí articular la pregunta de si sabía qué era. Me contestó que claro que sí, que era el dios de las cabras, y, claro, de los pastores. ¿Cómo explicarle a Jalal lo acertado que estaba y lo equivocado que estaba al mismo tiempo? Pero no tuve que explicarle, porque él me siguió explicando y me dijo que la gente venía allí mucho, a hacer ruegos porque funcionaba. Eso me puso los pelos de punta y le pregunté que cómo se hacían los ruegos. Él me dijo que de la manera tradicional, claro. A lo que yo le contesté que en qué consistía exactamente esa manera, que no conocía la costumbres de por su pueblo, ya que era extranjero de tierras muy lejanas. Así que me lo explicó. Me dijo, sin tener idea de lo grave que me parecía, que cuando algo iba mal, por ejemplo el pasto no era lo bastante bueno, o una mujer no era fértil, se traía un carnero, que se sacrificaba como se había hecho siempre, y se ofrecía al dios de las cabras. Entonces me señaló al suelo y lo vi. Montones y montones de huesos, casi todos pequeños. Entonces sentí un mareo, al tiempo que fui plenamente consciente del ligero olor a putrefacción que tenía el aire. Creo que vomité. Jalal lo tomó como un signo más de debilidad natural, así que fue apagando las velas y me ayudó a salir. Al pisar el barro húmedo de la subida, no pude sino imaginar que estaba húmedo de sangre y no de agua, pero más tarde, ya en la tienda, pude comprobar que sólo había arcilla, limo en las suelas de mis botas y no sangre.

Estos ignorantes pastores, sin saberlo, están ofreciendo sacrificios al dios del Mal, a Othril Krae a cambio de pequeñas mejoras en sus vidas. Estos estúpidos e ignorantes agricultores, están trayendo hacia sí la condenación de sus almas sin siquiera saberlo. Mil temores cruzaron mi mente aquella noche. El peor, la idea de que en realidad sí que supiesen, que hubiese toda una secta dedicada al culto del maligno en Yarim. Pero mirando a Jalal, hablando con él en el trayecto de regreso a nuestra tienda no puede encontrar más que ignorancia de estos temas y superstición. La cena que había preparado Djamila olía muy bien, y además me recibió con un abrazo que acompañó luego con un profundo beso cuando Jalal no estaba mirando. Aquello me dio nuevos ánimos y decidí no pensar en lo peor.

No hubo banquete aquella noche, pero sí canciones de Afzal, y aunque mis compañeros se rieron y bailaron a gusto, yo estuve taciturno pensando en la presencia de aquel muerto de la antigüedad encerrado pero vivo en su muerte, y sobre todo en el templo oculto del Mal al que, a la vista de los huesos de su suelo, no sólo Jalal recurría por allí. Decidí que tendría que hablar de todo aquello con el conservador de la mezquita con Rabbuh, en cuanto regresásemos, aunque he descubierto que poco puede hacer por mí esta misma tarde. Cuando regresamos a la tienda yo seguía taciturno y pensativo, pero Djamila estaba contenta y empezó a estar juguetona. Era nuestra última noche allí arriba, y Jalal se hizo el despistado y nos dejó a solas. Estaba claro lo que ella quería y por Dios que me apetecía, pero no tenía el cuerpo para añadir un pecado a mi espíritu justo entonces, justo allí, donde el Mal parecía tener un rincón. Me dejé besar, pero cuando ella hizo intentos de pasar a mayores yo le dije que no estaba bien y que tenía que respetarla, que me gustaba más que eso. Aquello la hizo sonreír. Lo aceptó y se limitó a abrazarme fuerte, a dormirse muy pegada a mí. Aunque antes de dormirse, me estuvo susurrando que entendía mi problema, que era muy duro saber que iba a morir pronto y que entendía que me costase pensar en dejar a una mujer joven, tan joven como ella, viuda y sin recursos, que entendía todo eso y que si quería que fuese mi amante y nada más, que ella se apañaría después, que encontraría otro hombre al que no le importase y se casaría con él. Aquella declaración de ofrecerse abiertamente para el pecado, y al tiempo ofrecer un acto de caridad tan íntimo a un moribundo como yo, simplemente se añadió a mi confusión y a mi temor sobre la influencia de este sitio. Le dije que haríamos las cosas bien, y eso parece que la tranquilizó. Me besó una vez más y cerró los ojos. Yo no pude, estuve dándole vueltas a lo que había de hacer al día siguiente, pero lo único que tenía claro era que teníamos que regresar cuanto antes, bajar de aquel valle lo antes posible, tan temprano que las estrellas aún no se hubiesen marchado. O, para guardarnos a todos, tal vez justo al amanecer y después de realizar un rezo que nunca hago. Jalal regresó mucho después con apariencia de haber bebido más de la cuenta, al vernos abrazados me guiñó el ojo y se metió bajos las sábanas lo más lejos que pudo de nosotros. Fuera aún sonaba la música que el día anterior me pareció agradable y alegre y que ahora me sonaba pecaminosa y fuente de perdición. Todo está en nuestra cabeza, aprendí eso en Balidran, de hecho era mi especialidad médica, y sin embargo aquella noche sentía todo eso como algo completamente real.

A la mañana siguiente yo mismo preparé el desayuno, y por su puesto sabía muy mal, pero así se lo comieron más ligero. Jalal preguntó si queríamos subir a ver los bosques, el lugar de donde sale toda la madera de Yarim. Insistió en la belleza de los cedros y de las otras coníferas de montaña arriba. No es que no le crea, pero había cosas mucho más importantes que hacer, o eso creía. Así que insistí en que ya habíamos tenido a Djamila fuera de su casa demasiado tiempo, y aunque ésta rezongó por una vez conseguí mantener mi criterio. Aun así concedí a mis compañeros un par de paradas, en lugares que sólo Jalal conocía. Vimos una pradera, cercana a las montañas, en donde minúsculos ciervos con colmillos en lugar de cuernos, pastaban. Desconocía la existencia de tales criaturas. Y me parecieron inquietantes, más que hermosos, como decía Djamila. Más abajo, ya entre los pastos privados, Jalal nos enseñó un jardín con un

árbol muy viejo, una higuera, cuyo tronco principal es inabarcable hasta por los brazos de un hombre muy grande; y de cuyas ramas surgen otros dos troncos secundarios. Sus higos son muy diferentes de los que yo conozco, negros, fragantes, incluso en este año de frío y nieve. Les conté la historia del Bjeberel, la gran higuera de Balidram, que ocupa un espacio cercano al de un pueblo, y al que le han nacido tantos troncos secundarios que son incontables. Aunque es cierto que sus frutos son algo agrios, propios de una vieja dama.

No quería alarmar a la gente de la casa en la que me hospedo, así que no corrí hacia la mezquita justo tras regresar; en realidad, por eso y porque los pies me estaban matando. Así que dejé que Djamila me hiciese un último halago permitiéndole que me cuidase los pies. Cuando me creían con babuchas y plasmando en este diario nuestro viaje, salí de la casa sin que me viesan y subí a la mezquita.

Es un edificio pequeño, que nunca debió poder albergar en su interior todos los habitantes de Yarim, pero que ahora está simplemente abandonado; aunque no descuidado por parte de su conservador Rabbuh. La pintura exterior está descascarillada, y el sol pintado en su cúpula ya casi no merece su nombre, pero el edificio está limpio por dentro, con todo el suelo cubierto por alfombras, los libros sagrados en su estanterías bajo el altar y las plumas del caballo sagrado en el que ascienden los profetas a los cielos, en abanico sobre él. Rabbuh estaba sólo, como casi siempre, a la derecha del altar, como debe ser, y leyendo uno de los libros. Vi que se trataba de las Revelaciones, del Segundo Profeta, el libro en el que más se habla de la naturaleza etérea pero inmanente de Dios, se su presencia ubicuo, y al tiempo de su presencia en lo más profundo del corazón humano.

Me senté cerca del anciano y no quise apartarlo de su lectura en tanto en cuanto no percibiese de mi presencia, pero al final hube de hacerlo. Tras mucho estar allí, sentado junto a él, no aparté ni un momento los ojos de las líneas sagradas que contienen las palabras de Almil Kalimes. Tras carraspear, el anciano me miró muy sorprendido, casi como si no existiese ningún otro hombre sobre la faz de la tierra que él. Me preguntó que quién era. Su voz era fuerte, aunque sorprendida; autoritaria, aunque algo desesperanzada. No sólo estaba mayor, estaba flaco, descuidado. Me pregunté si aún alcanzaba a prepararse la comida, porque a buen seguro que ya no se encargaba de acicalar su barba, ni de limpiar demasiado a menudo su túnica de sacerdote. Le dije la verdad, que ya nos habían presentado, que era un joven de Balidran, que me llamaba Majid Ibn Kamaj, que era un hakin. El simplemente me dijo que todo eso estaba muy bien, y volvió a la lectura. Cuando volví a carraspear me volvió a mirar con sorpresa, e intenté hablarle del templo oculto, de la adoración al Mal, al Príncipe Cabra de la Noche. Pero él se limitó a volver a preguntar sobre quién era yo.

No me costó mucho diagnosticarle el Mal de Benrib. No es mortal, como mi enfermedad, ni siquiera dolorosa, al menos para el que la padece, pero no sé si es peor. Al menos siempre afecta a ancianos, a hombres, pero también a mujeres, que ya han vivido toda su vida, tenido a hijos y nietos, dejado su impronta en el mundo de una manera o de otra. Pero es una enfermedad terrible para los familiares que rodean al anciano, ya que éste pierde toda capacidad para recordar cosas nuevas, y llega el punto en el que olvida cómo vivir, pero sobre todo, olvida los rostros de sus seres más próximos. Todos son extraños para él, que ya sólo vive en el pasado de su juventud. Esas personas que dicen ser sus hijos no pueden ser sus hijos, porque éstos han de ser pequeños infantes, y no hombres barbudos, ni mujeres maduras.

El Benrib tampoco tiene cura, y cuando tenía un paciente de ese mal en Balidran, trataba más a los familiares, que son los que de verdad sufren la enfermedad, que al propio enfermo. Sólo se puede esperar que éste viva apaciblemente hasta que le llegue la muerte. Salí de la mezquita prometiéndome a mí mismo que usaría parte de mi riqueza para que a este hombre le aguardase

una vida digna hasta su muerte, para que le dieran la asistencia necesaria para que comiese suficiente, le aseason la barba y le lavasen la ropa.

Pero, ¿qué podía hacer entonces? No había más sacerdotes en la ciudad, y aún tenía el temor de que una secta demoníaca dominase al pueblo. ¿Podría ir a hablar con Abdul Osramán sobre esto? Estaba lo bastante nervioso como para que hasta el nombre pío de Abdul –el que niega la sombra- me pareciese sospechoso, como si más que negar la sombra para abrazar la luz, significase el que niega que la sombra nos acecha. Por no hablar del apellido, claro, Osramán, que sería ‘cielo estrellado’, ahora me parecía querer significar ‘noche hermosa’ y no en relación con la belleza del cielo, sino con el deseo de abrazar la noche, de seguir al mal. A fin de cuentas, ¿no eran los Osramán los que de una forma u otra controlaban el pueblo o tenían influencia sobre él? A fin de cuentas, alguien con suficiente dinero como para pagar buenas velas, de las gruesas de verdad, de cera de buena abeja, estaba llevándolas hasta el templo oculto.

Me estaba entrando el pánico y entonces se me ocurrió la idea más lógica. Massud. No era de por aquí, era un hakin que había pasado los filtros en el colegio de médicos, que había hecho los juramentos delante de los sacerdotes del sol, un compañero, un posible maestro y la persona que iba a salvar mi vida. Así que corrí a su casa.

Me lo encontré en el patio trasero, como otras veces, esta vez filtrando miel vieja, para hacerla más limpia, menos oscura, y quitarle todas las impurezas o el azúcar ya revenido. ¿Cómo podía contarle lo del templo? Por suerte él me ayudó bastante. Me saludó y dijo que se alegraba que hubiese vuelto sano y salvo de allá arriba. Le dije que había sido una excursión muy larga y con muchos contrastes. Él ignoró eso de los ‘contrastos’ y me regañó por no llevar un buen calzado. Y la verdad, es que hasta ese momento no fui muy consciente de que andaba por ahí con babuchas. Me dijo que entrase y que iba a revisar mis pies y mis músculos. Era una buena forma de entablar una conversación, así que me dejé hacer.

El sacó una camilla, que tenía en una esquina y me pidió que me quitase la ropa y que me pusiese bajo una sábana. Mientras me desvestía trajo, al aceite que huele a muertos y unas velas por si se nos hacía tarde. Me dijo que mi cuerpo estaba reaccionando muy bien al ejercicio y los masajes, y que pronto, muy pronto estaría preparado para empezar la segunda fase, antes de lo que él esperaba. Entonces le conté lo del templo, pero él no se sorprendió. Le pregunté entonces si el pueblo estaba dedicado al maligno. Y él se rió. Me dijo que de ninguna manera, pero que los pastores son supersticiosos. Me explicó que por todo el borde del desierto, desde Yarim hasta los pueblos más lejanos del norte de Omira Okal, cuando las cosas se complican es tradición llevar un cordero o un cabrito todo lo lejos que pueden, dentro del desierto, y derramar allí la sangre buscando la protección de los djinns, de los espíritus del viento y fuego del desierto. Que luego dejan allí, en la arena, el cuerpo, como ofrenda a esos espíritus, para que se alimenten de él. Que no es más que una superstición, absurda de los pastores, ya que aunque los dos sabíamos que el Maligno era algo real, un demonio o una deidad menor, si se quiere, que compite por el alma de los hombres con Dios, los djinns no existen, ni han existido jamás. No hay un pueblo de adharifs, como los llaman los desertinos, que controle las tormentas de arena y cabalgue sobre el aire. Según él, lo único que pasa es que unos niños hace mucho tiempo encontraron el templo con la estatua de la cabra, y por eso en Yarim el sacrificio supersticioso se hace en él en lugar de en el desierto. Me insistió que era algo inocuo.

Mientras me levantaba de la camilla le pregunté que si podíamos estar seguros de que todos esos sacrificios no traían a los demonios del Maligno, que no había auténticos adoradores del Señor de la Noche entre la gente del pueblo. Y él me miró y me dijo que si me habían parecido algo más que pueblerinos, que pastores. Y tuve que reconocer que no me habían parecido otra

cosa. Luego me dijo que él llevaba muchos años viviendo entre ellos y que tampoco le parecían otra cosa, que perdiese cuidado. La charla ha espantado casi todas las dudas de mi cabeza.

Massud me ha dado nuevas indicaciones de cómo aumentar el ejercicio y unas nuevas infusiones que debo tomar para esta última parte de la primera fase del tratamiento. Mañana mismo me pondré con ello.

Día Vigésimo segundo del mes de los Vientos del año 208

He tenido un ataque muy intenso. Estuve toda la mañana del día después de nuestro regreso haciendo todo el ejercicio que pude, incluyendo una caminata que me llevó hasta el Pozo Podrido -qué olor tan peculiar tiene ese lugar- y para cuando regresé tenía un hambre como no he tenido en la vida. Las mujeres de la casa estaban un poco enfadadas porque les había hecho esperar para la comida, incluso Djamila, aunque esta estaba más enfadada porque ni había intentado llevarla conmigo en mi caminata. Intenté pedir perdón, pero no llegué a hacerlo, en lugar de eso empecé a bailar. Cuando vi que mi pierna se torcía hasta marcar un paso de baile, ya sabía lo que iba a pasar. Pero por más que te lo esperes el dolor siempre supera la preparación que puedas tener. El dolor es la realidad más real. Yo que soy un médico, que conoce todo lo que se puede conocer sobre el dolor, yo que soy un Kamaj que he visto sufrir a otros Kamaj, yo que he leído todo lo que se puede leer sobre las fases de mi enfermedad y que sé con todo el detalle que se puede saber cómo el dolor irradia por cada articulación, por cada nervio del cuerpo, yo no he sabido realmente lo que es mi enfermedad hasta que me empezaron los ataques. El primero fue duro, pero este ha sido como los que sufría Yosef y él lo llevaba mejor de lo que yo lo he llevado. Ha sido por el miedo también. Él convivió muchos años con la enfermedad, a mí aún no me tocaba, yo soy demasiado joven, no estoy preparado. Pero es el tratamiento, así me lo explicó Massud cuando vino a atenderme. El tratamiento cura, pero la enfermedad reacciona de esta forma, cuando se aplica. Es un poco como si la enfermedad supiese que voy a intentar evitarla, y me adelantase todo el sufrimiento que me pretendo evitar.

Cuando empecé a bailar, las mujeres se espantaron. Dejaron caer lo que llevaban en las manos. Desaparecieron con gritos. Llamando por ayuda, probablemente, pero a mí me parecía que simplemente huían de mí. Menos Djamila. Ella se quedó a mirarme, y aunque me pareció que lloraba, hizo todo lo posible por mantener una falsa sonrisa. Intentó cogerme la mano, pero ella tenía otras intenciones, más caóticas y menos compasivas. Lo que importa es que estuvo todo el tiempo, mirándome, sin apartarse, hasta que caí al suelo y perdí el conocimiento.

Cuando me desperté, ella estaba de nuevo allí, como tras el primera ataque, masajeándome los músculos, aunque el aceite ahora olía algo mejor, como a plantas. Massud llegó al rato. Me dijo que me recuperaría pronto, que no echase caso del ataque y que pronto estaría listo para volver a los ejercicios. También me contó lo que he dicho antes de la enfermedad. Antes de irse le explicó a Djamila unos ejercicios que ella podía hacer por mí, quiero decir, que me estuvo flexionando las piernas, moviendo los brazos, más allá de los masajes.

La recuperación ha sido aún más rápida que la primera vez, así que tendré que creer a Massud cuando dice que en realidad es una buena señal.

Día Vigésimo tercero del mes de los Vientos del año 208

Ya he vuelto a caminar. Con algo menos de intensidad, unas caminatas tranquilas. Poco más y siempre acompañado por Djamila, que no se fía. Hemos comido y pasado la tarde en casa de



Massud, jugando al djerek. Y yo que pensaba que había aprendido. Massud me ha ganado todas las partidas.

Día Vigésimo cuarto del mes de los Vientos del año 208

Un día muy parecido al anterior. Caminata y djerek con Massud. Se ha pasado Jalal con muchísimas cabras a saludarme y a preocuparse por mi salud. Me temo que a estas alturas todo el pueblo sabrá ya que me pasa. Mis intentos por pasar desapercibido ya no significarán nada. Cuando Jalal se alejaba tras despedirse me di cuenta de que ya no podía ver a las cabras igual que antes, en especial las grandes y negras nocturnas, que son idénticas a la estatua del templo oculto.

Día Vigésimo quinto del mes de los Vientos del año 208

Tras perder ya demasiadas partidas de djerek, hoy he intentado hablar con Massud del tratamiento. Quería saber qué era exactamente lo que me he estado tomando, y cuáles eran las siguientes fases, y cómo funcionaba, y porqué. Quería saberlo todo, pero Massud dijo que creía que aún no estaba preparado para saber todo eso. Se me fue de la mano la frustración, y acabé arrojando el djerek al suelo con furia. Massud se puso a recogerlo con parsimonia, mientras que yo fuera de sí, no sé cuántas cosas le dije, pero en lo que seguro que insistí fue en que estaba más que sobradamente preparado, que si había alguien preparado y dispuesto era yo.

Él se sentó en la mesa y aceptó empezar a contarme algunas cosas. Para empezar la parte principal de lo que estaba tomando era unas gotas de una esencia de un cítrico que sólo se da en Balidran, la Mano de Drumah. En Yarim no hay, ni en ningún sitio cercano, pero para mi suerte hacía muchos años él mismo había preparado una gran cantidad de esencia de la corteza del fruto de la Mano de Drumah, y el compuesto es muy estable, así que aún quedaría suficiente para todo el tratamiento, si es que teníamos suerte. La Mano de Drumah. Los curanderos la usan de todas las formas y la consideran un remedio universal, en particular los que creen estar insuflados por el poder del viejo dios elefante. Pero yo sé bien, que la Mano como mucho produce un efecto relajante, tal vez algo antiespasmódico, pero nada lo bastante fuerte como para curar mi mal. Eso le discutí, y Massud aceptó contarme más. El aceite con el que me frotaban, aumentaba el efecto de la esencia, ya que relajaba a los músculos, aunque tenía posibles efectos secundarios peligrosos. Aplicado durante mucho tiempo y sobre una persona sana estas friegas podrían dejar a alguien completamente paralizado, ya que a larga es un poderoso veneno. Sin embargo, es un veneno beneficioso para mi enfermedad, que en el fondo es justo lo contrario a la parálisis.

No ha aceptado contarme nada más del tratamiento, ni de lo que me espera más adelante. Su insistente negativa me hace pensar que el tratamiento más adelante oculta sufrimientos aún peores. Empiezo a temerlo.

Día Vigésimo sexto del mes de los Vientos del año 208

Tras mi comportamiento de ayer no he querido subir hasta la casa de Massud. He hecho un ejercicio ligero, he comido en casa de la viuda, y me he dejado ver por el centro del pueblo, aunque al final me he cansado de recibir la compasión de todos, por mi mal. Algunos han sido especialmente dolorosos para mí, justamente los que no han mostrado tanta compasión como curiosidad. Creo que he sido maleducado con algunos, pero es que simplemente no puedo contar la historia de mi familia, no puedo recrearme en los detalles del sufrimiento de los hombres Kamaj, de mis antepasados, no puedo contar cómo el baile se hace cada vez más

disparatado, más absurdo llevándonos no sólo a la muerte, sino a una muerte tan dolorosa como ridícula.

Así que al final he pasado la tarde anotando los dibujos del otro libro, escribiendo junto a cada planta el nombre que le dan los Yarimes, sus propiedades y todo lo que he logrado aprender en este tiempo.

Día Trigésimo primero del mes de los Vientos del año 208

No he vuelto a escribir hasta ahora en este diario, porque leyendo las anteriores entradas me parecía absurdo repetir una y otra vez días casi idénticos de caminatas, comidas frugales y, una vez que reuní el valor, tardes de djerek en la mesa del patio posterior de Massud.

Pero hoy ha pasado algo que merece la pena ser escrito. Hoy Massud me ha dicho que podíamos empezar la segunda fase del tratamiento, pero que antes de eso tenía que entender a qué me enfrentaba. Y entonces me ha contado su historia. Chizia no era un paciente más que se encontrase. La enfermedad no era algo contra lo que se había enfrentado simplemente, porque estaba allí cuando empezaron lo ataque de Chizia o porque le interesase como caso de estudio. Me ha confesado que Chizia era su hijo. Su madre era una Kamaj, una Kamaj casada con uno de los míos demasiado joven, con un hombre maduro, lo que significa en nuestro caso demasiado viejo. Él y ella se habían conocido en Balidran, mientras él estudiaba. El marido de ella se había trasladado a la capital porque a pesar del muy avanzado estado de su enfermedad, aún se aferraba a cualquier posibilidad, y allí en Balidran podía encontrar toda clase de charlatanes, supuestos hakin, o hakines sin escrúpulos, dispuestos a cobrarle todo lo que tenía por una inútil esperanza.

Ella era infeliz con un hombre al que no quería, un hombre demasiado viejo, un hombre que se moría y que la iba a dejar en la ruina, tras su muerte. Así que ella le encontró preguntando por quienes podrían saber algo de verdad sobre la enfermedad, encontrando a uno de los hakines más brillantes y reconocidos de su generación, y a él le preguntó. Pero Massud no tenía ninguna esperanza que darle. Tras estudiarlo un poco le quedó claro que la enfermedad no tenía cura conocida. Ella agradeció la sinceridad y regresó con su marido. Pero, la tristeza le pudo, y cómo no tenía a nadie más en quién confiarse en la Capital regresó a calmar sus penas con él. Ella era hermosa, joven y antes de darse cuenta ya eran amantes. Cuando su marido murió ella regresó con lo que le quedaba al Valle tras entregar el cuerpo a los buitres.

No supo nada de ella durante treinta años, y entonces le llegó una carta contándole que tenía un hijo, Chizia, un hijo Kamaj y un hijo condenado. Corrió al lado de ellos, pero ella le exigió que nunca le dijese a Chizia que no era sólo su doctor. Ella no quería que su hijo sufriese por sus pecados, que no se viese menoscabado en su posición por culpa de lo que ella hubiese hecho mal. Y él, a su pesar, le hizo la promesa. Pero no había cura para un Kamaj, así que hubo de inventarla. Tardó tres años más, en los que viajó por todas partes, en hacerse una idea, y dos dolorosos años en probar con alternativas hasta la que funcionó. Para entonces Chizia tenía treinta y cinco y su enfermedad estaba muy avanzada.

Massud me preguntó entonces que qué pensaba yo del mal. Le dije que por lo que sabía afectaba al sistema nervioso. Me preguntó si era una enfermedad física, y le contesté que no, o al menos no sólo, que era más bien algo relacionado con la cabeza, con la mente. Y me lo confirmó, me dijo que así era, que tenía una componente mental, del espíritu, lo mismo que una locura, lo mismo que el mal de Rabbuh. Me explicó que por eso había fallado todos antes que él, ya que tratando como habíamos hecho hasta ahora, sólo el cuerpo, sólo se lograba acelerar la parte espiritual y empeorar la enfermedad. Así que había descubierto que había que tratar al espíritu,

pero de una forma muy profunda, como las trepanaciones que yo realizaba, pero aún más profunda. Esto le llevó al camino de las técnicas de hipnosis que se practicaban en Talesmel, entre los hechiceros de la ilusión.

Ahora sé, que para poder curarme no sólo tiene que tratar mi cuerpo y hacerlo más fuerte, sino que tiene que convencer a mi mente, de auténtica, completa, de que estoy curado del mal que la aflige. Para ello va a hacerme tomar algunas sustancias que debilitarán mis concepciones, mis más arraigadas creencias, y luego atacará aquellas que tiene que erradicar porque están relacionadas con la enfermedad. No es sencillo. Y por eso quería contármelo. Chizia, su hijo, alcanzó la curación. La curación completa, física y mental. Pero el tratamiento mental te hace ver cosas, te enfrenta con alucinaciones esporádicas a tus peores temores. Chizia se curó del mal de los Kamaj, pero su mente quedó inestable, fracturada por esos temores, esos miedos, y acabó suicidándose dos años después.

Esa es la razón por la que huyó de Balidran, por la que huyó de su profesión y se escondió en este lugar remoto. Por huir de sus fracasos. Él había hecho morir a su hijo, le había perdido y con él también a la mujer con la que lo había tenido. Por eso, tampoco había querido aplicarme el tratamiento a mí en un principio.

Le pregunté que si entonces acabaría loco igual, que si era una lucha perdida de antemano, y él me dijo que no sólo yo era más joven y la enfermedad estaba mucho menos avanzada en mí que en su hijo, sino que había visto una fuerza, unas ganas de vivir que no había visto en él. Había depurado sus fórmulas, y había practicado mucho la hipnosis con las cabras e incluso con las parturientas, así que él pensaba que tenía una oportunidad; pero que cabía la posibilidad de que fuese inútil, y que podría acabar como su hijo, muerto en su locura. Me dijo que sólo yo podría decidir si merecía la pena el riesgo o no.

Ahora tengo que decidirme, pero sólo puedo decir que aún me lo estoy pensando.

Día Trigésimo cuarto del mes de los Vientos del año 208

He de reconocer que no lo tenía nada claro. Me asusta casi más la locura que la muerte. He sido hakin especializado en la mente y he visto casos que te hacían desear que el paciente muriese y dejase en paz a su familia y a él mismo. Así que he estado a punto de tirar la toalla. Decirle que no a Massud, volverme al valle y dejar pasar los días con la mirada puesta en los picos nevados de las montañas hasta que la enfermedad me lleve a los cielos, a volar con los cóndores entre esos picos remotos. Pero mientras me hacía a la idea del breve resto de mi vida allí en el valle, he imaginado la insistencia de mi madre para que dejase en el mundo otro Kamaj condenado, y cómo me habría negado hasta que ya no hubiese podido, porque mi madre siempre se sale con la suya. Entonces he imaginado a una dulce prima Kamaj, resignada y acostumbrada, siendo designada como la madre de mis hijos. He imaginado sus lágrimas, como las de Djamila, al verme empeorar, tal vez ya moribundo con nuestro hijo condenado aún en su vientre y me he dado cuenta de que no puedo hacer llorar a otra mujer por mí. No quiero que otra Kamaj cuide en su viudez un bello cuadro de mi rostro y que lo salude por las mañana.

No puedo regresar al valle, así que qué podría hacer. Dedicar el resto de mi vida a viajar y ver el mundo, gastando mis ahorros mientras poco a poco la enfermedad me lleva; pero qué mundo voy a ver sino este lleno de dolor de un invierno antinatural, un mundo que tal vez está apagándose como yo mismo. Además no soy un hombre al que le gusten demasiado los viajes, de hecho, ya he tenido bastantes viajes para el resto de mi vida.

Podría buscarme una ciudad cómoda pero lejana, tal vez en el norte, mejor una con mar, como Salasem, vivir ahí como un exiliado al que no le importan los gastos. Pero, ¿para qué?

Cuánto más lo pensaba más clara era la respuesta, si voy a morir mejor luchar, intentar el tratamiento aunque me lleve a la locura. Pero no acababa de decidirme, hasta esta mañana. Esta mañana Djamila ha estrenado thobe nuevo, negro, por supuesto, pero muy hermoso, con hilos de plata y otros bordados. Le he dicho que estaba muy guapa, y se ha puesto tan contenta que he entendido que para ella soy importante. Es una chica hermosa, demasiado joven tal vez, para mí, pero es una chica fuerte que cree que puedo vivir, no es una prima Kamaj resignada a la viudedad. Quién sabe, tal vez yo sí que pueda vivir, tal vez pueda tener la esperanza de pasar largos años con una mujer hermosa y valiente como Djamila.

Y así lo he decidido, pensando en que aunque el tratamiento vaya mal, tal vez pueda dejarle el dinero que no necesitaré a la viuda, para que aunque sea sin mí, Djamila pueda tener una dote decente y escoger el hombre al que realmente quiera, uno mejor que yo, un sano pastor de cabras negras como el Dios del Mal.

Massud me ha dado las primeras dosis de mi nueva medicación. La tengo aquí delante y quería terminar de escribir esta entrada en el diario antes de comérmela.

Día Trigésimo quinto del mes de los Vientos del año 208

La medicación no es tan mala como pensaba. Ya me dijo Massud que íbamos a empezar con muy poca dosis y la iríamos subiendo. La verdad, anoche cuando me tomé la primera dosis estaba temiendo que los monstruos de debajo de mi cama de infancia asomaran de nuevo de entre las sábanas, pero nada de eso ocurrió.

En realidad, me siento más relajado que nunca, y más tranquilo. Por lo demás no he notado nada en absoluto. Esto no va a ser tan malo como creía.

Massud me ha dicho que siga con las caminatas y los ejercicios y que el primer día del mes del Calor empezaremos con la hipnosis.

Me siento esperanzado.

Día Trigésimo sexto del mes de los Vientos del año 208

Escribo rápidamente una nota, porque no voy a escribir en unos días. Me siento tan a gusto, que voy a bajar con Djamila, Jalal y una de las hermanas de Jalal, hasta la capital del jecado, a Al Ossi. Quiero comprar más tinta de colores para mi libro de hierbas, y la verdad, estoy pensando en comprarle algo bonito a Djamila. Últimamente he estado pensando mucho en ella.

Volveremos a tiempo para empezar las sesiones de hipnosis con Massud.

Día Tercero del mes del Calor del año 208

Al final la visita a Al Ossi se alargó un poco más de lo esperado. Ahora que tengo esperanzas, he visto la ciudad del Jeque con otros ojos. Cuando pasé por allí buscando a Massud, la encontré triste y provinciana, una ciudad para olvidar. No sé si será por el color que ha traído el verano y

la luz que se ha abierto paso por entre las nubes, si será mi nueva esperanza o si será la medicación, pero lo cierto es que ahora me ha parecido hermosa.

Al Ossi es una ciudad coqueta, con varias mezquitas pequeñas, pero alicatadas de hermosos azulejos blancos y azul cielo. Por todas partes domina el dátil y la palmera datilera, la principal producción en esta tierra de las colinas del califato de Al Jorath; pero en Al Ossi, a diferencia de Oyara, no se dedican en exclusiva al dátil, ahora lo sé. Además de los hermosos azulejos pintados, que son la especialidad de la ciudad, he visto hermosos trajes realizados con toda clase de materiales, desde lino y algodón, a lana y piel, he visto joyeros artesanos que aunque imagino que no serán comparables a los del lejano norte, crean hermosos collares y pendientes como los que le he comprado a Djamila.

En definitiva, espero ir muchas más veces a nuestra cercana capital.

Massud hoy estaba ocupado con un problema de la oveja, así que empezaremos mañana temprano con la primera sesión de hipnosis.

Día Cuarto del mes del Calor del año 208

Lo de la hipnosis no ha sido tan raro como pensaba. Fui a primera hora, pero Massud me mandó de vuelta al campo, diciéndome que hasta que no me doliesen todos los músculos de las piernas que no se me ocurriese regresar. Así que hice una camina muy larga, pero esta vez hacia el norte, que nunca voy en esa dirección. Yarim se acaba pronto hacia el norte, dando paso a una llanura de hierba alta que muy pronto se transforma en un terreno rocoso lleno de zarzas, que no son más que la antesala del mar inacabable de arena.

Estaba nervioso así que he ido hasta lo que llaman por aquí el 'mirador del perdido', una roca grande detrás de la cual se asuman las dunas. Allí me he sentado un largo rato dejando perder mi vista en el horizonte del norte. Sin dejar el mirador me he tomado mi nueva medicina. Es increíble lo grande que es el mundo. Desde allí, un mundo ondulado de colores amarillos y naranjas, que en su simplicidad esconde miles de mundo. No sé por qué antes no lo he visto así, pero el desierto es estático y dinámico a la vez, y por eso es un misterio, un misterio obvio como los granos de arenas. Por más que mires el desierto no lo ves cambiar, y sin embargo, regresa otro día y el paisaje que viste ya no estará ahí.

La gente es así también, como el desierto. Creemos que siempre son las mismas personas, y sin embargo, al transcurrir el tiempo, nadie permanece igual, siempre nos muestran caras diferentes, pues somos complejos en nuestra simplicidad, porque todos estamos hechos de pequeños granos de arena siempre en movimiento.

Tras la comida Djamila ha querido venir conmigo para ver qué era eso de la hipnosis. La parte que recuerdo no ha sido muy espectacular. Massud haciéndome mirar un péndulo, mientras decía palabras pausadas y me hacía pensar en momentos felices de mi vida, y luego la nada. Imagino que eso significa que ha funcionado bien, pero lo cierto es que no recuerdo nada de lo que ha pasado durante varias horas. Djamila ha dicho que ha estado divertido. No me atrevo a preguntar por qué.

Día Séptimo del mes del Calor del año 208

El tratamiento hipnótico está funcionando, al parecer muy bien, sigo sin recordar casi nada de cada sesión pero lo cierto es que me siento muy bien. Ayer tuve un pequeño ataque en la mano izquierda, pero ha sido el único en muchos días. Además Djamilia rápidamente sacó el aceite que huele a muerto y me calmó los temblores y el dolor con un masaje.

Pero lo que me hace estar más seguro de que está funcionando, es lo bien que me siento. No me he sentido así de bien, creo que nunca. Tal vez en mi niñez allí en el valle, cuando no pensaba que mi mal y jugaba con los primos a que nos matáramos sin morirnos.

Tal vez ni siquiera entonces. Hoy perdí media mañana sentado en el borde del Pozo y viendo simplemente a los yarimes pasar. Simplemente no podía dejar de mirar la diversidad de las ak'jambias. Tan sólo empuñaduras hay de todas clases. Las más habituales son de plata, con repujados que recuerdan a datileras, y sobre todo a cabras. Sé que son joyas que se hacen en la capital del jequeado; pero hay otras muchas. Algunas de oro, incluso algunos Osramanes, de oro con piedras semipreciosas. Y las más hermosas y sorprendentes, son las de hueso lacado. Un núcleo del hierro de la hoja se puede ver el en centro de una celosía de hueso, resistente pero ligero y un artesano, con una paciencia infinita, ha ido colocando una ligera capa de laca endurecida, o tal vez una lámina finísima de alabastro pintado y traslúcido que permite ver tras de ellos el hierro puro. Es un diseño extraño, mezcla de ligereza y robustez, de burdo hierro con la más delicada de las estructuras. Simplicidad del metal forjado, con una vidriera que arranca destellos de colores increíblemente diversos bajo el sol. Este diseño me parece muy propio de Yarim, que es un pueblo que parece sacado de la mezcla de todos los lugares, que es un lugar de frontera.

Día Octavo del mes del Calor del año 208

Más ejercicio, dieta y tratamiento. Hemos subido un poco la dosis del cactus, yo lo he pedido y Massud lo ha aceptado. En realidad tengo tantas ganas de curarme cuanto antes. Empiezo a imaginarme una vida larga, una vida en la que pueda tener algo de libertad, una vida que no sea sólo el miedo y la angustia, una vida que pueda llevar a donde quiera y no sólo en pos de un plan para no vivir.

Empiezo a mejorar un poco en djerek, hoy conseguir empatar una partida con Massud.

Día Noveno del mes del Calor del año 208

Massud me ha invitado hoy a colaborar con él. Me ha dicho, ya vale de pensar sólo en ti mismo, jovencito, te vas a venir a ver lo que es medicina de verdad. No tengo claro que lo que hemos hecho hoy es medicina de verdad, pero está claro que no es la que conocía hasta ahora.

La mayor parte del día sólo hemos visto pequeñas enfermedades de animales, que he de reconocer que no he sabido diagnosticar; pero también hemos visto enfermedades realmente graves entre los pastores o sus mujeres de las que no cabe esperar más que un final doloroso y definitivo. Massud ha tratado lo uno con la misma parsimonia que lo otro, mostrando amabilidad en todos los casos, y dando esperanzas. Cuando le he preguntado, me ha dicho que qué otra cosa deberíamos hacer. Le he dicho, que por ejemplo, en el caso de la mujer anciana con un enorme bocio debería saber que la enfermedad es muy probable que acabe con ella pronto. A lo que me ha contestado que para qué, dado que no podemos hacer casi nada por

ella, mejor dejarla vivir con cierta esperanza y preocuparse por la hija soltera, sin dote y no muy agraciada que iba a dejar detrás.

Tengo bastante en qué pensar. He estado tan centrado en mi vida en obtener éxito para poder vivir, que tal vez he dejado de lado cosas importantes. He de reconocer que, a ratos, sólo he visto en Massud a alguien que llevado por el dolor de haber perdido un hijo, se ha aislado del mundo para no reconocerse a sí mismo; pero, ¿no es acaso esta medicina pequeña a veces intrascendente y a veces sin esperanza la auténtica vocación del hakin? Si pienso en los juramentos que nos hicieron hacer en la escuela de Balidran ahora puedo reconocer en ellos más a Massud tratando una irritación de la piel de una cabra que a mí mismo cuando llevaba una consulta prestigiosa de enfermedades mentales.

Día Decimotercero del mes del Calor del año 208

Durante estos días he aprendido bastante más de fisiología de las cabras y ovejas de lo hubiese soñado jamás –excepto, tal vez en mis pesadillas. Ya es lo bastante complicado intentar recordar todos los órganos humanos, así como todas las posibles enfermedades que pueden afectar a los mismos, que son inacabables; como para además añadir los de las ovejas y las cabras. Lo que más confusión me ha producido es la complejidad de los estómagos de ambos. Ni se me había pasado por la cabeza la idea de que pudiese haber más de un estómago y menos una estructura tan compleja. Supongo que si comes hierba seca la mayor parte de las veces, necesitas un estómago complicado para sacar algún alimento de ella.

En cualquier caso, empiezo a ver los sentimientos detrás de esos ojos extraños demasiado separados. Al principio esos iris rasgados como el de un gato pero en horizontal me parecían sobre todo extraños y malvados, como los ojos de un demonio, pero en estos días he empezado a ver en ellos el dolor y también el agradecimiento por las curas que Massud les administra. Mejor que no les tome mucho cariño a estas bestias o no podré comer nada, que raro es el día en Yarim que no hay cabra para comer.

En cuanto a mí mismo, el tratamiento parece ir bien. No han vuelto a aparecer los ataques ni los dolores, me siento por lo general fuerte y centrado, incluso feliz. Por lo general. Las visiones de las que Massud me habló antes de empezar el tratamiento creo que han empezado. No es que está viendo dragones rosa revoloteando por el cielo, eso no, pero a veces me parece ver cosas que están fuera de lugar.

La primera vez fue en una casa de un pastor, su madre, muy anciana, tiene terribles deformaciones en los pies, y me pidió Massud que le administrase unos linimentos en esas deformaciones para apaciguarle los dolores mientras él ayudaba a parir a unas ovejas. La anciana es severa y nunca dice nada, pero aquel día, cuando casi había acabado con los masajes, al mirarla en la oscuridad de su rincón de la casa, tuve que apartarme de ella de un salto. Juraría que la había visto reír con una boca exageradamente grande, llena de colmillos, de entre los que colgaba una lengua bífida como la de una serpiente. Cuando volví a mirar a la anciana era de nuevo la vieja cascarrabias silenciosa de siempre, pero no me atreví a tocarla de nuevo. Me disculpé, retiré los linimentos a toda prisa y salí de allí.

Tras aquella visión, he visto algunas sombras raras en las esquinas menos iluminadas del pueblo, incluso en la casa de la viuda. Pero no todas las visiones son negativas. Las Lágrimas cuando las miro por la mañana es como si estuviesen hechas de diamante, brilla con todos los colores del arcoíris. Más hermosa que nunca. Y por alguna razón también se ve impresionante la mezquita, como si la luz del sol saliese por cada una de sus ventanas. Y el propio Rabbuh, cuando se sienta

a mirar el cielo justo delante de la mezquita parece estar rodeado por un halo de luz. Incluso Djamila parece diferente, más hermosa, como si la iluminase el verano más que a los demás.

Aún no le he dicho nada a Massud, no quiero que la preocupación haga que me proponga parar el tratamiento.

Día Decimocuarto del mes del Calor del año 208

Hoy he tenido una experiencia bastante desagradable. He querido separarme un poco de las visiones que empieza a provocarme el tratamiento y he salido muy temprano, justo al amanecer a caminar por ahí. Casi sin darme cuenta he acabado muy lejos, por las praderas verdes del sur, que se veían especialmente hermosas esta mañana. Me he sentado entre la hierba fresca y he dejado que el brillante rocío y el olor me acariciasen, hasta que me tumbaron a mirar las nubes que pasan. Los insectos zumbaban a mí alrededor, y casi me parecía escuchar una canción que formaban al hacer vibrar sus alas. Cada uno su propia canción. La de las mariposas era casi inaudible, como una polka muy lenta cantada al ritmo de palmadas hechas con manos de paja. La de las mariquitas era un zumbido bajo, como el sonido de mujeres intercambiando rumores. Pero fue el sonido de las libélulas, intenso y rápido, como el de hombres que hubiesen desenvainado sus ak'jambias, el que me llevó hasta lo que me ha marcado el día. Por escuchar a las libélulas me he levantado a mirarlas, y entonces las cosas han empezado a ir mal.

Las libélulas no recorrían el paisaje al azar, sino que parecían ir y venir desde una dirección dada, y posarse sólo en los corazoncillos muertos. Entonces una agobiante sensación de extrañeza me invadió. Los corazoncillos se veían diferentes a todas las otras hierbas, oscuras y tenebrosas, como si estuviesen invadiendo el paisaje a costa de la vida de todas las demás. Algo me impulsó a levantarme y seguir el zumbido de las libélulas, y ellas me llevaron hasta el Pozo Podrido. Sólo que no será sólo apestoso. O al menos, no me pareció sólo apestoso, las flores negras me parecieron malvadas, y el agua burbujeante se me antojó las fauces de un monstruo cuyos dientes medio ocultos eran aquellas piedras que sobresalían, amarillentas de azufre. Todo el lugar es una boca dispuesta a tragarse lo que se arriesgase a entrar en ella. Y yo estaba en ella. Las visiones se intensificaron, sentí como la tierra temblaba y casi sentí como la boca se cerraba sobre mí. Vi claramente cómo los dientes amarillentos se elevaban a mí alrededor, mientras el zumbido de cientos de libélulas me ensordecía. Intenté salir de allí, pero los insectos me golpeaban una y otra vez. Resbalé ya preso del pánico, y vi indefenso cómo robaba hasta el borde mismo del cieno ardiente y burbujeante. Perdí el conocimiento justo cuando me pareció que las burbujas no eran tales, sino manos que intentaban salir del agua para agarrarme.

Cuando me desperté estaba en casa de la viuda. Jalal me había encontrado desmayado junto al charco apestoso y me había traído de vuelta hasta Yarim. Djamila y las demás mujeres estaban en torno a la cama. Massud ha llegado más tarde y los ha echado a todos. Tenía bastante claro qué me estaba pasando, así que no he podido escondérselo.

Me ha costado bastante, pero ha aceptado que continuemos el tratamiento, pero me ha dicho que siempre debe haber alguien junto a mí, que no vuelva a irme a ir sólo por ahí. Dice que las alucinaciones pueden ser peligrosas si estoy solo. Que la presencia de alguien junto a mí puede traerme de vuelta a la realidad aunque esté muy lejos en lo imaginario. Le conté cómo muchas de las visiones eran oscuras y tristes, y él me dijo ya me había avisado de que así sería, pero que debía agarrarme a la idea de que no todas eran así, y recordar que con el tratamiento estábamos adentrándonos en mi propio miedo, a mi convencimiento de que estaba condenado a morir.

Ahora veo que el núcleo de mi mente es más tenebroso de lo que hubiese imaginado.



#### Día Decimoquinto del mes del Calor del año 208

Hoy no he salido de la casa. No he visto cómo las cortinas se transformaban en demonios de tela, ni me ha parecido que la comida estuviese hecha de sesos de carneros no-natos, aderezada de gusanos. Hoy el día ha sido tranquilo hasta la muerte por aburrimiento.

Para no suicidarme me he colado en la parte de la casa de las mujeres. Ha habido gritos, y quejas, pero al final me han dejado permanecer con ellas siempre que les estuviese leyendo una de mis viejos libros, una novela de guerreros de elefantes que traje conmigo de Balidran. A Djamila le gusta, aunque es una novela tonta de héroes y malvados hechiceros, y al resto de las mujeres parece que también.

#### Día Decimoctavo del mes del Calor del año 208

He vuelto a salir. De nuevo rutina, ejercicio, tratamiento e hipnosis. No es que hayan desaparecido todas las sensaciones extrañas que me provoca el tratamiento. Creo que ya no van a desaparecer, pero no veo nada especialmente grave ni molesto. Las sensaciones se limitan a cierta incomodidad en lugares oscuros, en donde me parece que hay cosas que me observan y que no deberían estar ahí. Así que he cogido la costumbre de dejar siempre un candil encendido. He hablado con la viuda y está de acuerdo en que deje el candil toda la noche y hemos negociado un precio por todo el aceite que estoy gastando de más.

#### Día Decimonoveno del mes del Calor del año 208

Hoy he estado charlando un largo rato con un viejo buhonero khin. Venía sólo, sin familia, acompañantes o siquiera guardias que lo acompañasen. He visto otros parecidos en Balidran, con su carromato cerrado, que puede abrirse por un lateral y formar una auténtica tienda rodante, sus bueyes de larga cornamenta y frente peluda. Normalmente tienen de todo un poco pues aprovechan cada parada en cada pueblo no sólo para vender, sino también para comprar lo que esté más barato y pueda ser vendido más adelante. Así que hay una mezcla de cosas habituales que vienen de lugares muy cercanos, con algunas piezas de bastante más valor que de lugares remotos. Este buhonero que se llamaba Hiroke, tenía un buen montón de dátiles, miel y otras cosas de Al Ossi, así como joyería que sí que podrían apreciar en Yarim, pero también tenía en su carro, libros khines de hermosas ilustraciones que deben llevar años con él, y restos aún de valiosas especias, como la canela. Imagino que cuando se vaya de Yarim en los próximos días cargará el carro con botas de piel de cabra y muchos fez.

Lo descubrí justo cuando estaba asegurando el carro junto al Pozo y me empeñé en hablar con él. Fui lo bastante insistente como para que aceptase tomar un té en la casa de la viuda. No traía noticias de Balidran y hace muchos meses que no pasa por mis tierras, pero traía noticias preocupantes de los otros reinos.

Según parece el vacío de poder en el mar interior continúa. Los emires que traicionaron al Sultán, desconfían los unos de los otros, y con frecuencia detienen, interrogan e incluso apresan a viajeros como él acusados de ser espías. La ciudad de los hechiceros, Tamana Bal Omara, sigue en turbulentos juicios tras ser liberada, en donde toda clase de personalidades relevantes de la ciudad son acusadas de colaboración con los adoradores del Señor de la Noche. Hay ejecuciones e incluso ha habido algunas revueltas populares que han acabado en muerte de familias adineradas completas. Los vencedores de la guerra, los rebeldes de Marmud, aunque prósperos, parece que tampoco se libran de problemas. Muerto su rey en la última batalla, el general

principal, un nórdico, parece que ha desaparecido sin que se sepa porqué. El hermano mayor del rey, un tal Sephyr que parece ser tener influencia pirata, actúa de manera inteligente pero algo despiadada, y ha estado menoscabando la autoridad de sus jeques para centralizar el poder en su persona. Y finalmente, en las praderas del norte de Dacca y del sur de Tamana, bandas de forajidos, desertores de todos los ejércitos, campan a sus anchas como asaltantes, cuatrerros e incluso nuevos esclavistas.

Esto último, los desertores transformados en forajidos, lo he vivido en cruda primera persona, pero no deja de ser triste que toda guerra, por importante o justificadas que sean las intenciones de los bandos en contienda acabe siempre en enfermedad, hambre y violencia. Mi tío, tiene suerte de estar muerto, así no ha visto cómo todo el mundo que conocía, cómo la fidelidad que le debía al Sultán incluso por encima de la que le debiese haber tenido a su rey, se ha desmoronado en esta suerte de caos abandonado de la mano de Dios.

Estoy de ánimo melancólico. ¿Será la medicación? Sí, debe serlo, a fin de cuenta me afecta lo suficiente como para hacerme ver visiones, y por lo que puedo releer en este mismo diario, hacerme ver una esperanza y una belleza que probablemente nunca estuvo ahí; excepto la de Djamila, que sigue a mi lado.

Día Vigésimo del mes del Calor del año 208

Si la intención del tratamiento es que me convenza de que voy a vivir, entonces no está funcionando porque me estoy sumergiendo más y más en la melancolía. Así se lo he dicho a Massud antes de la sesión de hipnosis. Este me ha dicho que es un proceso, que debo tener paciencia, pero no la he tenido y he montado en cólera.

Massud me ha examinado y me ha dicho que tal vez deba ajustar un poco el tratamiento. Y que incidiría menos durante la hipnosis en elementos negativos y más en positivos.

De momento no me ha cambiado el tratamiento, pero sea lo que sea que haya hecho durante la hipnosis ha ido mejor, porque esta tarde me siento más ligero y más contento.

Veremos que va sucediendo.

Día Vigésimo tercero del mes del Calor del año 208

Para sorpresa de todos hace bastante calor. La temperatura ha estado subiendo mucho durante los últimos días, casi como si el mundo tuviese prisa por recuperar el tiempo perdido en un invierno larguísimo y quisiese derramar todo el calor del verano y de la primavera todos juntos estos días.

Hoy no hemos tenido sesión de hipnosis, porque Massud ha querido hacer pruebas con los efectos de diversas alternativas a mi tratamiento. No me ha dado de comer fragmento de plantas, ensaladas de la mente, como las llama, pero me ha dado de beber pequeñas gotas de esencias y tenía que explicarle los efectos que sentía.

Ha sido espantoso. En algunos casos he pasado casi una hora con dolores imaginarios, pero insoportables. En otros casos era lo que veía lo peor. Una de las veces mi piel explotaba y de ellas salían millones de hormigas. En otro de los casos, vi cómo la cara de Djamila se descolgaba dejando descubrir un monstruo rojo de sangre y de ojos negros como la piel de una cabra

nocturna. No he podido regresar a la casa de la viuda por mi propio pie y hemos tenido que parar tres veces para que vomitase.

No sé cómo tengo fuerzas para escribir estas letras, sobre todo sabiendo que mañana continuaremos con más pruebas.

Día Vigésimo cuarto del mes del Calor del año 208

Casi no dormí anoche, porque toda clase de sonidos y sombras se arremolinaban en la oscuridad de mi habitación, y la llama del candil amenazaba a apagarse cada segundo. Cuando finalmente se ha hecho de día, Djamila ha venido a llevarme a desayunar, pero no he podido. Toda la comida me sabía amarga y desagradable.

Tan sólo la visión de la cascada que hoy parecía más que nunca un dechado de color, me ha animado.

Y el resto del día ha sido una tortura. Ni siquiera voy a describir las cosas que me ha hecho ver las pruebas de Massud. No me extraña que su hijo acabase loco y se quitase la vida. No sé si me estaré volviendo loco yo mismo.

Al final, Massud, ha quedado satisfecho con una de las pruebas y me ha mandado de vuelta a Yarim con una nueva receta de la ensalada para el alma. No sé si quiero seguir con esto.

Día Vigésimo octavo del mes del Calor del año 208

He hecho estos días lo que todo paciente le hace a su médico alguna vez, rebelarse, evitar el tratamiento. Pero lo cierto es que las visiones empeoraron y parece ser que hasta perdí momentáneamente el control, no ya de mi cuerpo, sino de mi pensamiento y estuve corriendo por el campo completamente desnudo, posiblemente comportándome como una oveja.

Cuando me desperté, Djamila estaba junto a mí llorando y pidiéndome que confiase en Massud, y en el tratamiento. Empecé a comer su ensalada del alma, más por Djamila que por otra cosa, pero mira por donde parece que esta vez el viejo ha acertado. Aquella noche dormí profundamente y sin pesadillas. No es que hayan desaparecido las visiones, en realidad, no deben desaparecer o el efecto de la hipnosis sería mucho menor y mis posibilidades de sanar se desvanecerían, pero ahora casi todo lo que veo es hermoso y brillante.

La cascada resplandece. Las joyas brillan con cada rayo del sol. La mezquita se ilumina cada mañana como si realmente Dios viviese en su interior. Los bordados del thoba de Djamila parecen más de magia pura que de plata. Y su pelo, cuando se escapa de su recogido no parece despeinado, sino bailando al son de un corazón compartido.

Parece que ahora las cosas vuelven a su cauce. Esta noche, antes de echarla de mi habitación para escribir estas líneas la he besado en la boca y la he dicho que la quiero. Ella ha sonreído, aunque con una lágrima detrás de sus ojos.

No la he dejado hablar, ni le he dado tiempo de ponerse a llorar. Si todo va bien, tendremos tiempo de sobra para ambas cosas. Si todo va bien, y si no, mejor quedarse con las cosas hermosas, mejor dejar que te embriague la belleza de la cascada cálida de agua pura e ignorar que algunas veces aún las sombras parecen habitadas por cosas que tienen dientes y cuernos.

Día Vigésimo noveno del mes del Calor del año 208

Ella está contenta y eso me da fuerzas. Y con esas fuerzas regreso a la rutina de mi sanación, caminata, más caminata, ejercicios, y la tarde perdida en la hipnosis de Massud. Esta vez casi que he podido entrever algo soñado durante la hipnosis en lugar de la pérdida completa. Había escenas intensas en las que estaba Djamila menos vestida de lo habitual.

Mientras regresábamos a la casa, no me he podido contener y la he apretado contra una de los muros de separación entre pastos. Ella se ha resistido primero en su sorpresa. Pero cuando he empezado a besarla me ha contestado, ansiosa incluso. Y así, bajo el cielo estrellado, en una noche acalorada, nos hemos deshecho de la ropa y de la prudencia.

Ella ya no podrá ir pura a ningún matrimonio y yo ahora no sólo tengo el deseo, sino la obligación de vivir para poder plantearme en serio el formar una vida con ella.

Día Trigésimo del mes del Calor del año 208

Me sorprende la capacidad de Djamila de comportarse con normalidad después de lo que pasó anoche. Durante todo el día se ha comportado con normalidad. Yo pensé que, bueno, no sé qué pensé. Ayer no pensaba, sólo la deseaba y la tomé. Y para ser justos, creo que debo decir que ella se entregó.

Dado que no ha habido ninguna señal de que algo diferente hubiese ocurrido, todo ha seguido la rutina habitual de ejercicios, comida e hipnosis. En el regreso le he cogido la mano, y he hecho ademán de atraerla hacia mí, pero simplemente se ha separado. La he mirado pero ella no lo ha hecho así que la he soltado.

Así que aquí estoy agitado, escribiendo a la luz de ninguna luna y con un candil que...

Ella acaba de entrar en la habitación, ha dejado caer su liviano thoba de verano y se ha metido en la cama.

Día Trigésimo cuarto del mes del Calor del año 208

Esta semana de luna negra, ha resultado ser de noches vibrantes. Cada noche Djamila y yo nos dejamos llevar la pasión. Ahora conozco rincones de su cuerpo que de pocas más mujeres he conocido. Ella llega a escondidas cuando todos los demás duermen. Me invita a disfrutarla y desaparece mucho antes de que yo me despierte, mucho antes de que nadie se despierte en la ciudad.

Día Trigésimo séptimo del mes del Calor del año 208

Temo que al acabar esta fase oscura de la luna, esta fase apasionada de mi vida acabe también. Creo que nos hemos precipitado. Yo aún no sé si voy a vivir, y yo.. yo no sé si estoy siendo justo con ella, porque, ¿realmente la amo o es pura pasión por su belleza y juventud? Sé que hay diferencia entre ambas cosas, sé que tiene que haber diferencia, y sé que no es posible conocer el amor tan rápido como en nuestra historia.

Si siempre he negado la posibilidad de tener una vida con una mujer porque no quiero dejar una viuda como mi madre, ¿por qué ahora me he dejado llevar? ¿Cómo no dudar de mi propia mente y de mis sentimientos si un doctor juega con ellos con una ensalada de hierbas enloquecedoras

y sesiones de misteriosas hipnosis? ¿Cómo una mujer como Djamila tan fuerte y bella puede siquiera haber aceptado entre sus piernas a un enclenque moribundo como yo?

Por lo que sé, todo esto, hasta el trazo de la tinta sobre este papiro, podría ser una ensoñación producto de una sesión de hipnosis. Tal vez ella nunca ha entrado por las noches entre mis sábanas ni se desliza de ellas antes de que el sol salga. Tal vez los senos que acaricio cada noche, la suavidad de su piel, el olor intenso que huelo en su cuello, el dulce néctar que bebo de entre sus piernas, tal vez todo eso no sea más que una alucinación producto de la ensalada del alma de Massud.

¿Qué más da? ¿Cómo podría saberlo? Incluso sería posible que nunca hubiese superado aquel ataque que tuve en esta misma casa, tal vez morí y soy un espíritu que, viviendo en el purgatorio de los pecadores, aún busca un camino hacia la luz de Dios. Aunque, yo sé, que no puedo estar muerto, porque siendo el pecador egoísta que he sido toda mi vida, la otra vida tan sólo me deparará el sufrimiento helado del infierno, y no noches ardientes de calor y placer con Djamila.

Día Trigésimo noveno del mes del Calor del año 208

Anoche tuve una pesadilla terrible. Soñé que me despertaba en mitad de la noche. Todo estaba a oscuras y aún quedaba mucho para el amanecer. Sin luna ni luces Yarim era un pozo de sombras. Djamila no estaba en mi cama, aunque su olor aún permanecía en las sábanas. Salía a mear al patio, pero me daba cuenta de que algo extraño pasaba. No había ningún sonido. Siempre hay algún sonido en Yarim. Si no es la gente, es el ganado, que apagan el silencio ya con berridos ya el escandaloso ruido de sus cencerros. Y si no siempre está el rugido de la cascada. Pero en mi sueño nada sonaba.

Extrañado salía hasta la plaza del Pozo y podía ver que las Lágrimas se habían ido y que de dónde sale el agua, un agujero, de más o menos un metro de alto, estaba levemente iluminado como si alguien hubiese llevado candiles allá adentro. No existe, por supuesto, pero en mi sueño una escalera tosca y estrecha subía hasta aquel agujero, así que atemorizado pero más sorprendido, subía las escaleras hasta el agujero. El agua lo hacía resbaloso y era difícil caminar, pero el sonido de unas voces y la triste melodía de una canción oscura llegaban desde el fondo.

En mi sueño seguí a aquellos sonidos hasta una cámara amplia, que se apartaba del curso del agua por unos metros. Una chimenea alta y cavada en la roca de la montaña, bajaba el cielo estrellado y se llevaba el humo de una fogata que era la única luz que los iluminaba a todos. El lugar tenía un olor desagradable, no apestoso, pero rancio; y todo el suelo estaba repleto de huesos, huesos quemados. Había más de un centenar de personas allí dentro. Repetían una letanía mientras agitaban el cuerpo en un baile que no era tal, sino más bien apareamiento simulado, al son de una voz que cantaba y que no podía ser otra que la de Afzal, el juglar de los leñadores, y de los tambores que sonaban desde el fondo de la cámara. Todos hombres y mujeres, bailaban encapuchados, no con una simple capucha para cubrirse de la lluvia o en una tormenta de arena, sino de una grande y profunda que ocultaba completamente sus rostros. Ellos vestían una túnica negra, ellas vestían un thobe con bordados tan negros como la tela. Y el cantor, el que sonaba como Afzal, cubría su cabeza con una cabeza de cabra de madera, con larguísima cuernos.

Yo los miraba tan fascinado como asustado. Y entonces todos se desnudaron, quitándose toda la ropa excepto las capuchas y empezaron a tener sexos unos con otros en un desenfreno que distinguía hombres de mujeres, y que bien podría no distinguir extraños de familiares. Había cuerpos de todas clases, jóvenes y viejos. Robustos y blandos. Tanto podían pertenecer a

musculados leñadores, como a niñas aún lejos de ser mujeres. Cuando entre aquel desenfreno me pareció ver el cuerpo desnudo de Djamila, haciendo el amor con un joven menudo pero de recia musculatura que bien podría ser Jalal, no pude contener un grito de frustración ni pude, en mi sueño, dejar de abandonar mi escondite.

En ese momento el canto, así como toda la concupiscencia se detuvieron de golpe y montones de ojos cubiertos por capuchas me miraron. Vi el brillo de varias ak'jambia aparecer en la cámara. Viendo que mi ira iba a llevarme a la muerte, en mi sueño salí corriendo por el túnel del agua, tropezando y cayendo varias veces. Entonces un atronador sonido rugió a mi espalda, y en muy poco tiempo las Lágrimas me alcanzaron y me expulsaron del túnel con tremenda violencia.

Mi último recuerdo del sueño fue verme caer hacia el Pozo justo antes de despertar entre sudores. Djamila aún dormía a mi lado, y se quejó de que no la dejase dormir. Me dolía el cuerpo como si realmente hubiese caído hasta el Pozo, pero le besé la nuca y la dejé dormir.

¿Habrá cambiado el nuevo tratamiento las visiones en vigilia por pesadillas en mis sueños?

Día Primero del mes Sagrado del año 208

He tardado un poco en confesarle a Massud el extraño sueño que tuve y que incluso me ha dejado algunas secuelas físicas. Por supuesto, no le he desvelado que estoy acostándome con Djamila, así que él ha achacado el contenido sexual del mismo a mi necesidad de mujer. Incluso me ha recomendado que baje a Al Ossi y pague por compañía femenina, ya que en el pueblo, me iba a resultar difícil encontrar a alguien dedicado a la profesión y que estuviese a la altura de los gustos de un joven. Ni siquiera me he atrevido a preguntar quién está dedicado a la profesión aunque no sea tan joven como para satisfacer mis hipotéticas necesidades.

Ha añadido a la ensalada, unas plantas que supuestamente deberían darme noches tranquilas y sin sueños. De momento así ha sido en la primera noche.

Día Tercero del mes Sagrado del año 208

Han mandado a Djamila a pasar una temporada a un pueblo cercano llamado Heria, en teoría porque una de sus primas de allí, está a punto de parir y ella ha dicho que con lo que ha aprendido estas semanas conmigo y con Massud tal vez podría ser de utilidad. Sinceramente no creo que haya aprendido casi nada en tan poco tiempo, y no dejo de preguntarme si no será que la viuda ha descubierto nuestra aventura y quiere alejarla de mí.

Ella se ha despedido de mí contenta e incluso me ha dado un beso en la mejilla como despedida, pero verla partir, sobre todo acompañada por Jalal, me ha dejado un mal cuerpo que ha devenido más tarde en un ataque leve de los dedos de la mano izquierda. Desde que soñé que los dos participaban en una orgía secreta e impía, no he podido mirar a Jalal sin sentir fuertes celos injustificados.

En teoría regresará en unas dos semanas. Se me va a hacer muy árida mi cama durante esos veinte días.

Día Quinto del mes Sagrado del año 208

Este tiempo sin Djamila se me está haciendo mucho más largo de lo que ya temía. Me había acostumbrado a su visita cada noche. A oler su pelo, a acariciar sus curvas y lamer su rincón más íntimo. Me había acostumbrado a diluir mis problemas fundiéndome completamente con ella, noche tras noche.

Ayer, la viuda insistió mucho en hablar de mi estado civil, y sobre mis intenciones para el futuro. Si aceptaría trabajar con el viejo, si tenía intención de regresar a Balidran, que si tenía allí alguna hija de un jeque prendida de un médico famoso esperándome, que si tal y que si cuál. En definitiva sólo le faltó preguntarme sobre para cuándo tenía pensado pedir a Djamila en matrimonio, ya que llegó a ser tan clara como para preguntarme sobre las costumbres de la dote en mis tierras. Ahí estuve bastante despierto, aunque es falso, les dije que en Balidran es justo al revés que en el califato de Al Jorath, y que es el hombre el que aporta dinero a la familia de la novia, a cambio del privilegio de poder casarse con su esposa. Si me creen, y si me decido a intentarlo con Djamila, aunque no sobreviva al menos les dejaré algo de dinero y no deudas, por pagar un ajuar que sé de sobras que la viuda no puede pagar.

Las hermanas mayores de Djamila, por otra parte, dejaron caer que es bastante inadecuado en cualquier parte que una mujer se case sin que sus hermanas mayores lo estén. Ya me resulta complicado imaginarme realmente viviendo con ella, así que se olviden de la posibilidad de que me case con las tres hermanas. Eso ni pensarlo.

Tal vez lo más sensato sería hacerle caso a Massud y marcharme hasta Al Ossi y aplacar mis necesidades de hombre con alguna mujer de las que lo hacen por dinero; así tendría una excusa que contarle al viejo sobre mis sueños calientes, y no tendría que soportar un interrogatorio por el que no estoy aún preparado. Eso sería lo más sensato, pero la mera idea de no serle fiel se me hace intolerable.

Día Séptimo del mes Sagrado del año 208

Nunca he sido una persona pía, creo que ya lo he dicho en muchas ocasiones en este diario. No he rezado demasiado desde que bajé de las montañas, pero creo que este es el mes Sagrado en los que mis pensamientos han sido menos sagrados de toda mi vida. Todas las noches se llenan de la ausencia de ella, y a duras penas puedo no dejarme llevar y decirle a todo el mundo que su ausencia me está destruyendo. Cada mañana me resulta casi intolerable resistir las ganas que tengo de decirle a la viuda, que de acuerdo, que me comprometeré con ella, que yo pondré la dote, que la llenaré de joyas y que dejaré una larga prole de Kamajs condenados a morir tras de mí, lo que sea, pero que me la traigan de vuelta.

Para aplacar estos calores, en lugar de irme hasta la sede del jecado a refocilarme con mujeres públicas me he dedicado a desgastarme físicamente. Eso será bueno para mi tratamiento y en teoría hace bien, aunque de momento no he notado la diferencia.

Hoy se lo he contado a Massud, que se ha reído mucho a mi costa. Ha estado por ejemplo, contando lo guapo que voy a estar con la ropa local el resto de mi vida, o lo buen pastor de cabras que voy a ser. Cuando le he rogado que parase, que me estaba doliendo, él me ha preguntado por qué si no había mejor que la pasión correspondida, y que Djamila es una mujer que me conviene enormemente. Entonces se han abierto las compuertas de mis temores, y le he soltado todo lo de las viudas de Kamajs, lo de ver a mi madre con los cuadros de sus fallecidos, y todos esos temores que me persiguen.

Cuando hemos terminado estaba llorando como no debería ningún hombre. Massud me ha preparado una infusión y me ha dicho que esta tarde he hecho por mí mismo más de lo que han hecho en muchos días sus sesiones de hipnosis. Le he preguntado que si de verdad puedo vivir, y él sonriendo me ha dicho que hasta ahora tenía dudas que pero que ahora ya no, que puedo vivir.

Día Noveno del mes Sagrado del año 208

Todos estos días he estado pensando mucho, más bien recluso en mí mismo. En parte he escogido esta reclusión parcial porque las visiones que me provoca la ensalada del alma, parecen haberse desvanecido mientras permanezco en mi cuarto, pero me siguen persiguiendo ahí fuera. He seguido con el tratamiento, desde luego, y no puedo sino no celebrar la confianza de Massud en mi curación, pero los días se me hacen largos sin ella. Para aplacar esta necesidad que me empieza a parecer insana he estado haciendo listas y planes. ¿Sería bueno para ella? ¿Sería bueno para mí? ¿Cuánta infelicidad puedo traer a este mundo que ya parece maldito si decido unirla a mi vida y unirme yo a su casi sin iniciar vida?

He llegado a la conclusión de que sólo una cosa me frena de ofrecerle a la viuda, ese supuesto pago que los balidranos daríamos para desposar a nuestras mujeres, los hijos. Creo que no puedo soportar la idea de ver a mis hijos morir jóvenes si yo vivo. Mas, si yo vivo, por qué no habrían de hacerlo ellos. La pregunta es tan evidente que me avergüenzo de no haberla hecho antes. Cuando salí de mi valle me dije a mí mismo que no salía solo por mí, sino que iba en pos de la solución del Mal de Kamaj, que lograría que todos allá arriba se curasen; pero acaso no he estado pensando en mí mismo y sólo en mí mismo desde entonces.

Mirando atrás, incluso estos últimos días, no he estado haciendo otra cosa que preocuparme por mí mismo. Eso no está bien. Y es tan fácil tener la confianza para tener una vida con Djamilia, basta con que logre del viejo el secreto de la curación. En realidad no conozco el tratamiento. Hay infusiones que estoy tomando que no sé lo que son. Las proporciones de otras me son desconocidas. Pero sobre todo el procedimiento. ¿Cómo reconocer lo que necesitaría otro enfermo de Kamaj? ¿Cómo saber si el tratamiento ha ido bien o mal? ¿Cómo saber si debo aumentar esto o aquello? Y por supuesto, tendré que aprender el arte de la hipnosis.

He estado tan ocupado compadeciéndome de mí mismo que he ignorado que debo aprender a curar a otros. Mañana mismo empezaré a persuadir al viejo de que me enseñe sus secretos.

Día Décimo del mes Sagrado del año 208

No pensé que su negativa fuese tan rotunda. Entiendo que sólo tuvo éxito una vez. Entiendo que en realidad no sabemos si los cambios que ha hecho para mí son acertados o si acabaré muriendo, pero por eso mismo, ¿qué más da? Si lo de Chizia fue casualidad, si yo acabo muriendo, ¿qué peligro representaría que yo conociese el tratamiento si no estaría vivo para aplicárselo a nadie más?

Hay algo más, pero no entiendo lo que es.

Día Undécimo del mes Sagrado del año 208

Esta mañana mientras desayunaba, se me ocurrió que tal vez Massud temiese que dejase el tratamiento escrito en mis libros y que de esta forma fuese no ya yo, sino otros que en el futuro



lo encontrasen, el que aplicasen un tratamiento fallido, tal vez peor que la enfermedad –aunque no lo siento así en mi cuerpo- a otros pacientes. Así que le he llevado mis dos diarios y le he pedido que los arroje al fuego si quiere, pero que me dé la opción de sanar a otros. Me ha mirado con cansancio, sí no puedo explicarlo de otra forma, y me ha dicho que no estoy siendo racional. Le he dicho un montón de cosas entonces, pero él me ha detenido y me ha dicho que me callase. Lo he hecho y tras un buen rato en silencio ha aceptado empezar a enseñarme, que no era necesario destruir los libros, porque si el tratamiento funcionaba dónde pretendía guardar el conocimiento. Tenía razón, no estaba siendo racional.

Pero me ha exigido paciencia, y en este caso quiere decir que me enseñará lo que tengo que saber poco a poco y no aceptará más prisas. Me ha amenazado incluso, con dejar el tratamiento completamente, es decir, dejar de curarme, si volvía con más exigencias o si pretendía acelerar cualquier cosa.

He aceptado, aunque con miedo de mi propio carácter que a veces es melancólico y que últimamente me ha parecido colérico, con miedo de que por mucho que lo pretenda no pierda el control, pierda el tratamiento, la vida y una vida con ella.

Día Duodécimo del mes Sagrado del año 208

Hoy hemos empezado a aprender la primera cosa del tratamiento. Hierbas y sus proporciones. He llegado a primera hora a su casa, y me ha mandado de vuelta al monte. Me ha dicho que sin el ejercicio no había aprendizaje. De mala gana he hecho mis trayectos, de prisa, casi corriendo. A la vuelta me he encontrado un montón de notas todas amontonadas sobre la mesa. He estado a punto de decirle que si se estaba burlando de mí, pero me he contenido. Él ha aparecido con una taza de té humeante y me ha pedido disculpas por ser tan desordenado. En ese momento estaba seguro de que lo estaba haciendo a propósito, pero parece que no. Vivir tanto tiempo en un pueblo tan remoto como éste, dificulta tener acceso a una buena provisión de papiros, así que ha estado tomando sus notas durante años cómo ha podido y dónde ha podido.

Sin embargo, pronto ha empezado a enseñarme cosas prácticas. En uno de esos papiros del montón, me ha señalado la fórmula de la primera infusión que empecé a tomar. Tiene bastantes más cosas de lo que había imaginado.

Le he preguntado por la ensalada del alma, que es lo que ahora me interesa más, pero me ha dicho que tenga paciencia. Así que me he aguantado y hemos estado revisando uno por uno los componentes de la infusión. He aprendido un buen montón de cosas de esas yerbas, cosas que había entendido mal y que eran incorrectas en mis propias notas.

Al final de la tarde ha estado la parte más interesante. Le he preguntado por el Pozo Putrefacto, y se ha prodigado en detalles. Me ha dicho que cree que en alguna parte debajo de la tierra en la que estamos hay un volcán dormido desde el principio de los tiempos, y que su calor sale a borbotones en varias partes de estas montañas. El agua cálida de las Lágrimas es lo más cercano, pero me ha hablado de otros cuatro lugares entre las montañas además de éstas y del Pozo Putrefacto. Él cree que el volcán está muy cerca o justo debajo de ese charco apestoso. El charco expulsa grandes cantidades de azufre y de alguna forma las plantas de justo ese pequeño trozo de tierra se han adaptado a todo ese azufre. Le he preguntado que cómo es eso posible y me ha dicho que no lo sabe, pero que muchas de las plantas que allí crecen no existen, que él sepa en ninguna otra parte de este mundo, por lo que las cualidades medicinales de estas son únicas.

Le he preguntado que qué pasaría si entonces ardiese la pradera allí y me ha dicho que esas cualidades se perderían para siempre. Le he dicho que me resultaba extraña la idea de unas plantas que sólo existiesen en un lugar, en un lugar pequeño, que cómo sería posible que Dios se hubiese parado a crear este lugar en concreto, tan único y tan frágil. Y ahí ha empezado la conversación más interesante que he tenido en años. Él ha reconocido que tampoco cree que eso sea posible, y que debe haber otras formas en la que los animales y las plantas hayan cambiado, tal vez para adaptarse a las condiciones del contexto en el que viven, después de la creación. Una idea bastante herética, desde luego, pero que para ambos tenía sentido. Hemos discutido con mucho detalle de cuáles podrían ser los mecanismos en la que estos cambios acontecerían y a lo único que hemos llegado es a que no sabemos lo suficiente de cómo las características de cada planta o animal cambian, o se heredan.

Mi padre y sus hermanos eran fuertes, y yo no lo soy. Ahora estoy intentando mejorar mi salud, mi forma física, ¿heredarán estas mejoras mis hijos si llego a tenerlos con Djamila? Es un tema que me interesa y mucho. Aquellos que se dejan atrapar por la dejadez, por la vagancia, o por las drogas, ¿perjudican a sus descendientes? ¿Es posible que mis antepasados me hayan legado el mal por sus faltas? Y de ser así, ¿cuáles de mis antepasados? ¿Tal vez el mismo fundador, el héroe destructor del dragón?

Me cuesta imaginar al poderoso Kamaj, conquistador del Valle, asesino del monstruo, luego dejarse llevar por los vicios hasta legarnos esta maldición.

Al regresar a la casa he sufrido de una intensa alucinación muy desagradable. Había una fiesta en una de las casas, creo que era una petición de mano. Se escuchaba música y había muchos candiles decorados en el pasto de la casa. Me he acercado a ver quién era y he visto a Azfal, salir tal vez para aclararse la garganta, o para refrescarse. Iba a ir a saludando, cuando ha girado la cabeza para mirarme en la oscuridad y entonces mi mente ha imaginado sus ojos brillando como los de un animal, como los de los lobos, pero de un rojo fuego. Mi corazón se ha acelerado recordando la pesadilla del otro día y entonces la alucinación ha ido a peor. Me ha parecido que en la sombra su cabeza se ha alargado, le han surgido cuernos altos de macho cabrío.

He huido corriendo y no he parado hasta estar encerrado en mi habitación. Tengo que aprender a controlar mis reacciones a estas alucinaciones.

Día Décimo tercero del mes Sagrado del año 208

La visión de ayer no se ha disipado del todo y eso me preocupa. Esta mañana, cuando regresaba de mi caminata por el campo, Azfal estaba charlando con Abdul en el borde del Pozo. Comentaban algo de que el agua de las Lágrima se había reducido aún al caudal habitual para estas fechas del año. Me acerqué a saludar, primero porque quería hablar con Abdul sobre la posibilidad de buscar unas tierras donde asentarme en Yarim – si voy a considerar la posibilidad de pedir la mano de Djamila, debo conocer en qué lugar podríamos vivir, ella se merece una casa digna y no muy diferente a las del resto de las esposas de Yarim- y en segundo lugar porque quería sacar de mi cabeza de forma definitiva mi visión de ayer. El resultado fue el contrario.

Estaba bastante nervioso, impactado por la visión de Azfal como el Señor de la Noche, como un demonio, y eso debió influir. Estaba predispuesto y la ensalada del alma, coge mis miedos y mis predisposiciones y las pone no sólo en la superficie, sino fuera, enfrente de mí. En cualquier caso, cuando me paré delante de los dos con intención de saludarlos los ojos de Azfal me parecieron completamente negros. Sin iris, ni pupila, o como si todo el ojo fuese una pupila negra como la noche. A punto estuve de desmayarme allí mismo, suerte que pude contenerme

por un poco. Hablé con los dos, e incluso Azfal me felicitó por la idea de quedarme en el pueblo, mientras hacía toda clase de bromas desenfadadas. Pero sus ojos no dejaron de ser negros como la pez en ningún momento. Llegué a pensar que de alguna manera podría ser 'verdad', pero Abdul no mostraba ninguna señal de estar viendo nada extraño en el cantante.

Esta tarde se lo he contado a Massud, que me ha confirmado que es producto de mi imaginación y mi temor. Me ha recordado que justo cuando conocí a Azfal fue cuando estuve en el templo que tanto me asustó, así que mi mente de alguna forma ha decidido proyectar mi miedo en él, el más raro de los habitantes del Valle de las Ruinas.

Le he preguntado si no podría usar sobre mí mismo la hipnosis para calmar los temores cuando se vuelven en visiones tan vívidas. Me ha dicho que no, que no podría, aunque supiese realizar una hipnosis, que no sé. He insistido un poco y me ha dicho que en cualquier caso la parte de la hipnosis del tratamiento requiere conocer los rudimentos de una hechicería, la de Ilusión, y he tenido que reconocer que de hechicería no tengo ni idea.

Creo que por darme gusto hemos pasado el resto de la tarde, hablando de magia, y en concreto aprendiendo algunos pases de manos básicos, así como las doce clases de entonaciones simples de mantras de hechicería. Así he descubierto que no sólo no tengo ni idea de todo eso, sino que además no se me da muy bien.

Día Décimo sexto del mes Sagrado del año 208

Ahora conozco completamente la fórmula del primer bebedizo que Massud me dio, y además creo que lo entiendo. La verdad es que resulta en extremo ingenioso. Varios de los componentes podrían provocar la muerte, pero están compensados por otras plantas que son justamente los antídotos de los venenos de las primeras. De esta forma se logra dejar tan sólo el efecto deseado, que está presente en las plantas venenosas, y en ninguna otra planta.

Una compensación inadecuada en los antídotos, podría llevar a una muerte segura, o si no al menos en terribles dolores, el método para lograr este equilibrio es también ingenioso, una última hierba se usa como indicador en la mezcla durante la cocción. Su papel es simplemente detectar la presencia activa de los venenos, ya que cambia de color rápidamente ante un desequilibrio entre el veneno y su antídoto; de forma que la forma que el doctor, debe estar presente y muy atento a la cocción para reequilibrar durante la misma la cantidad de ambos grupos de plantas.

Jamás había visto un procedimiento como este, y depende completamente de las hierbas marcadoras. Sólo alguien con una increíble experiencia podría haber discernido este procedimiento. A mí no se me hubiese ocurrido nunca.

Como estaba claro que no tenía ni idea del procedimiento, Massud ha empezado a enseñarme qué plantas se pueden usar como marcadores en una cocción y porqué. Hay muchísimas más de las que hubiese imaginado, para detectar gran cantidad de sustancias y su proporción, eso sí, bajo una paciente y atenta mirada.

Con permiso de Massud he estado apuntado todo lo que me ha ido enseñando en mi cuaderno sobre hierbas. Al final va a quedar algo bastante interesante.

Echo de menos a Djamila. A ver si regresa pronto.

Día Décimo séptimo del mes Sagrado del año 208

Hoy he conseguido hipnotizar a una gallina. Massud dice que es el animal más fácil de hipnotizar, así que me he puesto a intentar lo que él me había enseñado y efectivamente he podido. Es sorprendente ver a una gallina completamente paralizada dejándose coger, trasladar, acariciar. Y sin machacarte a picotazos. Massud dice que haciendo esto es mucho más sencillo sacrificarlas. Me imagino, pero me sentiría un poco mal. Es como abusar un poco. Claro que en realidad no he matado muchas gallinas en toda mi vida. Cuando se lo he dicho, Massud se ha reído y me ha dicho que más me vale casarme con Djamila en cuanto ella regrese.

Hoy hemos estado un poco vagos, y la tarde la hemos pasado jugando al djerek. Massud me ha enseñado lo que se llama el 'juego del asesino'. La pieza en cuestión me parece demasiado débil, pero Massud me ha enseñado su verdadera fuerza, como trayéndola y sacándola del tablero, puede desestabilizar completamente la posición del contrario, mi posición, y abrir paso a las piezas más importantes justo hasta el centro del campo de batalla. Muy interesante. El djerek tiene tantas maneras diferentes de ser jugado, que más bien parece una metáfora del mundo y una con un secreto bien guardado entre sus piezas.

Está claro que la falta de Djamila me pone filosófico.

Día Décimo noveno del mes Sagrado del año 208

Hoy cuando me he despertado me ha parecido escuchar a Djamila en la cocina, en la parte de las mujeres. Sin pensar he asaltado la cocina, pero no era ella, sino una vecina que tiene una voz parecida. Lo peor es que con las prisas no me había puesto los pantalones. Se han reído a gusto de mí. Durante todo el día no han parado los comentarios y las puyas.

Aun así me he quedado en casa. Ayer Massud me subió la dosis de cactus y me siento un tanto mareado y confuso. Además le prometí que le llevaría una copia en limpio de mis dibujos del corazoncillo muerto y entre la vergüenza y el mareo me ha llevado todo el día.

Día Vigésimo del mes Sagrado del año 208

Massud tuvo muchísimas alabanzas para mi trabajo con los pinceles y las tintas. Siempre se me ha dado bien. ¿Debería haber sido escriba en lugar de hakin? ¿Pintor tal vez? No pintor no, apenas se ganan la vida y siempre están a merced de sus mecenas. Pintor no. Pero el oficio de escriba no está mal. No se corren peligros y los hechiceros siempre están dispuestos a pagar un buen dinero por una buena copia de un grimorio famoso. De hecho creo que pagan fortunas por grimorios famosos tanto si son verdaderos como si no.

Con los intentos de Massud de enseñarme hipnosis ha quedado claro que no estoy dotado para la magia. ¿Cómo debe sentirse uno invocando los poderes del mundo mediante la hechicería? Una vez vi a un hechicero dar un espectáculo con las llamas del fuego de la chimenea de una taberna allí arriba en el valle. Era un hechicero de poca monta, claro, los magos de verdad hacen cosas mucho más peligrosas con el fuego; pero aun así quedé fascinado por la forma en la que las llamas parecían obedecerle completamente. ¿Qué razón habrá tras la afinidad con la magia? ¿Por qué algunas personas, sobre todo hijos de otros hechiceros parecen conocer las palabras y los movimientos casi sin estudiarlos y sin embargo otros como yo parecemos negados para todo el arte hermético? De nuevo, volvemos a la herencia, a lo que se pasa de padres a hijos y de

estos a los nietos. Hay secretos profundos en esta herencia que no conocemos y que me gustaría comprender si logro superar mis treinta años.

Día Vigésimo tercero del mes Sagrado del año 208

Hoy ha regresado Djamila. Estaba regresando desde casa de Massud, cuando la he visto caminando por uno de los caminos que llevan al Pozo junto a Jalal y el resto de los que se habían ido con ellos. No pensé. Ni siquiera tuve celos de Jalal al verlo junto a ella. Simplemente nada más verla estaba corriendo por los prados y saltando muretes separadores como si yo mismo, de tanto vivir entre ellas, me hubiese transformado en una cabra.

He caído sobre ella y, mientras la alzaba en un abrazo, la he besado en la boca. Creo que ha habido hasta aplausos. Y ella estaba muy avergonzada, claro. Sólo entonces me he dado cuenta de que la estaba besando en público y dejando muy claro, si es que aún le quedaba alguna duda a alguien, que la amo. Yo no soy así. Sinceramente espero que sea todo debido al amor que siento por ella, y no porque la ensalada del alma me exalta, me pone todos los sentimientos a flor de piel.

Ella ha intentado disimular un poco, pero me ha dejado cogerla de la mano y llevarla hasta su casa sin soltársela en todo el trayecto. Ya en la casa ha habido algo de revuelo, quejas y discusión, pero todo eso me da igual, ella ha vuelto al fin.

Cuando las cosas se han calmado un poco, ella ha sacado cosas que ha traído desde el otro pueblo, incluyendo una funda más bonita para mi ak'jambia, así como vestidos para sus hermanas y un fez para su madre. Luego ha estado contando todo lo que ha visto en el pueblo, y en el camino hasta allí. Y sobre todo ha dado muchos detalles sobre el parto y lo hermoso que era el niño que habían tenido.

Todo lo cual lo recuerdo de forma difusa, porque sólo podía mirar su increíble pelo, el hermoso color de sus ojos y de su piel y la forma en la que su cuerpo se insinuaba bajo su thoba. La debía estar mirando tan intensamente que Jalal, por lo bajo, me ha dicho que ya me valía, que la iba a desgastar y se volvería rubia de tanto mirarla.

No sé qué me ha dado entonces. De alguna forma la idea de que debería ser comedido al mirarla me ha parecido inaceptable, y de ese pensamiento he pasado a la idea de que debería poder mirarla cuándo y cómo quisiese, y, finalmente, para cierta sorpresa de todos, hasta para mí, me encontré pidiendo su mano a la viuda.

El resto de las hermanas me miraban como si estuviesen viendo un loco, y Djamila estaba roja como un tomate. La viuda los ha hecho salir a todos, hasta a Djamila y nos hemos quedado a solas. Me ha puesto un vaso de leche fermentada, y por primera vez desde que la conozco, se ha puesto otro ella misma.

Tras mirarme un rato muy seria, lo primero que ha soltado es que no tiene para pagar la dote de todos, y que Djamila es la más pequeña, así que no hay dinero para su dote. Yo le he recordado la mentira de que en mi tierra es el hombre el que paga. Entonces ella ha ido a lo que de verdad es un problema y que los dos sabíamos. Me ha dicho a las claras que aunque yo sea un hombre de provecho, con dinero y buena profesión, estaba claro que no era un hombre fuerte y que estaba muy enfermo. Me ha dicho que no quiere que su hija sea una triste viuda joven.

Es difícil argumentar contra algo que simplemente es verdad, pero le conté todos los planes. Primero le dije que ya había localizado y medio apalabrado una casa con un prado excelente que podría sostener un rebaño más que considerable. Que podía pagar esa casa y bastante más, de forma que incluso en el caso de que yo muriese pronto y ella se quedase sola, o aún peor, con hijos míos, tendría la casa, el prado y el rebaño. Que no le costaría encontrar un hombre dispuesto a aprovecharse de todo eso, y que ella misma podría pagarse una o dos dotes en tal caso. Además le he dicho, que pondría todo lo que he ahorrado a su nombre, de forma que tras mi muerte mis familiares del valle no heredarían, sino que lo harían ella y nuestros hijos si hubiesen. Luego, le he contado cómo Massud opinaba que el tratamiento iba mejor de lo que esperábamos, y más que una muerte joven pareciera que iba a tener una vida larga y sana.

Finalmente le dije una gran mentira. Le expliqué que la enfermedad que me aflige sólo la padecen los varones –lo que es cierto-, y que debido a mi formación de hakin, conozco las fórmulas y pociones necesarias para que ella y yo tuviésemos sólo hijas –lo cual es una gran mentira, pues como en otras muchos misterios, se desconoce por completo qué es lo que hace que nazca un infante varón o hembra.

La viuda no estaba muy convencida de mi poder para engendrar sólo niñas, pero sí que estaba convencida de los ‘poderes’ de Massud, así que si él decía que yo me curaría, me curaría. Dijo que tendría que hablar con aquel viejo loco de Balidran para estar segura, pero que si era así daría su permiso para nuestro matrimonio, siempre y cuando yo pasase el convite también, le buscase a ella unas joyas aceptables y sobre todo hiciéramos todos los pasos tradicionales en Yarim. Desde la solicitud pública, hasta la noche de bodas en el campo entre cabras.

Le dije, que a ese respecto quedase tranquila, pues si me concedía permiso para desposarme con Djamila tenía intención de convertirme en un yarime con todas las de la ley, que me esforzaría por parecer tan del pueblo como las blancadas. El chiste de cabras no le hizo ninguna gracia.

Cuando salimos a donde estaban los demás Djamila tenía cara de miedo, e hizo además de separar a su madre para hablar con ella; pero la viuda antes de que nadie hablase declaró que aceptaría el matrimonio entre el flacucho hakin y su hermosa Djamila siempre que se cumpliesen una serie de requisitos que se habían hablado y que se detallarían en los siguientes días. La cara de felicidad de mi amada, fue tan clara que de pronto me desaparecieron los temores y de pronto las visiones provocadas por la ensalada del alma, se hicieron brillantes y hermosa donde habitualmente eran tristes y tenebrosas. En ese momento las mujeres se volvieron locas, comenzaron a hablar de toda clase de cosas y no sé cómo aparecieron por allí muchísimas vecinas, algunas de las cuales creo que nunca había visto nunca.

Jalal me sacó de la casa. Me dio un codazo en el brazo y bromeó con que tenía el valor bien escondido. Estaba más que claro que su sonrisa escondía una profunda envidia. Entonces entendí que por mucho que fuese un joven apuesto, era demasiado joven, incluso para Djamila y sólo era un pastor, no era un hakin con dinero como yo. Le di un abrazo de hermano, y le di las gracias por todo lo que me había ayudado con ella, aunque no recordaba que me hubiese ayudado nunca en eso. Y entonces le pregunté si estaría dispuesto a hacer un favor, unas comprar en Al Ossi, que le pagaría bien.

El asintió, a pesar de que estaba claro que lo estaba separando de allí, y a pesar de que acababa de regresar de un viaje. Así que pasamos buena parte de la tarde en la única tasca del pueblo, hablando de cuál sería el vestido de boda más adecuado para ella, así como las joyas de que debían comprarse. Por supuesto al final del día todos los hombres del pueblo estaban en la tasca,

bebiendo a mi costa, y haciendo chanzas sobre mi matrimonio. En algún momento hasta vi a Massud entre la gente riéndose con ganas.

He vuelto borracho y mareado a la casa. He tenido que meter la cara en la jofaina para aclararme un poco y estaba a medio desvestirse cuando se ha colado en la habitación Djamila cubierta tan sólo con una túnica muy fina y bastante transparente. Me ha besado en la boca, me ha dicho que no creía aún que hubiese tenido valor para dar el paso y que estaba muy contenta. He intentado contestarle, pero ha seguido hablando, diciendo que iba a hablar con su madre y que no me preocupase que iba a lograr que se aligerasen las condiciones, que ella no necesitaba tanto, y que tal y que cual, yo ya no escuchaba, sólo olía y miraba. Entonces me ha vuelto a besar y me ha dicho que, eso sí, tendríamos que hacerlo bien hasta la boda. Yo le he dicho que todo lo que ella quisiera, a lo que ella me ha dado las gracias. No me he dado cuenta hasta que se ha marchado que eso significaba que no estaría en mi cama esta noche, ni el resto de las noches hasta la boda.

Día Vigésimo octavo del mes Sagrado del año 208

No tenía ni idea de cuántas cosas son necesarias para una boda. Pensaba que la única importante era el sacerdote, pero dado el estado de Rubbah, al parecer esto es lo único que no va a ser necesario.

Para mí lo más importante es asegurar su futuro, y eso pasa por conseguirle una casa y unos prados que estén a la altura de lo que he llegado a sentir por ella. La casa que había medio hablado, todos me han dicho que está muy bien, pero entre Massud y Jalal, han conseguido que me la rebajen de precio. Al parecer al precio que me estaban pidiendo hubiese sido un timo.

Finalmente, han sido las hermanas mayores de Djamila las que han decidido cómo ha de ser el vestido y las joyas, así que Jalal no ha salido hacia Al Ossi, hasta esta tarde. Por lo poco que he podido entender, no va a ser muy diferente que otros vestidos de boda, como los que aportan como ajuar las mujeres de Yarim, es decir bonito, para guardarlo más que para usarlo, y muy caro.

Ha habido un pequeño lío con el color. Claro, no soy un Osramán, ni ninguno de los otros apellidos de Yarim, ¿con qué color deberíamos casarnos? Al final, pensando en las nieves del Valle les he dicho que blanco, pero se han negado, ya que es el color del luto. Así que al final se ha llegado a la conclusión que los Ibn Kamaj vestirán del verde de las praderas que tienen en común estas tierras y las de mi nacimiento.

Al parecer nos casará Abdul, que a falta de Rubbah es lo más parecido a una autoridad que hay en el pueblo, y todo el mundo ha estado de acuerdo que debe celebrarse donde la gran higuera, así que había que negociar también un precio con la joven que es la única heredera del prado en el que está el árbol, lo que incluía tanto el precio por el alquiler para la ceremonia, como un dinero extra por si acaso el árbol resultase dañado de alguna manera.

Y claro, hay que empezar hablar del banquete, al que todo el mundo parece creer que está invitado, así que estoy teniendo que considerar cómo dar de comer básicamente a todo el pueblo. Eso sí, de inmediato han empezado a aparecer montones y montones de corderos y cabras teóricamente a buen precio. De negociar por la carne del banquete se va a dedicar la viuda, que ha dejado claro que de comprar comida no tengo ni idea. Se me ocurrió preguntarle si habría que contratar a alguien para cocinar todos esos platos y casi me echa de la casa a palos, entre gritos de si se había creído que las mujeres de su familia eran mancas o ciegas.

Mucho lío, y entre tanto lío tengo el tratamiento algo descuidado.

Día Trigésimo del mes Sagrado del año 208

La cosa está ya más o menos clara. Los detalles de lo que aportaré al matrimonio han quedado fijados. La casa en la que viviremos ya la he pagado y mañana mismo empezaremos a adecentarla al estilo yarim, lo que implica que limpiaremos, encalaremos, repondremos el techo y compraré tan sólo una cama para los dos y una olla grande para cocinar. Al parecer se considera inadecuado que una pareja empiece a vivir con nada más. Deben esperar que la pareja sólo se dedique al principio a comer y a fornicar, lo que tampoco me parece mal plan. El vestido que llevará ella a la boda así como las joyas, están ya encargados en Al Ossi. Ya conocemos quién irá a la boda y cuántos cabritos tenemos que cocinar. Muchas mujeres del pueblo han visto con buenos ojos la boda, al parecer porque les gusta mucho la idea de tener un hakin más joven por aquí, así que al parecer vamos a tener dulces y otros complementos a la carne de sobra en el banquete. Algunos jóvenes tenían el ojo echado a mi morena, así que según la tradición debo organizar una fiesta grande antes de la boda para compensarles, ya que todos dicen que ella aún era muy joven y que de alguna manera no he sido cortés. Creo que quieren decir que no había forma de que compitiesen con un doctor rico de ciudad. La cosa es que tengo que pagar una fiesta más, con mucha leche fermentada, música y bailes, a los jóvenes casaderos. Hemos quedado en que la fiesta será el día cuarenta de este mes.

La boda ha quedado fijada para el mes de las hojas, aún queda algunos detalles, así que no es seguro si será la segunda semana o la tercera. La viuda, mi futura suegra, ha estado midiendo el prado de la higuera y decidiendo dónde va a colocar qué mesas y todos esos detalles. Así que como he dicho la cosa está ya más o menos clara. ¿Quién lo hubiese siquiera imaginado cuando llegué a Yarim?

Anoche tuve una punzada de culpabilidad. De pronto me di cuenta de que no voy a llevar a nadie de mi familia a la boda. Ni siquiera a mi madre. Sé que mi madre habría estado muy contenta de ver cómo me casaba. Estuve a punto de decirles a todos que se retrasaran todos los preparativos para que mi madre pudiese llegar desde el valle hasta aquí, pero es absurdo. No sólo porque todo está ya en marcha, sino porque hay una distancia enorme desde mi pueblo hasta aquí. Y el camino no es sencillo para nada. Yo mismo he estado a punto de morir en el camino, simplemente no es un viaje al que quiera que mi madre se enfrente. No. Pero está claro que tendré que ir con Djamila hasta allí, en cuanto las circunstancias lo permitan.

Massud hoy me ha dicho de suspender el tratamiento al menos hasta que termine la boda, para que no nos arriesguemos a que alguna alucinación desagradable nos lo estropee, todo. Imagino que está pensando en que de pronto al intentar besar a Djamila le vea ojos de demonio y lengua de lagarto. Pero mis visiones con Djamila son hermosas, nunca de pesadilla, así que le he dicho que no, que prefiero no arriesgarme a que la enfermedad retome todo lo que hemos conquistado hasta ahora.

Día Trigésimo segundo del mes Sagrado del año 208

Ayer no escribí nada porque cuando me disponía a sentarme tuve un ataque de la enfermedad. Los dedos de la mano derecha empezaron a moverse por su cuenta, primero impidiéndome coger la pluma y el afilador, pero luego se retorcieron hasta el punto del dolor. Intenté no gritar por no asustar a nadie –era ya tarde, y todos estaban dormidos– pero no lo pude evitar. El dolor era demasiado intenso.



Entonces pasó algo extraño pero también hermoso. Djamila entró en el cuarto portando un candil, y tras dejarlo sobre mi mesa de trabajo, tomó con sus dos manos mi mano derecha. En ese momento estaba tan avergonzado como dolorido y asustado. No me gusta nada que ella vea la enfermedad. Ella agarró con cuidado pero con firmeza los dedos, los colocó uno a uno sobre su mano izquierda y luego apretó la mano derecha sobre ellos. Tuve un instante de gran dolor, y grité, pero ella sostuvo la mano con fuerza. Luego besó la punta de los dedos una a una, y el dolor, el movimiento involuntario fue desapareciendo.

Cuando el ataque desapareció, yo estaba sudoroso y las lágrimas caían por mis mejillas. Ella limpió las lágrimas y me besó. Me arrastró hasta la cama e hicimos el amor. No ha sido nuestra mejor noche, pero tengo claro que es una que nunca olvidaré. Cuando acabamos, ella, sonriente, me volvió a besar y me dijo que si iba a montar tanto escándalo por no tenerla en la cama estaba dispuesta a seguir haciéndolo un poquito mal de vez en cuando.

Luego se marchó, se escabulló más bien, pero no me importó. Había pasado del dolor más intenso al placer más deseado, así que simplemente me dormí acunado por la felicidad.

En cualquier caso estos dos días, más allá del ataque, han sido alborotados pero poco importantes, más y más detalles para la fiesta con los solteros y más y más detalles para la boda. Parece que nunca se han de acabar los detalles de ninguna de las dos cosas.

Día Trigésimo cuarto del mes Sagrado del año 208

Ayer Jalal y otros solteros me llevaron de casa en casa, en teoría a que probase las diversas calidades de leche fermentada para que escogiese la que vamos a beber en la fiesta de dentro de seis días. Pero ha sido una excusa para beber y para hacerme quedar en ridículo.

Como a la sexta casa ya no era capaz de distinguir una leche fermentada de otra. No sé qué le ponen los yarimes al kumis, pero desde luego no es la receta normal. Nunca he visto a nadie borracho de kumis, excepto aquí. Tal vez es por la leche de tricornia que se usa, no lo sé, la cosa es que llegado a la casa décima empezó todo a darme vueltas y no sé cómo esta mañana me he despertado en el campamento de leñadores del Valle de las Ruinas. ¡En el Valle de las Ruinas! Encima estaba desnudo y Almeis, uno de los pastores amigo de Jalal, dormía casi desnudo babeando sobre mi pecho. Prefiero no imaginar lo que habrá pasado durante esa noche. Y, la verdad, empieza a darme miedo lo que pueda pasar durante la fiesta del día cuarenta, cuando haya mucha más bebida, comida y todos los jóvenes del pueblo.

Cuando me he incorporado apartando a Almeis, he visto que casi todos andaban por alrededor en parecidas circunstancias, pero al poco ha aparecido Jalal, fresco como una rosa y llevando un buen desayuno. Nunca he sido de mucho apetito y menos después de una buena fiesta, pero ese desayuno me supo a gloria. No sé cómo hacen este kumis, pero aunque emborracha y mucho, parece que no deja demasiadas secuelas por la mañana.

Al final, hemos escogido un kumis que ya tenía Jalal en mente. Me ha dado la oportunidad de escoger, pero yo no podía tener opinión. Me ha preguntado tantas veces que he tenido que reconocer que a partir de la sexta casa ya no distinguía una bebida de otra. Se ha reído un buen rato, pero no les ha dicho nada a los demás cuando se han ido despertando.

Mientras esperaba a los demás he tenido tiempo a pensar un poco en estos últimos días. Mirando al viejo tiempo solar me ha embargado la necesidad de estar seguro de lo que estaba haciendo, la necesidad de reflexionar. Todo ha sido demasiado rápido y atropellado, y, sin

embargo, allá arriba, sentado sobre una piedra fría y musgosa, con las casas de los ídolos paganos ya derruidas y las tumbas de los hombres a pocas decenas de metros de distancia, la certeza de que deseo casarme con Djamila, la seguridad de que tener una vida junto a ella, e incluso tener hijos, aunque no pueda curarlos y alguno sufra la enfermedad hasta su muerte, es mi destino en este mundo.

Día Trigésimo quinto del mes Sagrado del año 208

Lo de la fiesta acaba de dar un vuelco. Massud dice que si no sabemos ser ni medio comedidos en la bebida, que el mismo se encargará de que lo seamos. Que no piensa permitir que Djamila se quede viuda antes de la boda, ni perder a un paciente porque se despeñe por ahí haciendo el cabra. Así que se apunta y además exige que se celebre en su propia casa.

Yo le he dicho que sí. Me atemoriza un poco lo que puedan hacerme estos y lo que pueda hacer yo mismo con la mezcla del kumis y el tratamiento.

Los jóvenes a los que tengo que invitar no han estado tan a favor, pero han tenido que reconocer que Massud aunque no sea un 'joven casadero' casadero sí que es aún y que en justicia también tenía que invitarle. Jalal además les ha recordado que el viejo tiene ocultas toda clase de cosas raras que con el kumis igual acepta enseñarnos. Se refiere a una pequeña colección de fetos deformes de oveja y cabra que tiene guardados en conservante. Nunca me han llamado mucho la atención esas cosas, pero supongo que para estos pastores ver un feto de cabra con dos cabezas o un solo ojo será muy impresionante.

Por la tarde cuando he ido a por mi sesión de hipnosis, le he dicho a Massud que estaban de acuerdo en celebrar la fiesta en su casa y me ha dicho que era lo mejor, pero que no me iba a librar de ayudarlo a organizarlo todo ni a guardar las cosas valiosas que se pudiesen romper.

Hemos quedado mañana, para que le ayude a prepararlo todo.

Día Trigésimo sexto del mes Sagrado del año 208

Creo que el viejo me ha vuelto a engañar. Cuando he llegado esta mañana para ayudarlo con los preparativos de la fiesta me ha enseñado un buen montón de cosas sin ordenar ni clasificar, sobre todo notas, papeles y muestras de planta; y me ha dicho que antes de ponernos a guardar todo eso en cajas habría que organizarlo todo.

Nos va a llevar días clasificar todo esto. Se trata del desorden acumulado durante años. Cuando se lo he dicho, me ha dicho que tenía razón y que tal vez debería venirme a vivir con él unos cuantos días. Pensé que estaba bromeando, pero me ha mirado con cara muy seria. No le he dicho nada más. Me he puesto a ordenar y él, encima, me ha dejado a solas mientras iba a por las cajas que vamos a usar.

Por la tarde Jalal, que ha pasado por allí, para empezar a traer la primera ánfora de kumis, me ha explicado que probablemente el viejo esté confabulado con la viuda, que querrá apartarme de su casa hasta que la boda se celebra. Y luego me ha dicho que en realidad no está nada bien que la novia comparta cama con el novio antes de la boda. ¿Es que lo saben todo de todos en el pueblo o qué?

Está bien, jugaré con las reglas de aquí, pero no sin resistirme un poco. Esta noche he vuelto a la casa de la viuda, y le he dado señales bastante claras a mi prometida de que la deseo a mi lado para dormir. Aquí estoy esperando, supongo que en definitiva sólo puedo jugar con las reglas de ella.

Día Trigésimo octavo del mes Sagrado del año 208

Tras una noche hermosa que ha sabido a mi primera auténtica victoria en años, he aceptado las condiciones no declaradas de la viuda y me he venido a casa de Massud a pasar los siguientes días, es decir los larguísimos días –porque me van a resultar larguísimos- desde ahora hasta que duerma en mi propia cama con mi esposa.

Me he traído los dos cuadernos, las tintas y todo lo necesario para escribir. Si voy a estar ordenando todo este barullo del viejo, al menos aprovecharé para copiar todo lo que me interese.

A parte de ordenar y guardar, hemos estado segando una buena parte del pasto de detrás de la casa. Hace bueno y se va a estar muy bien a la fresca de la noche, bajo las estrellas. Vamos a hacer unas fogatas grandes para hacer cabrito a la parrilla, beberemos kumis, y pondremos también unas fuentes de ensalada y fruta.

Esta mañana he cerrado el apartado de música. Afzal vendrá a la fiesta y le pagaré un dinerillo para que nos deleite y avergüence con unas cuantas canciones muy subidas de tono. No sé qué me pasa con el cantante. No hay ni una vez que no hable con él y lo vea extraño. Hoy no parecía estar afectado por visiones hasta que miré su sombra, y ahí estaba, aspecto caprino, grandes cuernos, patas de animal... qué escalofrió.

Día Trigésimo noveno del mes Sagrado del año 208

A duras penas pero hemos conseguido meter todo lo que al viejo le preocupaba que se rompiera, en cajas y en una zona seca y protegida de lo que en una casa normal de Yarim sería la casa de las cabras. Ahora tenemos dos zonas diáfanas en las que beber, bailar y criticarnos unos a otros –aunque supongo que sobre todo serán chanzas hacia mí. Una fuera, en la parte de atrás de la casa, en la que mañana por la mañana vamos a montar lo necesario para hacer varios cabritos a la vez, y dónde hemos clavado la mayor parte de las ánforas de kumis, y otra en la casa, más al abrigo, y por si a alguno le sienta mal la bebida.

Hemos preparado también una parte bastante más lejos de la casa para que la gente pueda hacer sus necesidades. Además lo hemos señalado con pintura amarilla sobre el murete para que todo el mundo pueda encontrarlo incluso si está muy afectado por el kumis, visto lo visto, mejor así.

Estoy un poco nervioso. Nunca he sido un tipo de muchos amigos, ni de fiestones como el que vamos a tener mañana, así que estoy nervioso. Sé que me van a fundir a críticas de bromas y quiero quedar bien, no sólo por mí, sino también por ella, que en el pueblo no puedan decir que el joven doctor no tiene lo que debe tener un hombre. Aunque en realidad no tengo ni idea de lo que por aquí creen realmente que debe tener un hombre de verdad. Ovejas probablemente, o cabras.

No sé cuántas líneas voy a poder escribir. Me tiemblan los dedos y la tinta se congela cada poco. Tengo que calentar el tintero sobre el candil directamente para poder escribir, y el candil mismo se apaga constantemente, incluso aunque lo he rellenado con el alcohol de limpiar heridas.

Es difícil resumir todo lo que ha estado pasando estos días. La mañana del día cuarenta llegaron a casa de Massud, demasiado temprano, gente con ganas de juerga; pero se portaron bien, nos estuvieron ayudando con los preparativos. Como al medio día estábamos haciendo la primera comida y comiéndonos un cabrito. Por la tarde llegó Afzal, y empezó a cantar y tocar una especie de laúd. La noche cayó enseguida sobre nosotros al esconderse el sol tras las montañas. Y la fiesta estaba bien, animada, y yo no tan avergonzado como cabía imaginar.

Voy a por más alcohol.

Es increíble el frío que hace.

No se limitaron a lanzarme pullas. Me obligaron a bailar, me mantearon, y, muchas cosas más. Entonces de pronto, empezó a hacer fresco. Sin que nos pusiésemos, de acuerdo, casi todos entramos en la casa para seguir la fiesta dentro. Y así fue durante un largo tiempo, pero entonces algunos de los que estaban fuera empezaron a decir, que pasaba algo extraño. El cielo se había vuelto completamente negro. Un viento del norte muy fuerte estaba soplando y estaba empezando a nevar. ¡El último día del mes Sagrado del Sol!

Metimos en la casa lo que quedaba de comida y las ánforas de kumis, pero nos dolían los dedos, y algunas ánforas ya estaban empezando a congelarse. ¡A congelarse!

Cerramos las puertas y las ventanas, y Massud hizo lo posible para que continuase la fiesta. Encendimos un gran fuego en la chimenea de Massud, pero pronto se vio que no era suficiente. En realidad, no sólo era frío, era... no, es más adecuado decir es, es algo más. Las llamas se hacen pequeñas ante esto que ha estado pasando y la leña se apaga como si estuviese húmeda.

Algunos salieron para intentar regresar a sus casas, pero tuvieron que regresar diciendo que si hubiesen seguido estarían congelados. Otros empezaron a preocuparse no sólo por sus familias, sino por sus rebaños. Uno dijo que si Massud tuviese rebaños podríamos calentarnos con las ovejas, y así es como acabamos todos muy pegados y debajo de mantas. Descubrimos que la leña no había forma de que ardiese, pero que el alcohol de curar heridas sí ardía, aunque trémulo, y eso es lo que hemos estado usando para descongelar el kumis que es lo que nos ha mantenido calientes, beber kumis y temblar.

Mis visiones han vuelto, como cabía temer ante una situación así. Veo cosas extraña entre los que nos refugiamos aquí. Sombras y deformidades. Y también fuera, cuando miro al exterior, las volutas de nieve no parecen tales, sino garras, garras de nieve y hielo que estuviesen intentando desgarrar el mundo.

Lo dejo, escribir empieza a resultar imposible.

Día Tercero del mes de las Hojas del año 208

El frío continúa, y Massud y yo estamos teniendo que atender a varios de los invitados a la fiesta que parecen afectados por este frío intenso. Pero tengo que escribir algo muy extraño que ha pasado hoy. Sobre la hora del almuerzo, hemos escuchado unos aullidos fuera y luego unos gruñidos.

Fuera, en el prado de delante de la casa, un perro pastor estaba olfateando como si buscara una pieza de caza. Sólo que no era un perro normal. Menyal, uno de los jóvenes, lo ha reconocido como uno de sus perros, Sherja, pero estaba deforme. Su cabeza era desproporcionadamente grande, así como su boca y sus dientes. Y parecía cubierto de una nieve que se le hubiese pegado a la espalda. Menyal ha intentado salir a ver si podía ver qué le pasaba y Sherja se ha abalanzado sobre él. Si no hubiésemos estado todos creo que lo hubiese desgarrado hasta la muerte.

A base de golpes con palos hemos derribado al animal, y hemos llevado a Menyal mal herido a dentro.

Unos diez hombres no han querido esperar más y se han ido en un grupo a ver qué pasaba ahí fuera. Se han llevado mantas, pero si no consiguen abrigo e invierno no sé si llegarán a las casas más próximas.

Voy a atender a Menyal.

Día Quinto del mes de las Hojas del año 208

Ayer el frío bajó de intensidad. Massud y yo estamos en el núcleo de Yarim. Cuando bajamos hasta aquí descubrimos que algunas personas se habían puesto enfermas, algunas de puro frío, pero parece que hay algo más. Están frías, demasiado frías, y tiemblan, pero va más allá de una hipotermia.

Djamila es una de estas personas. Me cuesta escribirlo.

Tienen el pulso acelerado y el corazón está tan agitado que deberían estar rojos, con la sangre en superficie de la piel, como si estuviesen corriendo largas distancias. Pero en lugar de eso están pálidos y su aliento no forma condensación, pues está tan frío como el aire, que ahora está lo bastante frío como para que tengamos que trabajar con guantes.

Djamila está igual.

Creo que no puedo seguir escribiendo.

Día Sexto del mes de las Hojas del año 208

Este diario va a ser un diario de una epidemia a partir de aquí. Djamila es uno de los enfermos, pero aunque me duela, hay que dejar constancia de todo lo que pase, lo que descubramos, lo que podamos curar y lo que no.

El día cuatro el frío en el exterior de la casa se tornó tolerable al poco de aparecer un brumoso sol por encima de las montañas. Salimos algo débiles y tambaleantes. Casi todos corrieron a ver a sus familiares y también a ver su ganado. Massud nos dirigimos al Pozo, para ver cómo estaba la gente que aquí vive, y nos encontramos con mucha gente afectados por hipotermia, con

algunos ancianos muertos y con los enfermos, a los que temporalmente estamos llamando 'afectados'.

Ha habido muchos muertos entre la gente de edad avanzada, sobre todo entre aquellos que vivían solos. También ha habido mucho ganado muerto por el frío. Abdul Osrámán estuvo muy mal durante los días de frío, por alguna razón le afectó hasta el punto de dejarle inconsciente, pero ahora se ha recuperado y está haciendo todo lo posible por organizarlo todo. Massud tiene miedo de que la enfermedad se pueda contagiar, así que ha pedido a la gente que todos los muertos, ya sean personas o ganado, sean incinerados. Creo que la gente se ha tomado esa petición mejor de lo que lo hubiese hecho en Balidram, donde la idea de no alzar a un familiar fallecido hubiese provocado altercados. Tal vez sea porque ya hubo un conato de epidemia en estas regiones durante la guerra y porque Massud tiene más autoridad ante ellos de lo que está dispuesto a aceptar.

Rabbuh ha muerto. Se le encontró fuera de la mezquita con signos de congelación. Dado su estado mental sólo podemos especular en qué le habrá llevado a dejarse morir de frío. Quemar al pobre conservador de la mezquita es doble pecado, pero Massud tiene razón en que no podemos arriesgarnos a que los cadáveres nos provoquen más problemas de salud.

Estamos usando la mezquita para traer aquí a todos los enfermos y así separarlos de los demás. Aunque no me parece el mejor lugar, ya que está sobre la cascada y me preocupa que acabemos contaminando el agua. Hablando de las Lágrimas, la gente del Pozo cuenta que hasta la cascada y el Pozo se congelaron la noche del cuarenta. ¿Tanto frío ha podido caer sobre nosotros tan de repente? Algo maligno está detrás de todo esto.

De momento tenemos a quince personas enfermas en la mezquita, pero nos están llegando más desde las casas aisladas en los prados. Esta dispersión de la población no sé si es una ventaja o un grave problema para el control de epidemias. Ahora echo en falta no haber atendido más en mis lecciones sobre enfermedades contagiosas. Tampoco sabemos cuál es el origen de esta enfermedad, aunque dado que algo sobrenatural podría estar detrás de todo, no tiene por qué haber un origen, ni un primer paciente.

De momento intento mantener caliente a los enfermos, cuya temperatura baja un poco cada día, mientras Massud busca y prepara posibles infusiones o emplastos que puedan ser de utilidad. Tengo la mezquita llena de braseros y casi parece una sauna, pero aun así los enfermos no aumentan su temperatura. Ninguna enfermedad se comporta así, ninguna que conozcamos ni Massud ni yo. Las enfermedades suben la temperatura no la bajan.

No estoy siendo sistemático. Así las notas no van a servir de nada. Seámoslo:

- Quince pacientes en total. Cinco varones, seis mujeres, el resto niños de ambos sexos.
- Mezcla de edades entre los adultos. No parece haber una prevalencia por ningún grupo de edad.
- Todos parecen haber enfermado aproximadamente al mismo tiempo, en torno a la noche del día cuarenta al uno, o bien en el día siguiente.
- No hay foco de infección conocida.
- Los síntomas asemejan a una hipotermia sostenida, pero sin que el tratamiento para la misma tenga utilidad.
- Todos bajan su temperatura corporal lentamente. La temperatura parece ser un indicador del tiempo de enfermedad.
- Todos pierden color en la piel.

- Hay una reducción en las lágrimas, y los ojos aparecen ligeramente resecos.
- La velocidad de avance de la enfermedad parece la misma para adultos y niños.
- El enfermo con los síntomas más avanzados es Saira Dabiles, sin embargo su enfermedad se inició al segundo día y no al primero. Nada explica de momento la velocidad de avance de la enfermedad en este enfermo.
- Todos permanecen semi-inconscientes, admiten bebida y comida, pero no son capaces de responder a las preguntas que se les hacen.

Esto es lo que sabemos hasta ahora, que no es mucho. Djamila muestra síntomas semejantes a los demás, para mi desgracia.

Por si la enfermedad fuese poco, se han encontrado otros perros deformados en el campo, atacando y matando a muchas de las cabras y ovejas. No sabemos si estas deformidades son otra maldición o la misma enfermedad que afecta a los humanos. Yo creo que es algo diferente, porque los perros se han deformado a una increíble velocidad. Parece cosa de magia, no, más bien una maldición, imagino que con el mismo origen que el invierno de todo el año pasado y que tan sólo ha tenido un breve paréntesis en este gozoso verano tan repentinamente finalizado.

Los hombres se han organizado para localizar y matar a estos perros deformados, pero la dispersión de la población de Yarim está dificultando mucho proteger a la gente. Se está hablando de traer a todos cerca del Pozo. Es lógico, pero me preocupa mucho juntar a la gente justo dónde estamos juntando a los enfermos. Tal vez habría que llevar a los enfermos a otra parte, pero no se me ocurre dónde, necesitamos un edificio en donde podamos poner los braseros, arroparlos bien. ¿Dónde si no aquí? Tengo que pensar en ello.

Día Séptimo del mes de las Hojas del año 208

Notas de la epidemia en Yarim:

- Diecisiete enfermos. Seis varones. Seis mujeres. El resto niños de ambos sexos.
- Uno de los enfermos, Nadiya Rabal, ha empezado a mejorar, recuperando el color y aumentando su temperatura.
- El resto está cada vez más blancos y su temperatura sigue bajando.
- Saira Dabiles es la que peor se encuentra. Su temperatura nos parece cercana al colapso, al menos en el caso de una hipotermia normal.

Djamila no mejora. Massud está probando con varias infusiones que suben la temperatura, incluso si la temperatura fuese normal. No ha funcionado. Con Saira estamos aplicando además de una de las infusiones, la más intensa, unas friegas destinadas al incremento de la circulación sanguínea.

Estamos haciendo doce horas de turnos cada uno, necesitaríamos a algún médico más, o empezaremos a estar demasiado cansados.

Día Octavo del mes de las Hojas del año 208

Notas de la epidemia en Yarim:

- Diecisiete enfermos. Seis varones. Cinco mujeres. El resto niños de ambos sexos.

- Nadiya Rabal, ha sanado de forma espontánea y muy repentina. Sobre el mediodía de hoy recuperó repentinamente el color y tras volver a la consciencia se quejó del excesivo calor de la mezquita. Massud está revisando su caso para buscar qué ha podido favorecer su curación.
- La progresión de la enfermedad en los demás, no admite muchas esperanzas, excepto en el caso del niño Radiq Osramán, cuya temperatura es demasiado baja pero que se ha estabilizado.
- Saira Dabiles, empieza a mostrar síntomas adicionales. Su piel en determinadas partes no sólo está fría y pálida, además muestra un aspecto escamoso, pero no exactamente reseco. Irritado, pero sin rojez.

Djamila no mejora nada. Le he rogado a Massud que le demos las friegas, pero se ha negado dado que no ha ayudado en nada a Saira. Me ha recordado que Nadiya ha sanado sin que le diésemos esas friegas. Ha aceptado, eso sí, que le dé a ella justo la infusión que estábamos usando con Nadiya, por si acaso es la razón de la curación.

He tenido una agria discusión con Abdul. Han empezado a juntar a toda la población en el núcleo de población del Pozo y unas pocas casas cercanas. Hacinar la población, sería más adecuado. Es por los perros. Hay muchos perros ovejeros en Yarim y parece que uno de cada cuatro se ha deformado transformándose en monstruos. Y ahora vagan juntos como una jauría monstruosa. Y claro la gente no se viene sin su ganado, así que vamos a tener a todo el mundo amontonada con miles de ovejas y de cabras todo alrededor, y con los enfermos justo sobre todos, en la mezquita.

Es inaceptable, pero para ellos es inaceptable seguir perdiendo ganado a manos de estos perros del invierno. Y no sólo ganado, en una de las casas más alejadas, los perros han matado a toda una familia. Todos muertos, hasta los niños. Massud ha mediado entre los dos. Al final hemos hablado de llevar a los enfermos lejos, con nosotros dos y un grupo de hombres para protegerles de la jauría. ¿Pero dónde? La respuesta no me ha gustado nada, pero Massud tiene razón es que la única válida.

Dado que están muriéndose aparentemente de frío, colocar una tienda del desierto en un prado lejos del Pozo no es una buena opción, necesitamos paredes de piedra, un lugar dónde podamos poner estufas y braseros, pero alejados de la población general. La respuesta es el Valle de las Ruinas. El templo de la diosa vaca es ideal, ya que su casa sagrada, la cámara interior, es lo bastante amplia y está tallada en la montaña. Pero es un viaje de un día completo, hacia las montañas, tal vez perdamos a algún enfermo por el camino.

Temo tanto por Djamila.

Día Noveno del mes de las Hojas del año 208

No acabo de entender qué es lo que ha pasado. De verdad que no lo entiendo. Suhail, un chico de Yarim estaba dándole unas friegas a Saira con un aceite nuevo, un nuevo tratamiento que había preparado Massud, cuando me ha llamado muy preocupado. Me ha dicho que estaba peor, y me ha señalado la pierna que estaba frotando. Yo, no sé muy bien lo que estaba pasando, era como si la pierna se estuviera cubriendo de hielo. He tocado la frente de Saira y estaba tan fría que dolía. Sin embargo aún respiraba, y su corazón latía enloquecido. Le he gritado que le pusiera más mantas y que acercase los braseros. Corrí un a ver si Massud estaba en alguna parte visible desde la puerta de la mezquita, pero no estaba en ninguna parte, y entonces he escuchado un grito apagado de Suhail. Cuando he mirado el cuerpo de Saira se estaba...



disolviendo. No puedo expresarlo de otra manera. Cuando que querido levantar la manta, un viento antinatural se ha levantado y lo que parecían los restos de Saira se han levantado en el aire, como un torbellino, un torbellino de nieve. Nos hemos echado al suelo intentando protegernos de la ventisca sin entender lo que estaba pasando. La nieve ha seguido dando vueltas en el aire, hasta que de pronto se ha detenido, y de lo que parecía un montón de nieve se ha formado de nuevo el cuerpo de la mujer que acabábamos de ver desaparecer. Allí estaba de nuevo, Saira, pero hecha de pura nieve. Tanto Suhail como yo nos hemos quedado en el sitio, sin saber qué hacer. Ella parecía sin embargo tranquila, casi contenta, pero sobre todo segura. Ha empezado a caminar, o al menos algo parecido a caminar, entre los enfermos casi como si estuviese buscando. Se ha agachado y tocando a uno de los niños lo ha transformado en algo aterrador. Una monstruosidad flaca, blanca, con terribles colmillos y zarpas que ha empezado a seguirla como si fuese un perro. Luego ha caminado directamente hacia mí, y con una voz sensual que no parecía humana, me ha dicho: 'oh, el dulce e inocente doctorcito de Balidram, por qué no me das uno de esos besos que tanto le gustan a Djamila'. Si no llega a ser por Suhail, que le ha arrojado un brasero, no sé qué hubiese pasado. Eso, lo que sea en lo que parece que se ha transformado Saira ha chillado al contacto de las brasas y se ha transformado en un torbellino de nieve, que ha acabado saliendo por una de las ventanas superiores. ¿Y el niño perro? Juro por Dios, que no sé cómo, pero ha desaparecido en un parpadeo.

Cuando los otros hombres y Massud han llegado a la mezquita, me han encontrado en shock, en el mismo punto en el que estaba.

Esto no es una enfermedad, no, esto es cosa de demonios.

Día Décimo del mes de las Hojas del año 208

Hoy han empezado a trasladar a los enfermos hacia el Valle de las ruinas. Hay quince. Nadie ha vuelto a ver a Saira, ni al niño transformado. Yo hoy, no he hecho casi nada. Estoy confuso y asustado. No lo entiendo. ¿Le pasará lo mismo a Djamila? Cuando faltan diez días para la fecha en el que tendrían que habernos casados, ella está blanca, gélida, y tal vez pueda transformarse en un monstruo.

Día Undécimo del mes de las Hojas del año 208

De mala gana y aún sumido en el miedo, he subido junto a mi yaciente prometida, en un carro hasta el Valle de las Ruinas. Yo mismo la he colocado en cerca de uno de los braseros. Está tan blanca. Luego he salido y me he sentado justo frente de la vieja estatua de la diosa vaca y le he rogado en silencio.

Si ella se muere no sé qué voy a hacer.

Las visiones han vuelto y son terribles, claro, cómo si no. Mi cabeza es un torbellino de miedos y confusión. Miro a los enfermos, incluso a ella, y me parecen hechos de nieve, de hielo, a veces de cosas peores.

En el traslado uno de los niños ha muerto. Mejor muerto que transformado en esa especie de perro monstruoso que vimos en la mezquita. Aunque a veces llevo a pensar si realmente era así o fue una de mis visiones.

En fin, esta es la situación:

- Catorce enfermos. Seis varones. Cinco mujeres. El resto niños de ambos sexos.
- Uno de los varones, Sa'd Naril, tiene un color un poco más natural. Tal vez se sane, aunque si ocurre no será por lo que estamos haciendo. Las infusiones, las frías, las inhalaciones que usamos, no parecen tener ningún efecto en ellos.
- Lo demás, pues igual o peor.

Día Duodécimo del mes de las Hojas del año 208

Situación:

- Catorce enfermos. Seis varones. Cinco mujeres. El resto niños de ambos sexos.
- Sa'd no acaba de mejorar.
- Una de las mujeres, Munira Reaf, empieza a tener otros síntomas. Algunas partes de su cuerpo se están acrecentando, de forma grotesca y asimétrica, pero no es que se le estén hinchando por líquidos o inflamación. Por muy improbable que parezca, parece estar aumentando su musculatura. Visto lo visto con Saira, Massud ha decidido situar varios hombres con lanzas y sus ak'jambias dentro del recinto de la diosa.
- Lo demás está igual o peor.

He apartado lo que he podido Djamila de donde está Munira. Mis pesadillas van a peor. Llegan noticias aún más preocupantes desde el pueblo. Algunos hombres han visto a una mujer hecha de nieve, a la que seguía la jauría de perros helados y un extraño niño. El mundo se ha vuelto loco.

Día Décimo tercero del mes de las Hojas del año 208

Situación:

- Doce enfermos. Cinco varones. Cinco mujeres. Un niño y una niña.
- Sa'd se ha curado por si mismo, esa es la única interpretación posible. De pronto su color ha cambiado y se ha levantado preguntando que dónde estaba y que porqué hacía tanto calor. Es tan frustrante no saber por qué algunos se curan sin más.
- Munira, sin embargo, ahora parece un luchador, un mercenario de tantos músculos que le han salido.
- Me temo que muchos de los otros enfermos empiezan a presentar unos síntomas parecidos a los de Munira.
- Los niños no muestran la musculación adicional.

Massud está como loco buscando algo que pueda servir, pero la musculación adicional le tiene ya completamente perdido. Me he pasado buena parte de la tarde sentado al lado de Djamila. Ya no siento ni pena, creo que estoy superado por la situación. Mi hermosa Djamila, tan fría, tan blanca. Ahora su hombro derecho parece el de un leñador.

No sé qué hacer, creo que en el fondo ya he muerto y aún no me he enterado.

Día Décimo cuarto del mes de las Hojas del año 208

Estaba haciendo la ronda de la noche, bueno, no, estaba sentado junto a ella simplemente por estar junto a ella, cuando Munira se ha levantado. Parecía un hombre muy musculado. Muy musculado. Ni siquiera un guerrero o un leñador tienen tanto músculo. Nos ha mirado sin mirarnos. Creo que ni siquiera me he asustado. Sólo he mirado la transformación que amenaza a Djamila sin pensar en nada, como si no me estuviese pasando a mí. Si no hubiesen estado los hombres armados allí mismo, esa cosa que antes había sido Munira podría haber hecho cualquier cosa con el resto de los enfermos.

Uno de ellos ha reaccionado de inmediato y le ha clavado una lanza por la espalda tan profundamente que la punta ha asomado bajo su esternón. Es una herida mortal. Probablemente le ha destrozado el hígado y el estómago. Ella sin embargo ha mirado con incredulidad la punta de la lanza agarrado la lanza por detrás y a pesar de que el hombre seguía empujando se la ha sacado sin dificultad. Luego la ha dejado caer, y los demás, todos esos hombres robustos de campo, degolladores de cabras, acostumbrados a la sangre y que se dicen unos a otros tan valientes, sólo han acertado a sostener la lanza frente a ellos.

Ella ha gritado con una voz que no era humana, ni animal, no sé qué era, pero no era de este mundo, y corriendo hasta el fondo de la sala, simplemente ha desaparecido en la pared. En la pared. En la pared de roca sólida. Simplemente ha caminado hasta la pared y luego ha desaparecido dentro de la pared, como si no estuviese allí.

Me ha dado por reír, por lo absurdo de la situación. Una mujer enferma se levanta, recibe e ignora un lanzazo, y luego cruza la pared como si no estuviese allí. Creo que los hombres del pueblo piensan que me he vuelto loco. Creo que tienen razón.

Día Décimo quinto del mes de las Hojas del año 208

Hoy hemos perdido a los dos niños. Ambos han empezado a transformarse. Les han salido garras, y colmillos, pero estaban deformes, asimétricas y por alguna razón no han soportado el cambio. Han muerto.

Todos los demás siguen cambiando, aunque más lentamente que Saira y que Munira. Massud está como loco probando toda clase de cosas.

Parece que ayer hubo un ataque de los perros liderados por Saira a una de las casas donde la gente se ha refugiado, no muy lejos del Pozo. Fue una masacre. Murieron bastantes perros, pero no Saira ni el niño transformado, y hubo al menos doce muertos por parte de los defensores. Según me cuenta Munira estaba con ellos.

Está claro que el mal que los transforma pretende matarnos a todos. ¿Podré enfrentarme a Djamila cuando sea ella la que se transforme? No creo. No creo que pueda enfrentarme a nada ahora mismo. Vivo como si todo esto no fuese real, esperando que no sea real, rogando porque todo esto sea una alucinación más, producto de mi tratamiento, producto de la ensalada de alma. Sólo que sé que no es así, ya que hace días que no pruebo el cactus.

Día Décimo sexto del mes de las Hojas del año 208

Hoy he encontrado a Massud conteniendo el llanto fuera, frente al templo del dios de la muerte. Cuando le he tocado el hombro, se ha girado y me ha dicho que no hay solución, no una que él pueda encontrar.

Tiene razón. Hoy hemos perdido a uno de los hombres. Se ha transformado exactamente igual que Munira. Ni lo hemos combatido, sólo lo hemos hecho huir y lo ha hecho, de nuevo desaparecido por el muro. Y luego más tarde, una de las mujeres, ha muerto como los niños, al fallar su transformación.

Tiene razón. No tenemos ninguna solución. Los que no cambien a monstruos, morirán en el proceso.

Tiene Djamil, morirá o cambiará. Y no sé qué haré cuando eso pase.

Un día que no importa en un año aún menos importante

Supongo que habría que acabar este libro que dejé sin su final. Acabarlo y luego entregarlo al fuego.

Perdimos algunos de los otros enfermos y la transformación de Djamil empezó a ser clara e irreversible. Y un día, tras despertarme, me di cuenta de que el ambiente estaba enrarecido. No me refiero a que hiciese más frío ni nada parecido, sino que los que estaban arriba, en el campamento de los leñadores, se comportaban raro. Entré en el recinto sagrado de la diosa vaca y no había nadie. Ni guardias, ni enfermos, nadie.

¿Dónde estaba ella? Creo que fue más la perplejidad que el miedo, y claramente fue más el abatimiento que la rabia, lo que me embargó. Sin embargo, cuando uno de los hombres del pueblo, me dijo desde atrás: 'No están aquí'. Una furia ciega me embargó y creo que llegué a agarrarle de la camisa mientras gritaba como loco: '¿dónde?, ¿dónde están?'.

Él dejó que le pegase y se limitó a contestarme: 'doctor, usted sabe dónde están'. Y sí, que lo sabía, pero no quería saberlo, porque saberlo implicaba lo aterrador y lo imposible. Pero había partes de mi mente que no sabían ni saben de cosas aterradoras ni imposibles, partes de mi mente que llevaron al resto cruzando el valle, bajando por el estrecho pasillo fangoso hasta las tinieblas.

Ellos estaban allí y los enfermos estaban muertos. Vestían máscaras, máscaras grotescas de animales, máscaras negras de madera y cuerno de cabra. Todos menos Azfal, porque Azfal no necesitaba máscaras, Azfal llevaba sus propios cuernos. Había sangre desparramada por el suelo, cubriendo los huesos, y el pecho abierto de los enfermos no dejaba lugar a dudas, les habían arrancado el corazón. A todos ellos. Azfal los sostenía, en un cuenco, en un cuenco viejo e impío, un cuenco tan viejo e impío como el lugar en el que estábamos.

Massud se quitó la máscara y dijo que me estaban esperando. Eché mano del ak'jambia. Deseaba matarle, por mentirme, por ser un brujo, un sectario sanginario y asesino, un animal. Deseaba matarle por haberme hecho creer que era un amigo, un maestro. Pero, no llevaba mi espada. No la llevaba.

Me abalancé contra él, y lo empujé hasta la pared del templo. No escuché desenvainar ninguna espada, ninguna daga a mis espaldas, como si no les importase que le matase. Entonces pensé

que porqué les iba a importar si acababan de sacrificar a su propia gente a un demonio. Y de pronto me di cuenta de que estaba solo, sin armas, que ellos eran al menos cinco hombres, brujos probablemente, y que había un demonio en la sala. Yo estaba muerto ya. Y todos los enfermos también, y las fuerzas me abandonaron.

Massud me dijo que entendía mi rabia pero que era lo mejor, que ellos ya estaban muertos, que lo sabía, muertos o algo peor, transformados en monstruos. Yo acerté a gritarles que ellos también eran monstruos, servidores de la sombra, siervos de un demonio. Lo dije mientras señalaba a aquella cosa que se hacía pasar por juglar.

Massud me volvió a decir que no, que no eran monstruos. Que sí, que no eran como los demás. Que creían en un dios diferente, uno que los llevaba a pelear por su propio destino, uno que no les exigía sumisión completa, que daba según se pagaba. Un dios con el que se podía negociar, un dios que permitía la libertad.

Yo les hablé confusamente de la sangre, de los muertos, de los sacrificios humanos. Y él me dijo que su dios sólo pedía lo que uno estaba dispuesto a pagar, y que sólo concedía según lo que se pagaba. Que era natural y que era más justo que la supuesta justicia de las leyes y la que los gobernantes escribían en roca. Que el pueblo entero estaba en peligro, y que estos pocos sacrificios podrían salvar muchas vidas, que el auténtico enemigo era el dios del invierno, ese que con sus perros deformados ya había matado a muchos más de los que ellos habían tomado como sacrificio. Y entonces lo dijo, dijo que aún podía conseguirse algo más. Mi curación.

Retrocedí asustado de lo que esas palabras anunciaban, y tropecé al retroceder, desde el suelo le escuché contar la auténtica historia. Me contó que mi mal no era una enfermedad, sino una maldición. Me contó que mi antepasado mató al dragón allá arriba en mi valle con traición, amparado en la confianza de su señor y en la noche. Me contó que el dragón era un sacerdote de su propia religión y que con su último aliento maldijo a mi antepasado y a todos sus descendientes varones a una vida corta y de dolor indescriptible. Me dijo que no había cura, ni podía haberla, pues una maldición no se cura con hierbas. Que sólo un dios puede cambiar lo que otro dios ha hecho.

Balbuocé que entonces cómo pudo sanar su hijo, Chizia, que si eso era también una mentira. Y entonces me dijo que para su condenación eterna no, no era una mentira, pero que su dios paga según lo que se le ofrece, y que él y Chizia, su hijo habían ofrecido una vida por otra vida. Aunque su hijo se había arrepentido y había tenido el valor de devolver el regalo que se le había hecho. Llegué a preguntar que qué vida era la que habían entregado, pero los ojos del viejo ya estaban contestando a esa pregunta. Ya estaban contestando una respuesta que me dejó vacío el corazón.

Cuando me levanté, vi que Djamila, doliente y deformada pero aún viva, estaba atada en un altar, bajo la estatua negra del dios cabra. Su pecho desnudo estaba blanco como la nieve, e incluso sus pezones eran de color azul. No quedaba mucho para que se transformase en uno de aquellas mujeres musculosas.

Abdul se había quitado la máscara y estaba junto a ella. Extendió su mano mostrando una jamba ensangrentada y me dijo que ella era mi curación. Que yo la amaba y ella me amaba, así que era un precio suficiente, y que ella misma lo hubiese querido, que lo habría pedido de haber podido hablar.

Massud me miraba. Abdul me miraba. El monstruoso Azfal me miraba. Y yo conocía ahora todos sus secretos.

Me acerqué hasta Abdul, tomé la jambia de su mano, y me curé.

Los dioses, que son muchos me perdonen, me curé.